

ANGELO & TARTURIS

FEB

DESCENSO AL
ABISMO



ANGELO DE TARTURIS

DESCENSO AL ABISMO



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1950
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

160. Yo, Director del F. B. I. (1).
166. Precinto «C» (3).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
176. Rata accrralada (14).
178. Grita una mujer (6).
180. Cuatro deben morir (4).
183. Morir no es fácil (3).
185. Falsas apariencias (32).
186. Cien blancos en el infierno (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Law-son (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esme-raldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Ber-nard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Cri-men, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
210. Aquelarre (4).
211. La muerte ronda (33).
212. Error fatal (38).
213. Ojos delatores (37).
215. Reportero de sucesos (4).
219. No escaparás de mí (8).
220. La garra enguantada (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).
224. Lazos rotos (33).
225. Muerte en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (28).
228. Dos vidas (3).
229. Cara es la victora (30).
230. Uno contra todos (28).
231. Servicio inacabado (21).
232. Oscura tracción (41).
233. ¡Alto! (4).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
236. Sindicato criminal (40).
237. Requiem por Larry (4).
238. El triunfo del bien (42).
239. Entre la espada y la pa-red (28).
240. Los sospechosos (40).
241. La vida al azar (21).
242. Los Balcanes en llamas (43).
243. La Ley y el (5).
244. Puente de traidores (17).
245. Espionaje (42).
246. Extorsión (4).
247. Noches de pesadilla (3).
248. Sin rumbo (9).
249. Un caso policíaco (4).
250. Caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
254. Con los pies hacia fuera (21).
255. Una pareja imposible (37).
256. Fuego en las manos (21).
257. Última pena (5).
258. Cogido en el cepo (26).
259. La esquina siniestra (4).
260. El astuto Rubén (40).
261. La Policía lo sabe (3).
262. ¡Perseguido! (28).
263. Pistas borradas (4).
264. Callejón sin salida (5).

266. *Segundite para un cada ver* (8).
 267. *¡Pánico!* (4).
 268. *Hundida en el cieno* (44).
 269. *La banda de los buhos* (5).
 270. *Inspector especial* (42).
 271. *Testigo, la luna* (5).
 272. *Tres muertos para tres* (41).
 273. *Huyendo del pasado* (30).
 274. *Manos sucias* (4).
 275. *El elefante blanco* (49).
 276. *Al margen del deber* (21).
 277. *Al servicio de la Ley* (42).
 278. *El precio del rescate* (24).
 279. *Tres ramas de un mismo tronco* (3).
 280. *Un hombre busca su tumba* (5).
 281. *El fiscal asesinado* (9).
 282. *Vallija diplomática* (30).
 283. *Misterios de Chicago* (4).
 284. *¡Expulsado!* (27).
 285. *Diamantes rojos* (42).
 286. *La trampa* (5).
 287. *Mister Warren descubre al asesino* (41).
 288. *El último asalto* (30).

289. *Maffiosos* (4).
 290. *La muerte a votante* (45).
 291. *Esplota en el infierno* (48).
 292. *Emigrantes del terror* (28).
 293. *Habilidad criminal* (42).
 294. *Una grieta en el telón de acero* (4).
 295. *...y plomo en el corazón* (3).
 296. *Grow Street* (47).
 297. *Cuando la ciudad duerme* (5).
 298. *Dakin «el Guapo»* (12).
 299. *Tres sentenciados* (30).
 300. *National 71177* (21).
 301. *La amenaza de Morris* (4).
 302. *Yo te defiende* (28).
 303. *El humo llevaba sangre* (9).
 304. *Razzia* (30).
 305. *Injusta acusación* (42).
 306. *La conciencia me acusa* (4).
 307. *Nadie escapa a su delito* (48).
 308. *El pandillero* (5).
 309. *El último ataque* (30).
 310. *Sobra un hombre* (21).
 311. *¡Yo no lo maté!* (44).

AUTORES

- | | | |
|----------------------------|----------------------------|----------------------------|
| (1) <i>Alf Monz.</i> | (20) <i>Andre O'Sun.</i> | (37) <i>Angelo de Tar-</i> |
| (2) <i>Fred Barter.</i> | (21) <i>Fel Marty.</i> | <i>turis.</i> |
| (3) <i>Frank McFair.</i> | (22) <i>Dana Yonell.</i> | (38) <i>Gory Belson.</i> |
| (4) <i>Eddie Thorny.</i> | (23) <i>Al Gallard.</i> | (39) <i>Paul Coster.</i> |
| (5) <i>O. C. Tavin.</i> | (24) <i>Chester King.</i> | (40) <i>Herman Tell-</i> |
| (6) <i>Alar Benet.</i> | (25) <i>Josep Tell.</i> | <i>gon.</i> |
| (7) <i>A. G. Murphy.</i> | (26) <i>Med Ryman.</i> | (41) <i>Anthony Cuni-</i> |
| (8) <i>Lewis Haroc.</i> | (27) <i>Lou Dark.</i> | <i>ller.</i> |
| (9) <i>J. L. Martyn.</i> | (28) <i>Jan Hutton.</i> | (42) <i>Anthony Ben-</i> |
| (10) <i>Jack Brooklyn.</i> | (29) <i>Richard Jack-</i> | <i>son.</i> |
| (11) <i>Thomas Settee.</i> | <i>son.</i> | (43) <i>Albert Lazar.</i> |
| (12) <i>John Nebot.</i> | (30) <i>Jim Murray.</i> | (44) <i>Fred William-</i> |
| (13) <i>Thomas Wan-</i> | (31) <i>Sand Buri.</i> | <i>son.</i> |
| <i>ton.</i> | (32) <i>Joe Greig.</i> | (45) <i>Ray Jones.</i> |
| (14) <i>F. N. Graw.</i> | (33) <i>Bill O'Creigh.</i> | (46) <i>Richard Har-</i> |
| (15) <i>Robert Deaf.</i> | (34) <i>Don Lassister.</i> | <i>vey.</i> |
| (16) <i>Alan Carson.</i> | (35) <i>John Est.</i> | (47) <i>Ben Martyn.</i> |
| (17) <i>Al Corroa.</i> | (36) <i>Edward Good-</i> | (48) <i>Leo Mason.</i> |
| (18) <i>Jack Grey.</i> | <i>man.</i> | (49) <i>Billy McLegn.</i> |
| (19) <i>Edgar Ford.</i> | | |

I



BRIÓ suave y silenciosamente; con tanta cautela que retuvo la puerta antes de que le facilitara el paso.

El viento invernal silbaba por el hueco de la escalera, retorciéndose y buscando el escape de una claraboya. Se oyó un lamento lúgubre, y una exclamación en voz baja.

—¡Maldito minino y toda su ralea! Bien pudo advertirme antes para aprovechar...

Tom aguardó la repetición del maullido. Necesitaba otro para terminar de abrir y enfondar así el chirrido inevitable. Con un par de pulgadas más pasaría su cuerpo con cierta facilidad, y podría entrar sin que el celoso agente del

F. B. I.,

advirtiera su llegada.

En espera de tal oportunidad, el joven oyó los latidos de su pecho al contener la respiración. Era un atleta, pero subir seis pisos de puntillas requería un esfuerzo notable; así cómo pisar los peldaños procurando no hacer ruido.

¡Y aquella puerta, vieja, carcomida, que parecía tener una maligna personalidad!

Tom empujó un poco más, en el momento que su auxiliar improvisado lanzaba otra queja áspera y desagradable.

«¡Ahora!», pensó el furtivo.

Pero le salió mal. El maullido quedó cortado en su inicio, insuficiente para ahogar el agrio son de los goznes. El joven permaneció un minuto silencioso, tenso; luego se dispuso a afrontar lo inevitable.

—¡Chivata! —murmuró—. Mañana te daré una purga.

Como una burla irónica, la puerta no emitió sonido alguno al cerrarse. Tom tuvo cuidado de correr el pestillo lentamente, y dispuesto a no cometer nuevas imprudencias avanzó, como una sombra, pasillo adelante.

Sería estupendo rebasar, sin novedad, el despacho de Bentley; la zona levemente iluminada por destellos de luz.

—Entra, Tom —se oyó a una voz recia y pausada—. ¡Te estoy esperando hace horas!

—¡Vaya! —Gruñó el joven, como para sí—. Lo que me temía: ¡es imposible escapar de la tabarra!

Un rectángulo luminoso se abrió ante él, y en su centro resaltó la angulosa y magra figura del judío. Dos ojos negros, reforzados por cristales de aumento, enfocaron al trasnochador.

Tom se sintió culpable, una vez más.

—Los chicos del bar... —empezó a decir.

Pero fue interrumpido en sus explicaciones, nada convincentes ni originales.

—Me di cuenta de que venías «trenado» desde que sentí crujir los escalones del cuarto piso. Luego oí tu interjección y el ruido de la puerta. ¡Silencio, condenado animal!

—Pero si no he dicho ni pío...

Una carcajada, breve y seca, premió la pifia de Tom. Algo se movió en el fondo de la habitación, haciéndose un ovillo.

—Ha sido «Sara», «tú» amiga, la que anunció con más claridad tu presencia —confesó el agente—. ¡Pasa! Tenemos que hablar.

—¿A las tres de la mañana? —exclamó el joven, contrariado.

Alíó y fuerte, de cabellos rubios y ojos azules, parecía un muchachote candoroso. El color sonrosado de su rostro acentuaba tal impresión falaz.

¡Lo peor del caso es que el propio Tom estaba seguro de no engañar a Bentley! La astucia y sagacidad del policía eran tan proverbiales como su honradez.

—Entra de una vez, por David y sus Siete Salmos.

—Archie —pidió el joven, como rehuyendo un castigo corporal —: ¡el Talmud no! Esta noche al menos demuestra que eres clemente. Estoy rendido, y...

—Tenemos que hablar de negocios —siguió el hombre delgado y cenceño, imperturbable—. Tu precaria situación ha de remediarse antes que el consejo de acreedores te presente su ultimátum. ¡Entra en el despacho, fresco!

Al decir así, Archie reprimió un escalofrío y se arrebujó más en el batín.

La conversación tenía lugar en el pasillo, sin voces estridentes ni gestos desacompañados. Sin embargo, era toda una lucha. Una escaramuza en la que dos voluntades trataban de lograr una victoria definitiva.

La potencia contenida en los ojos negros venció, al fin, el extraño pugilato.

Archibald Bentley no apartó su ascética figura del hueco luminoso. Parecía sujetar a su amigo con las pupilas dulces y encalmadas; en cuyo fondo palpitaba una fortísima energía. Era como la araña, que no ataca a su presa hasta tenerla dominada por la sugestión, o el ofidio, que sólo avanza sus anillos cuando ya el ave no puede escapar al hechizo.

Retrocedió un paso, justo lo suficiente para dejar sitio al corpulento. Y Tom lanzó un suspiro al rozar a su extraño adversario: estaba vencido en toda la línea.

—¡Uf! Ginebra, y de la peor —dictaminó Bentley—. ¡Qué vergüenza!

—Pero, Archie... Sé razonable. ¿Qué querías que me diesen por cincuenta centavos?

En realidad, el argumento no tenía vuelta de hoja.

Quizá por eso el llamado Archie no se tomó el trabajo de desmenuzarlo, como solía. Indicó una butaca con el forro ajado, y ocupó otra en mejores condiciones junto a la mesilla atestada de libros, donde un quinqué esparcía su débil luz.

—¡Petróleo en Nueva York! —meditó el joven rubio, en voz alta—. Ese título haría la fortuna de un repórter de Prensa.

—Te han cortado la electricidad esta tarde —ilustró el judío, mansamente—. Y eso es lo que me ha decidido a conferenciar contigo: vas a todo gas hacia la ruina, chico, y hay que tomar una determinación.

Tom se aplastó en la butaca, haciendo crujir sus muelles. Y dio un respingo al enfocar una posibilidad dramática.

—¿Sugieres que trabaje? —preguntó, reflejada la alarma en su rostro.

—Te enseñaré —confirmó Archie—. ¡No hay más remedio! Ya que no te han admitido en el

F. B. I.,

debes evitar que el Estado te dé una pensión en cualquier penitenciaría. ¡Escucha!

Tom se resignó a oír, aunque hizo sus salvedades respecto a trabajar. El otro ocupante del cuartucho —huésped y amigo suyo— empezó su exposición con voz lenta y reposada; como un rabino en la sinagoga.

—Ya sabes que me apasiona la criminología, y que poseo un regular archivo de «casos» resueltos. Pues bien: he pensado que podemos sacar partido de mis conocimientos, con miras a sanear tu presupuesto.

Tom se sintió un poco interesado. Nunca se le había ocurrido que la profesión de su amigo pudiera tener un resultado práctico para él. La noticia le hizo olvidar su odio a cuánto significase actividad.

—¡Explícate! —Acució—. Soy todo oído...

Algo parecido a una sonrisa iluminó el rostro, joven aún, de su interlocutor. Archie había estudiado profundamente el tema en Quántico y no tendría que consultar apuntes para llevar a buen término la conversación.

—Desde Salomón... —empezó.

Fué interrumpido en el acto por el calavera Tom.

—¡No me fastidies, Archie! —renegó el joven—. Pronto amanecerá, y si no abrevias...

No dijo más, pero su gesto fue bastante expresivo. No le interesaba pasarse toda la noche en blanco.

—Debo encabezar mi resumen con el padre de la sabiduría —insistió Bentley—. Era la primer investigación policíaca de que hay noticias resolvió el extraño pleito de dos madres para un solo hijo.

—Ya hubiéramos visto a Salomón tratando de resolver un problema de paternidad... Ahora me hablarás de la casta Susana, y de los dos vejetes que la acusaron de adulterio. Y después del profeta Daniel, que demostró que un ídolo no podía atiborrarse de ovejas y de vino.

—Veo que lees mis libros lo mismo que te fumas mi tabaco —manifestó el agente, ceñudo—. ¡Sí! Daniel confundió a los dos sátiros acerca del árbol bajo el cual «pecó» Susana, y demostró que los sacerdotes idólatras habían entrado en el templo por un pasadizo secreto. Sus huellas «pedestres» estaban marcadas en la ceniza que el profeta esparció hábilmente por el suelo.

—Entonces la gente era idiota. ¿Qué más? —preguntó el rubio, bostezando.

—Pasaremos por alto las aventuras de Caco, en la Mitología; las falsas pistas de la Eneida y los métodos psicológicos de Herodoto. Para llegar a Poe, inventor de la novela policíaca.

—Has hablado de cigarrillos, Archie —indicó Tom, con voz lastimera—. ¿No tendrías por ahí...?

Bentley sacó tabaco. Echó una triste ojeada a su antiguo compañero de hazañas bélicas, y continuó:

—Está demostrada la prioridad de Poe en los relatos novelescos con fondo de misterio, que Augusto Duphin fue un precursor del género que imitaron Gaboriau, Víctor Hugo, Sue y Dostoiewsky.

—Y el Sherlock Holmes, de Conan Doyle... ¿dónde lo dejas? —indagó Tom, deseando chafar a su amigo.

—Ése nació después —afirmó Bentley, muy serio. Parecía estar hablando de personajes reales, y mezclaba a los autores con el producto de su fantasía. Estaba percatado de que los sucesos descritos por los novelistas habían ocurrido efectivamente, y que muchos seres humanos vivieren sus aventuras. ¡El mismo era una

prueba!

—Dejemos el asesinato de la calle Morgue, y el misterio de Mary Roget. La carta robada...

Tom Barbizon, que se adormecía fumando plácidamente, tuvo un nuevo sobresalto.

—Oye, Archie —empezó—: te aseguro que yo no he cogido la menor cosa.

Bentley estaba embalado ya en su tema, apasionante y lleno de sugerencias. Siguió, impertérrito:

—Tras del primer detective que luce su destreza surge un bandolero: el tremebundo Rocambole. Ponson du Terrail consiguió eclipsar a su predecesor y al propio Montepin, pese a que escribía peor que ambos. Llegó a ser el folletinista más popular de Francia, aunque acudiese al melodrama y la truculencia. Excitó el interés de sus lectores, y no ha sido superado hasta hoy.

Bentley vio que su amigo iba a interrumpirle, y le atajó, con gesto cortante y expresión llena de dureza:

—Sobre todo, acostumbraba a mover a sus personajes en ambiente refinado, «en vez de adentrarlos en tugurios de hampones y buscavidas» —recalcó—. Entonces apareció el primer policía profesional de la literatura: *monsieur* Lecoq, de Gaboriau, que hizo la frase «Cherchez la femme», y gustaba expresarse en metáforas. Lanzó los primeros procedimientos deductivos, dejando paso a Sherlock Holmes.

Unos golpecitos, dados en la pared, pasaron inadvertidos.

—¡Nunca me ha gustado Sherlock Holmes! —rezongó Tom Barbizon—. Su modo de sacar deducciones resulta infantil.

—También los héroes de última hora tienen sus defectos —replicó Bentley—. Philo Vance nos abrumba con su cultura enciclopédica, el comisario Maigret hace chorrear sangre el ambiente y Ellery Queen nos muestra misterios alucinantes y absurdos. Sherlock Holmes es, en la literatura de policías y ladrones, un sencillo precursor. Como Arsenio Lupin.

—¡Ése es un tío machote! —Aplaudió Tom Barbizon, entusiasmado—. ¡Mi héroe favorito!

De nuevo sonaron golpes en el tabique inmediato. «Sara» se tapó la cabeza con las patas.

—Es el Raffles inglés, trasplantado a Francia —aclaró Bentley—.

Te gusta porque tiene tú mismo carácter, cínico y enamorado. En vez de limitarse a un solo amorío —recuerda a Perry Masón y su desdichada secretaria—, fue versátil e inconstante. Lupin amó a Sonia Krischnoff, Dolores Kesselbach, Hortense Daniel y Arlette Mazoile, entre otras muchas.

—¡Claro que sí! ¡Es un Don Juan!

—Y, como el galán de Zorrilla, existió. Se llamaba Auguste Muzart, y fue amigo del novelista.

Archie hizo una pausa destinada a aplastar su cigarrillo en un cenicero. Contempló a su amigo con aire levemente irónico, y siguió:

—No abras tanto la boca; el bostezo es contagioso. Pasaré por alto a Nick Cáster y a Sexton Blake, a Rouletabille y a «Fantomas». Pero no puedo hacer lo mismo con Chesterton y su inefable padre Brown. La bondad personificada conoció el crimen mejor que los propios criminales. «Se metía» en la piel del delincuente, para reconstruir mejor sus procesos mentales. Al contrario de Philo Vance...

—¿Otra vez? Cuando lleguemos al descanso, me despiertas —pidió Tom, reclinándose en la butaca.

—¡Ya llegamos! —contestó su amigo, alzando la voz—. Van Dine aprovechó su amistad con el fiscal de esta ciudad (John X. Markham), para acompañarle en investigaciones reales. Y el escritor supo intercalar sus conocimientos (no siempre con amenidad) para dar fondo a sus obras. Metiendo de relleno porcelanas Ming, egiptología y venenos.

—Nunca me han gustado sus novelas —informó Tom—. Carecen de acción, y no son tan educativas como un manual. Me ocurre con ese autor como con Agatha Christie: no puedo aguantar las fanfarronadas de Poirot, ni ver a los personajes de sus obras en un bote.

—¿Cómo en un bote? —saltó Bentley, extrañado.

—O casa, o tren, o avión —se defendió el rubio—. El desenlace del misterio ocurre, fatalmente, en un lugar bloqueado por algo. Y el enigma se resuelva a base de prolijas selecciones de «culpables». Sólo encuentro bueno en esa escritora la descripción de sus protagonistas femeninos.

—¡Tú no entiendes de estas cosas! —dictaminó el agente federal

—. Ciertamente que tiene más humanidad (y visos de verosimilitud) el comisario Maigret, Simenón maneja hombres y mujeres de carne y hueso con bruscas alternativas de pasiones, impulsos y crisis. Peor es, a mi juicio, el estático y borrachín Nero Wolf, la egoísta Berta Cool, y el refranero ambulante de Charlie Chan.

Tom Barbizon se levantó del asiento, desperezándose. Quiso encontrar un mutis airoso, para largarse hacia la habitación donde le esperaba un lacho confortable.

—¡Estoy de acuerdo! —exclamó—. Me gustan las aventuras de Trent y de ese diabólico «Santo». Leo con admiración a Oppenheimer (sobre todo porque no repite sus personajes), y podría citarte otra docena de autores contemporáneos. Pero, por favor, ¡no me hables de Edgar Wallace! Déjame soñar con sus ángeles buenos, en vez de atormentarme con ellos.

Había alguien que se mantenía en la misma tesitura que Tom, el calavera. El tabique fu golpeado tan reciamente que desprendió un costrón de yeso, y se oyó una voz terriblemente colérica:

—¡Por mil diablos: terminen de una vez! Si tienen tanto interés por mejorar a otros detectives, trabajen más y hablen menos.

—Míster Fuchs —murmuró Bentley, bajando la voz.

Hasta entonces no se había dado cuenta, enfrascado en la charla, de las advertencias acústicas del vecino.

Se inclinó sobre el quinqué de petróleo y lo tomó en su mano derecha. Parecía una parodia, risible, de la estatua de la Libertad. Alumbró el camino a su compañero, y ambos se retiraron a los dormitorios.

«Sara» se rebulló en el jergón de paja, feliz. Cerró los ojos y se concentró en la visión interior de paraísos caninos. Donde no había crímenes, por fortuna.

¡Sólo huesos!

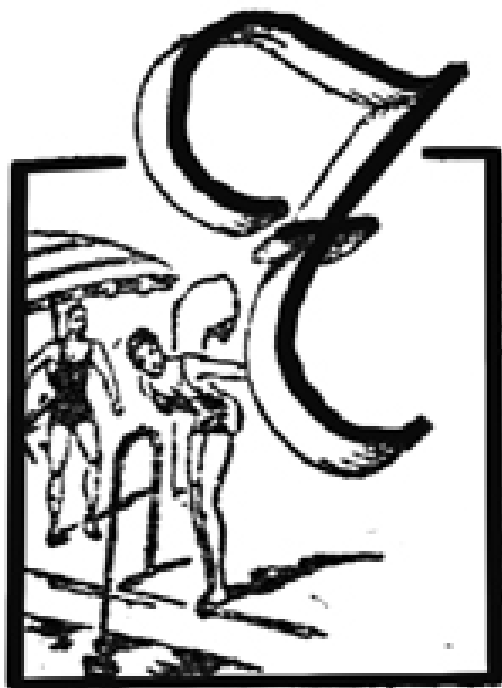
EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY.

II



OM Barbizon «también» tenía su archivo. No era truculento como el de Archie, pero sí bastante práctico. Y, sobre todo, podía transportarlo cómodamente en su bolsillo. En realidad, no se separaba nunca de él.

Se trataba de una pequeña agenda, donde el joven tenía clasificadas por orden alfabético sus amistades.

Las faldas eran en la libreta, respecto a los pantalones, lo que las olas del mar hacia algún que otro náufrago en apuros: casi infinitas, y desde luego en plan desproporcionado y avasallador. Los nombres de media docena de varones, en medio de tan copiosos de mujer, tenían su significado: aquellos reducidos mortales eran hermanos, padres o tíos de singulares bellezas.

El amigo de Archie era un impenitente Adonis, asomado a la fuente luminosa de ojos femeninos. Un entusiasta de la armonía en forma de mujer y un enamorado, lo que no quiere decir —ni mucho menos— un enamorado.

Trataba a las jóvenes con arreglo a una doctrina personal, producto de la experiencia, y que le daba buenos resultados: como si fueran chiquillas sin atractivo. Era para ellas como un hermano mayor o un primo político, aunque no tuviese nada de hermano ni de primo.

No parecía concederlas gran interés, y eso producía su mayor éxito. Las mujeres enloquecían por él y le seguían como las flores de girasol al astro rey. Quedando mustias y alicaídas cuando Tom se eclipsaba tras una de sus frecuentes nubes de misantropía. O, dicho de otro modo, de carencia absoluta de dólares.

Porque eso sí: Tom no había hallado todo el secreto de las hijas de Eva, la panacea femenina. Sólo sabía mirarlas y mimarlas cuando estaba en fondos. Como el jardinero que riega y «abona» su jardín, al acabársele el dinero prefería hacer un airoso mutis. Jamás se le pasó por la imaginación explotar su atractivo para remediar una situación económica.

Pero las cosas se habían agudizado de un modo feroz. Mucho le dolió a Tom recurrir a un medio denigrante, pero entre abusar de sus amistades y trabajar no había duda posible.

Empezó a hojear la agenda, sin decidir llamar a ninguna rica heredera al cabo resolvió empezar por la letra «A», y darle toda la vuelta al abecedario. Como no disponía de níqueles para usar un teléfono público, acudió a un recurso supremo: visitar —con su mejor cara de fiestas— a míster Fuchs, el cascarrabias.

—¡Buenos días, vecino! —empezó—. Supongo que habrá dormido bien, luego del desagradable incidente de anoche.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó el vejete, sin pizca de simpatía—. ¿Ha terminado los fósforos, o quiere echar una ojeada al periódico? La sección de crímenes viene buena...

—¡Bah! —desdeñó Tom—. Eso es cosa de Archie, exclusivamente. Supongo que, si oyó usted parte de la conversación, comprendió que yo era otra víctima de su manía.

Al decir esto puso cara de circunstancias. Parecía un cordero, al que colocan, contra su voluntad, bajo el cuchillo del matarife.

—Sí; pero dejemos eso. ¿Qué quiere?

—¡Míster Fuchs! —se lamentó el joven, ofendido—. Que me aspen si he venido a otra cosa que a informarme de su salud. Bueno —añadió, sofocándose—; ¡también me gustaría avisar a una amiguita, por teléfono!

Tom tenía la facultad de enrojecer voluntariamente, como otros mueven las orejas y el cuero cabelludo. Su cara reflejaba, así, toda la inocencia y candor del mundo.

Sin embargo, no era necesaria tanta comedia. El flaco de míster Fuchs, viejo y todo, era la mujer. Cosa muy disculpable, porque tal afición reviste carácter de epidemia. Sonrió indulgente, y señaló al muchacho la habitación donde estaba el teléfono.

—Utilícelo —dijo—, pero sea breve. Pienso marcharme de casa antes de las cinco...

—Pero ¡si son las diez de la mañana!...

—Sé le que digo, y usted me entiende, amiguito. ¡Pase y no se duerma! Yo voy a seguir oyendo la radio...

Míster Fuchs tenía muchas rarezas, y una de ellas —acaso la más importante— era enterarse de cosas. Se le podía disculpar el hecho a un superviviente del terremoto de San Francisco, con dieciséis lustros de vida gris y anodina.

La peculiaridad del anciano era su afán de oír la radio. Pero, consciente de sus deberes con la vecindad, jamás se le ocurrió usar aparatos de altavoz. Poseía uno estupendo de galena, y era fácil verle con los auriculares puestos, de modo permanente. Largos hilos le seguían en su desplazamiento por las habitaciones de la casa.

A la llegada de Tom se aburría soberanamente, mientras la orquesta de Filadelfia interpretaba a Beethoven en su «Tetralogía». Sin embargo, a poco de admitir al joven se animó, adoptando una actitud muy pintoresca. Sus ojillos lanzaron chispas de satisfacción, y abandonó las tareas culinarias por no perder la onda.

¡Satisfacciones como aquélla eran lo que compensaba seguir viviendo!

Mientras tanto, el rubio disparaba a diestro y siniestro sus saetazos. En tono fraterno inquiría datos sobre la salud de sus amiguitas, y se mostraba altamente interesado en sus problemas íntimos. Era una especie de asesor telefónico, que daba recetas y consejos con más rapidez que sentido común.

Pero su auditorio no había de reconvenirle por ello.

—¡Gracias, Lucy! Acabo de pasar el sarampión y ya estoy completamente restablecido.

—Creo que dos vueltas al derecho y cuatro al revés es un punto de aguja muy lindo. O tal vez sea un nuevo modo de bailar el tango, Fránchesca...

—Debes creerme, Susan: me acordé, de pronto, que mi tía Sara me esperaba a merendar. ¡Cuando llegué estaba que mordía!...

Para todo tenía recurso la facundia de Tom. Escuchaba frases de censura sin pestañear, y parecía haber perdido la noción del tiempo. Pero no era así. A la menor oportunidad colocaba «el disco», esperando la respuesta de un modo paciente.

—Pues sí, hijita... Aspiro a trabajar como detective privado, y te lo advierto, por si sabes de algún lío que resolver, un objeto que buscar o si necesitas dar una paliza a cualquiera. Mi situación no es alarmante aún, pero este mes no he recibido el giro de mis parientes...

Tim tenía padre; pero ocultaba celosamente su existencia, toda vez que fue lanzado de la casa familiar por holgazán y disoluto. Prefería emplear el término ampuloso de «parientes», que no le comprometía a nada. Su —mentira estaba disculpada ante las bellas— muy poco observadoras—, debido a que las reapariciones de Tom coincidían con el auge de sus fondos y un traje nuevo. En realidad, los protectores de Tom eran sus dedos —diez hermanitos dóciles y bien educados—, que sabían jugar al póker y tirar los dados con talento.

Al cabo de largas horas de conversación ininterrumpida, Tom había anotado media docena de direcciones. Y arruinado la pared de míster Fuchs, a base de garrapatear pequeños comentarios, que no debía exteriorizar verbalmente. Algunas de sus comunicantes no tenían una onza de sesos, pero no podía decírselo a ellas: se limitaba a escribir en el muro las injurias que se le ocurrían.

De la cocina del viejo brotaba terrible olor a chamusquina. Incomprensiblemente, Fuchs había arruinado el guiso.

—No te preocupes por eso, chico —aseguró el cascarrabias—; comeré en cualquier restaurante. Y ya sales que puedes pasar cuando quieras a usar mi teléfono.

—Verá usted —empezó Tom, al retirarse—: la pared...

—¡Ya sé, ya! —atajó la estampa de la amabilidad—. Tus dichosos apuntes... Los borraré, y hasta otra.

Tom tuvo un gesto audaz, ciertamente heroico. No sabía cómo premiar la devoción de su vecino, y necesitaba hacer algo.

—Si quiere venir a comer con nosotros... —apuntó, tímidamente.

Aún se oían las carcajadas del viejo cuando Tom cerró la puerta de su casa. El hecho tenía una explicación muy sencilla, que, al mismo tiempo, aclaraba también que míster Fuchs tuviera que airear sus habitaciones e irse a gastar varios dólares en un restaurante.

El octogenario era habilidoso, y había sacado una derivación a su teléfono. Así, aparentando oír la radio, escuchó todas y cada una de las conversaciones de Tom con sus bellas comunicantes. Sin perder palabra ni sentir la menor aprensión.

Lo incomprensible era que Tom hubiese invitado al vejete a comer con ellos toda vez que sus provisiones y sus fondos se habían agotado por completo. El propio joven tenía sus dudas respecto al modo de matar el hambre aquel día, si Archie no se decidía a invitarle.

Encontró a Archie sumido en sus pensamientos. Tanto, que apenas alzó la cabeza al ver llegar a su amigo.

—¿Algo nuevo? —preguntó, no obstante.

Tom adoptó un gesto teatral, de empresario de circo que anuncia una nueva atracción.

—¡Seis hermosos casos, seis! —recalcó—. Claro que de ellos hay tres que no me interesan: buscar un canario escapado de la jaula, un bolsillo en la vía pública y un novio millonario. Pero los otros... —declaró, con aire de triunfo.

—¿Qué? —preguntó Archie—. ¿Hay algo que merezca adelantarte los gastos de matrícula?

—Tengo una invitación para pasar ocho días en las afueras de Nueva York, y otra para cazar monos en África.

Una vena empezó a hincharse en la sien izquierda del judío. Denunciando una tormenta.

—No estoy para bromas, Tom —renegó—. Tratábamos de casos de investigación.

—Y yo hablo del modo de tener resuelta mi vida una temporada.

Si los monos no te hacen gracia... —Ante el ofensivo silencio de Archie, Tom puso cara de circunstancias—. Está bien; ¡rechazado el safari! —admitió—. Me queda otro asunto, pero si eres tan exigente, me veo haciendo competencia a Gandhi. Lo peor es que «Sara» nunca podrá ser utilitaria como una cabra.

No estaba Bentley para humorismos. Ignoraba que su amigo, como un hábil prestidigitador, guardaba en la manga su último triunfo.

—Sigue... —solicitó, haciendo gala de paciencia benedictina.

—Hay un asunto muy bonito: seguir a un caballero infiel, y averiguar dónde pasa los ratos fuera de control. Gastos pagados, y...

—¡No! —estalló el agente federal—. En los líos matrimoniales sale perdiendo siempre el investigador. Los esposos hacen las paces, y se revuelven contra aquéllos a quienes pidieron ayuda.

Tom suspiró, dispuesto a soltar su bomba. Lo hizo con cara afligida, para provocar una reacción de optimismo.

—Hay aún otro caso —dijo, dubitativo—. Una amiguita mía (Elisabeth Conolly) me ha contado algo respecto a misterios y persecuciones. No ha sido muy explícita, pero desea encargarme del asunto. ¡Ah, se me olvidaba! Su padre ha sido coronel del Ejército, es actualmente senador, y puede pesarme con billetes de Banco.

El alicaído Archie se enderezó un tanto. Miró a su amigo con aire especulativo, como dudando aún.

—Eso es bonito de oír, mastuerzo. ¿No será algo sin fundamento?

—¡Nada de eso! —rechazó Tom, con gesto ofendido—. Por lo pronto, la jovencita me invita a pasar unos días junto a ella y su padre, en una finca que poseen en el Yonkers. Tengo la manutención resuelta y la promesa de una buena suma. Sólo que...

Archie pareció desinflarse. Su talla decreció una pulgada.

—¿Qué? —dijo, como un soplo.

Tom empezó a explicarse, mirando receloso a su amigo.

—Elisabeth quería venir a verme, inmediatamente. Me pareció mal que subiese hasta aquí y contemplase esta pobreza, y la he citado en un restaurante. En un sitio lujoso, como corresponde a su categoría social. ¿Sabes tú el modo de que yo pague la cuenta sin un centavo?

Era el primer problema que se presentaba, para su resolución, al

nuevo pesquisante. Archie se caló las gafas para pasar revista mental al asunto. Quería salvar a su amigo de la miseria, pero no ser sableado por él.

—Me debes ya trescientos cincuenta dólares —deletreó, consultando una agenda—. Calculo que me llevará otros cien establecerte como detective privado... Lo cual hará ascender la deuda hasta muy cerca de los quinientos.

—Te debo la vida —añadió Tom, recordando cierto incidente en la isla de Garapán, en las Marianas—. Debes apuntarlo, ya que eres tan meticuloso.

Bentley hizo un gesto despectivo.

—«Eso» carece de valor. Así que..., para sacarte de un apuro, podré darte cincuenta dólares. Con lo que completaré lo que tengo asignado para tu rehabilitación. Pero ¡sólo te los daré en el último momento!

Tom, que alargaba la mano ya, la retiró prestamente.

—¡Qué idea, chico! —dijo, de pronto—. Hazte el encontradizo en el restaurante. Te presentaré a Elisabeth, y así podrás asesorarme en cualquier duda. Dame ahora un par de dólares para un taxi...

Archie pareció sufrir un principio de apoplejía. Su furia llegó a hacerse tan evidente, que Tom salió a escape, silbando.

—¡Ven aquí, «Sara»! —llamó—. Vamos a la calle... Y tú, Archie, no te sofoques. Te espero en

Joe's

dentro de una hora. ¡Con dinero o sin él!

Una perrita terrier —de color pardo y manchas blancas— saltó de su refugio y empezó a ladrar alegremente. Se reunió con Tom, y ambos se deslizaron pasillo adelante. Luego de bajar la tortuosa escalera, la pareja formada por el mocetón y el vivaracho animal se encontró en la calle. Hacía frío, pese a que el sol brillaba con cierta intensidad.

Tom, filosóficamente, echó a andar en dirección al restaurante. Tenía el tiempo justo para llegar al sitio de la cita sin tomar el «buss». Estaba resignado a acudir solo —si se exceptúa a «Sara»— y a indicar a su amiga que estaba a régimen de dieta.

Cojeando levemente del pie izquierdo, Bentley apareció unos minutos después en seguimiento de Tom. ¡No podía tolerar que el primer asunto escapase de las manos de Tom! Iba a hacer algo

terriblemente heroico para sacarlo del aprieto: oír un asunto policíaco en plan de particular.

Elisabeth Conolly —de ascendencia irlandesa— era una bella estampa de mujer, dinámica y juvenil. Se había adelantado a la pareja de policías —uno profesional y otro de afición—, y su auto refulgía en el aparcadero como un estuche con ruedas. Ella misma permanecía cerca del establecimiento, paseando por la acera fue la primera en divisar a Tom.

Hubo un fuerte apretón de manos, y la perrita ladró dos veces en el tono comedido a que estaba acostumbrada. Pareció identificar a la joven, desde el primer momento, como a una conocida.

—Ya tengo encargada la comida, Tom —dijo Elisabeth—. Lo que a ti te gusta: anguila «Julien», pollo frío y tarta. ¿Entramos?

Tom miró y admiró a la bella, sin mostrar entusiasmo. Hizo un leve inventario de sus galas, y pareció poco satisfecho.

—Has engordado tres libras, por lo menos, desde la última vez —dijo, con gesto de reproche—. ¡No me gusta eso!

Así trataba Tom a las mujeres, y tenía éxito con ellas.

Aprovechando una pausa del tráfico, Archie cruzó la calle, poblada de ruidos y velocidad. Tom lo vio, y frenó la evasiva oportunamente.

—Por ahí viene un amigo mío —señaló—. Es un hombre muy atareado, y hace siglos que no le veía...

—¡Aló, Archie! —llamó.

Unos minutos después, hechas las presentaciones, los tres jóvenes y la perrita penetraban en el local. Allí fueron guiados por un cordialísimo «*maître*» hacia su mesa. Tomado asiente alrededor de ella, desplegaron sus servilletas y empezaron a picotear los aperitivos.

Todo resplandecía de plata, flores y sonrisas.

Joe's

era uno de los restaurantes más caros de Nueva York, y Tom sintió que un nudo extraño le apretaba la garganta.

Elisabeth comía poco y hablaba mucho. Al accionar, sus cabellos leonados oscilaban como un aura viva. Tenía personalidad y magnetismo, a más de la gran característica de la juventud: una arrolladora simpatía.

Y sus labios sonreían, aun cuando estaba contando cosas horrendas...

—Desde que salió del campo de concentración japonés, papá es otro hombre —resumió la joven, suspirando—. Está afectado por algo terrible, y pasa los días melancólico y deprimido.

—Perdone un momento, *miss* Conolly —intervino Archie, plácidamente—. No quiero ocultarle que soy miembro del F. B. I.

Había comido de un modo admirable, y los licores le hacían flotar en una nube rosada, tal vez influido también por la presencia de la bella.

—Ante todo es amigo mío —estalló Tom—. ¡Nos ayudará!

El rubicundo habló convincente, y su entusiasmo se contagió a *miss* Conolly. Ella enfrentó con mirada alentadora al agente, que prosiguió.

—He visto a su padre en alguna intervención pública, y me ha producido el efecto de ser un hombre enérgico y voluntarioso, capaz de acometer y rematar cualquier empresa. Explíquenos, por tanto, esa dualidad de carácter.

—Es algo alterno —aclaró Elisabeth—. Creo que papá, para dar esa sensación de optimismo y combatividad, toma algún estimulante. Pero les aseguro que la reacción es, luego, mucho más temible.

Tom apartó del alcance de «Sara» la correa del bolso de Elisabeth. La perrita deseaba jugar con algo, cansada de la permanencia en el local.

—Debiste consultar a un médico, querida —dijo el rubio—. Tal vez sea cosa de los nervios...

—Ya lo hicimos —replicó la joven—. Y han encontrado a papá perfectamente normal. Yo creo que hay algo que sigue atormentándole; tan grave, que no se atreve a confiarse a mí. Un peligro le acecha, e incluso le he visto hablar con tipos mal trajeados, propios de los bajos fondos. ¡Y en casa hay merodeadores nocturnos!...

—Entonces, la Policía... —empezó Tom, impulsivo.

Se calló de repente, ahogando un gemido. Acababa de recibir una singular patada por debajo de la mesa. Miró a Archie, y vio que el agente sonreía con aire beatífico.

—No me atrevo a acudir a ella, tampoco —rechazó Elisabeth—. Creo que mi padre está sometido a alguna misteriosa presión; chantaje, por ejemplo. Llegué a insinuarle algo y lo denegó, tan indignado que logró asustarme. Por todo ello, tu oferta de esta mañana fue para mí como un regalo del Cielo. Creo que la solución es que te alojes en casa, Tom. Mi padre sabe que te conozco, y no verá nada extraño en ello.

—¡Magnífico! —asintió Tom—. «Nos» iremos inmediatamente, para solucionar el misterio.

—Eso es. ¡Vámonos ya! —pidió Elisabeth—. Cuando estoy lejos de papá, se me hace el tiempo interminable.

El verdadero problema empezaba para el rubicundo: pagar sin dinero. Su mano derecha se movió por debajo de la mesa, y la correa del bolso de Elisabeth se deslizó hasta cerca, de «Sara». El animal dio un tirón, y salió huyendo con su presa.

La joven y Archie apenas se dieron cuenta de que ocurría algo anormal. Vieron a Tom cruzar como una exhalación el establecimiento, con las manos tendidas hacia adelante y en dirección a la puerta.

—¿Es algún nuevo juego? —preguntó, cerca de ellos, un comensal.

A los pocos minutos regresaba Tom al restaurante, con la perrita al brazo y esgrimiendo, triunfal, el bolsillo. Parecía un cazador llevando consigo dos piezas, botín afortunado de un solo disparo.

—El condenado animal —explicó— abrió tu bolso, querida. Es un sabueso magnífico, pero muy rebelde. ¿Sabes el dinero que guardabas?

—Desde luego que no —denegó Elisabeth, levantándose—. Estuve haciendo compras, y no recuerdo lo que saqué al salir. «Maitre» —reclamó.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el rubicundo, con aire de extrañeza.

—¡Pagar! —dijo Elisabeth, sonriente—. Es lógico, ya que ustedes dos van a trabajar para mí. Todos los gastos, desde ahora...

Archie murmuró algo indescifrable, en voz baja y sin entonación. Pero Tom le dejó mudo de sorpresa, al decir:

—¡De ningún modo! Yo pagaré la comida, y te ruego que no hablemos más de ello. La idea de venir aquí fue mía.

Ante el asombro de Archie, el joven sacó de su cartera un flamante billete de cien dólares, que depositó con negligencia en mano del camarero-jefe. Desdeñó la devolución del cambio, diciendo:

—Quédese con la vuelta, amigo. Hemos quedado muy satisfechos, y no será la última vez que vengamos aquí. ¿Verdad, Archie?

El servidor de
Joe's

hizo una exagerada reverencia, y los tres comensales salieron del local. Delante de ellos, «Sarita» retozaba, volviendo la cabeza hacia el grupo.

Archie tuvo la impresión de que la «terrier» le sacaba la lengua, burlándose. Entre ella y Tom habían resuelto el primer problema del debut de un detective particular.



No existe publicación ilustrada más popular que

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y tampoco logran igualar el interés de

JEQUE BLANCO

Únicamente puede comparárseles con ella, otra nueva
creación de EDITORIAL ROLLAN

MENDOZA COLT

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre
el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión
justiciera.

¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN

MENDOZA COLT!

III



RA de noche; una noche fría y desapacible, con indicios de luna. Alumbraba bastante más, al fondo, el resplandor de la cercana Nueva York. La ciudad parecía arder en su plétora de anuncios luminosos.

Desvelada por los acontecimientos, Elisabeth Conolly no podía conciliar el sueño. Ciertó que estaba más tranquila, desde el punto y hora que pernoctaban en la finca sus dos recientes aliados. La joven conocía la fortaleza y combatividad de Tom, e intuía que su amigo Archibald no era un alfeñique.

Aquella misma noche, durante la cena, el agente del F. B. I., reverdecíó ciertos sucesos del último conflicto mundial, y los dos jóvenes supieron animar la charla con sus anécdotas.

Después de la momentánea satisfacción de recordar nombres y fechas memorables en la contienda del Pacífico, el senador había caído en uno de sus frecuentes accesos de melancolía. Fue inútil que Bentley tocara con habilidad algunos temas, para reanimarle. El anciano pidió permiso a los huéspedes para retirarse, y la cena terminó bajo la mirada adusta de los criados.

Elisabeth recordaba una y otra vez la charla, al parecer casual, del judío. Con la sagacidad de su raza, Bentley trató de obtener algún dato del «viejo Charlie», citando hechos de su actuación. Tal vez fue aquello, precisamente, lo que indispuso al senador. Contestó con monosílabos, y poco a poco se fue encerrando en su hermetismo.

El padre de Elisabeth no quería recordar nada de la guerra. Y, sin embargo, no padecía «*shock*» nervioso: había respondido normalmente a las pruebas del especialista que le trató.

La joven sintió algo que la distrajo de su cavilación. En alguna parte oyó un chasquido y gruñir un can. Recordó a «Sara», alojada al exterior, y esbozó una sonrisa.

El chasquido se repitió, esta vez más cerca. Elisabeth pretendió inútilmente localizarlo, y fue sintiéndose invadida por una extraña sensación parecida al miedo.

No hacía viento, como noches atrás. Aunque el frío era intenso, no podía achacarse el ruido a rotura de ramas. No tenía lógica tal explicación, estando el aire calmo.

Elisabeth pensó en la hiedra que recubría las paredes de la casa, y que se había negado a cortar por no despojar la villa de su festón de verdura. Las plantas trepadoras abarcaban el muro en un abrazo gigante, y recios troncos ascendían a lo largo de las paredes, como si pretendieran asfixiar la finca.

Al hallar tal imagen retórica, la joven se estremeció, parpadeando: ¿era asfixia lo que sentía!

El pánico iba «ascendiendo» por su garganta, como una serpiente o un dogal animado. Pensó que alguien pretendía entrar en la casa furtivamente, amparándose en la oscuridad y el silencio.

¿Tom?

¡No, no podía ser él, de ningún modo! El joven era capaz de galantear, llegado el caso; pero jamás se le ocurriría emprender una aventura con ribetes románticos. No iba con su carácter, ni se había

insinuado nunca de un modo profundo. Además, tenía medios menos truculentos de ver a Elisabeth: le bastaría llegar a su habitación y llamar a la puerta.

Entonces... ¿quién era el que ascendía tapia arriba, tratando de entrar en la vivienda por el primer piso?

Se repitió el crujido, siniestro e inmediato a la joven. Elisabeth se achicó cuanto pudo en su lecho, y todas sus facultades de percepción se concentraron en la vista. Espiaba, ansiosamente, el rectángulo que enmarcaba la ventana, segura de que algo terrible iba a concretarse por allí.

Hubo una pausa larga y angustiosa. Luego, en la parte de afuera se materializó una mano blanca, desvaída y espectral, con dedos largos y huesudos. A poco, un rostro empalidecido, anguloso —envuelto en la claridad lechosa de la luna— enfocó las tinieblas donde una joven se debatía presa del pánico. Dos pupilas acuosas miraron sin ver, y otra mano avanzó en dirección al batiente tratando de forzarlo y de penetrar en la casa de un modo clandestino.

Dispuesta a gritar, a dar desahogo a su zozobra por medio de chillidos, la joven vio algo más. En la mejilla izquierda del salteador —un hombre, sin género de duda— se destacaba claramente una antigua herida. Era una cicatriz de extraña forma, que se adaptaba a la curva del pómulos.

Algo presionó sobre el cristal y se oyó un crujido.

Entonces, Elisabeth gritó. Cuan fuerte pudo y poniendo en la acción todas las potencias de su alma. Deseó huir del horror, añadiéndole sombrías pinceladas. Ahogando el redoble de su pecho con gritos que trataban de advertir a los vigilantes.

Oyó carreras y golpes dirigiéndose a su habitación. Alguien golpeó en la puerta de entrada, y el ser repelente desapareció del campo visual de la joven. Con un rictus de fastidio en el rostro desdibujado, de pez chino.

—¡Abre, Elisabeth! —Oyó la bella, a punto de desvanecerse.

Fuera ya de la nefasta influencia del miedo y de la espantable visión de un ser maligno, la joven se puso en pie. Notó cierta debilidad en las piernas, y comprendió lo cerca que había estado del desmayo. Sin ponerse las chinelas, avanzó hacia la puerta de su alcoba. Y procedió a descorrer el pestillo, mientras los golpes se

sucedían como un redoble de tambor.

Luego de un breve silencio se oyó la voz de Tom:

—Voy...

Justo en el momento en que la joven quitaba el pasador y abría, una tromba viva penetró en la estancia. Veloz como una ráfaga y recta como una flecha. Atravesó la habitación braceando enérgicamente, y ante su carga la ventana opuesta saltó hecha pedazos.

Fué una casualidad que el esforzado paladín no saltase limpiamente a través del cerco, aterrizando en el césped desde respetable altura.

—¡Caramba! —murmuró—. Eso no vale...

El senador encendió la luz y corrió al lado de su hija. Charles Conolly estaba mortalmente pálido y asustado. Elisabeth no quiso aumentar su tensión añadiendo una nueva contrariedad; se echó a reír, y explicó:

—Creo que ha sido una falsa alarma. Tal vez me desperté bajo la impresión de una pesadilla, y...

Archie no la oía ya. Bajó la escalera a toda velocidad —como si quisiera hacer competencia a su amigo— y abrió la puerta del vestíbulo. Lanzándose a la zona iluminada del césped, para alcanzar a lo que causó el temor de Elisabeth.

¡Había comprendido que la joven se asustó de algo efectivo, y también los motivos de su reserva!

Entonces estalló la primera escaramuza de una serie interminable.

Sin previo aviso, tres individuos malcarados —que estaban en el jardín, ante la casa— se arrojaron en tropel contra el agente, enzarzándose como una trailla de perros hambrientos.

Queda justificado su error. No conocían la furia combativa de Archie, y se dejaron llevar por lo engañoso de su aspecto.

Lo cierto es que Bentley —sin tener la prestancia belicosa de Tom— era un demonio luchando. Un hombre que sabía oponer nervios y destreza a su falta de corpulencia; que se recreaba en la pelea, encontrando recursos en las situaciones más desesperadas. Sabía imponerse en un caso de notoria inferioridad, y su energía moral superaba cualquier deficiencia física.

De inmediato se zafó de un antagonista, haciéndole rodar por el

suelo. Extendió la colosal envergadura de sus brazos, y lanzó una extraña exclamación en hebreo.

Logrado el factor sorpresa, no desperdició ni un instante. No pensó en pedir auxilio, y enfrentó a los dos forajidos que le atacaban, repartiéndoles sendos puñetazos. Entonces, el hombre caído saltó sobre su espalda, agarrándose a ella como un parásito, dispuesto a inmovilizar los brazos del agente y a tundirlo a golpes.

Tom permaneció algunos segundos inmóvil, luego de su frustrado intento de forzar una puerta. Desdeñó al grupo afectivo de padre e hija, y se dispuso a socorrer a su amigo. Bajar por la escalera le pareció una pérdida de tiempo imperdonable, y acordó descender de su atalaya mediante un salto ágil y bien calculado. Justo frente a uno de los tipos que atacaban a Archie como energúmenos.

—¡Venid aquí, condenados pigmeos! —gritó.

A partir de entonces cesaron los apuros de Arcille. Toda vez que la concentración enemiga se dividió en dos, para combatir al nuevo adversario. Fue una suerte que los truhanes no empleasen armas de fuego. El colosal Tom mandó a uno de los maleantes a la región de los sueños, golpeándole la testa con un puño parecido a una maza. El hombre cayó al suelo sin proferir una queja: ¡como una res apuntillada!

Los otros tipos no significaban nada para los dos amigos, aunque eran duros de pelar. Archie vapuleó al que le tocó en suerte con un método científico —casi amoroso—, mientras Tom se lanzaba contra el suyo en un desplome de músculos y cartílagos, huesos y tendones. En la forma primitiva y contundente de un alud que se desliza montaña abajo.

Aunque habían empezado con cierta diferencia de tiempo, los dos amigos acabaron al unísono la tarea. El segundo competidor de Tom quedó «groggy» a las primeras de cambio, y el que hizo frente a Archie chillaba como una rata en el cepo.

El federal tenía interés en que su «víctima» hablase, pues estaba en casa de los Conolly para resolver un misterio, y no para oír felicitaciones. Remolcó al tipo sin dificultad, mientras Tom hacía lo propio arrastrando a sus dos contrarios del cuello de la chaqueta. El césped quedó arruinado ante su acción, pues las botas de los inconscientes iban dejando en el suelo surcos paralelos.

—Es maravilloso que hayamos conseguido tanto el primer día —indicó el rubio—. Estamos de suerte...

—¡Hum! —contestó el judío, por todo comentario.

Los tipos fueron introducidos hasta el vestíbulo por los dos amigos. Y allí, Tom se dio buena maña en encender la luz, luego de arrojar al suelo —sin miramiento— a los contusos. El gorila que peleó con Archie no cesaba de gritar, desesperadamente, bajo las presiones que el policía ejercitaba sobre sus centros nerviosos.

—Trae un cordón de cortina —pidió Archie a su auxiliar—. Vamos a dar garrote al llorón.

Antes que el coronel y su hija descendiesen al vestíbulo, ya estaba el coloso atado sólidamente. La última vuelta de cuerda la pasaba por la boca y se la mantenía abierta, pero muda. Sólo podía lanzar gruñidos inarticulados.

—¡Maravilloso! —exclamó Elisabeth—. No me han defraudado mis valientes.

El senador no hizo comentarios, pero miró a su hija, especulativo. Luego examinó, preocupado, a los que entraron sin permiso en su jardín.

—¿Avisamos a la Policía, míster Conolly? —preguntó el inefable Tom.

No acababa de comprender que estaba actuando como detective. Sin duda, tenía un saludable temor a la Metropolitana, producto de sus correrías por garitos y otros lugares de perdición.

—¡No! —rechazó el senador—. Antes vamos a interrogarles nosotros —rectificó, prudente—. Necesito saber qué hacían a estas horas en mi casa, lo que buscaban y demás. La Policía puede aguardar...

La explicación había resultado algo tardía para Arcille. Miraba con curiosa expresión al senador, pero no se atrevió a interrumpirle.

—Hagamos hablar, entonces, a este pájaro —indicó, señalando al tipo que había capturado—. Los otros dos están perdidos en la región del sueño.

Además, uno de ellos no podría hablar, aunque lo pretendiera. Tom, envuelto en su pijama, estaba sentado encima de él, aplastándole materialmente con su peso. Al otro bribón lo mantenía agarrado del cuello, con una manaza parecida a un torniquete.

En un momento soltó Archie la última vuelta de la cuerda. Y no

necesitó hacer presión para obligar a explicarse a su prisionero. Fue éste el que lo hizo espontáneamente, y de un modo bastante original.

—¡Los denunciaré a la Policía! —gritó—. No se hace esto con un ciudadano decente y cooperador.

El tipo tenía el aspecto de cualquier cosa menos de hombre respetable. Su rostro seco y huidizo parecía el de una rata, y ostentaba en el rostro ciertas tumefacciones que acusabas la fortaleza de Archie. ¡Del hombre que resultaba engañoso en su aspecto, y que poseía la celeridad del mapache y el jaguar!

—¿Acaso venías a visitarnos? —preguntó el federal, insidioso—. Es tarde para solicitar empleo, y en tales casos se acostumbra a tocar el timbre de entrada. No a saltar tapias, como un malhechor.

—Usted fue el que la saltó, por lo que sea —dijo el individuo.

Era una extraña manera de atacar, para defenderse. Archie abrió la boca, dispuesto a protestar de aquel atentado a la verdad.

—¡Sí! Le vi ascender por la tapia, remontando la hiedra —insistió el tipo—. Yo volvía con mis amigos de correr una juerguecita y decidimos entrar a darle un escarmiento. Si hubo alguna equivocación no me pesa. Volvería a hacerlo siempre que tuviese oportunidad.

—Sacude a ese embustero —pidió Tom—. O déjame que le haga yo unas carantoñas.

Entonces tuvo lugar la fantástica intervención de Elisabeth.

—¡Esperen! Dice la verdad, porque yo también lo vi. Ante la mirada atónita del senador, la joven procedió a explicarse. No: no había sido Archie Bentley el temible escalador. Pero sí un hombre delgado como él, y muy fácil de confundir a la luz de la luna. Habló también de la cicatriz en la mejilla izquierda, y de los ojos saltones.

Lo más curioso sucedió a continuación. Tom libró a un búcaro de sus flores y procedió a salpicar el agua del recipiente en el rostro de los que permanecían sin sentido. Tuvo que acompañar al efecto del agua sendas bofetadas, que hubieran sido capaces de despertar a una piedra. Al cabo, los inconscientes estuvieron en condiciones de justificarse.

Y sus palabras coincidieron, en todo, con las del compañero que los anticipó... «Volvían de pasar un buen rato en el pueblo inmediato, camino de sus viviendas. Vieron a un hombre escalar la

tapia con aire furtivo, y se dispusieron a interceptarle. Creyendo que era un ladrón, y que la casa estaba deshabitada».

—Se han puesto de acuerdo —objetó Archie—. No puedo creer tal bondad de corazón en estos angelitos...

—Llamen a la Policía, entonces... —invitó uno de los hombres, desafiante—. Y liberten a mi compañero: ¡no nos merecemos este trato!

No iba a ser la Policía quien aclarase el asunto. Fue la propia perrita de Tom. La inquieta Sara, al penetrar alegremente en el vestíbulo. Entre sus colmillos llevaba un trozo de tela, a modo de gallardete.

—Sara ha estado haciendo de las suyas —argumentó Elisabeth—. La oí gruñir cuando se produjeron los ruidos misteriosos, y sin duda luchó contra el salteador; antes o después de su intento de escalo. ¡Suelten a ese hombre y a sus amigos!

Por pura fórmula, Archie examinó el pedazo de tela. No correspondía, en absoluto, a ninguna prenda de los presentes. No cabía duda que un cuarto intruso había visitado —sin invitación— la casa de los Conolly.

—Usted manda —concedió, desatando las cuerdas que aprisionaban al detenido.

Éste le miró con odio, y durante unos segundos pareció dispuesto a lanzarse contra su libertador. Luego, mascullando palabras en las que alentaba la ira, se alejó al frente de la curiosa pandilla.

—Cúidense ustedes de observar que salen de la finca —dijo el senador, actuando con una pasividad sospechosa—. Yo voy a dejar a Elisabeth en su dormitorio...

Los dos amigos obedecieron la indicación. Tom sirvió de escolta al grupo de malcarados, y como viese que uno de ellos se rezagaba, lo despabiló a puntapiés. Al cabo de unos momentos los tres visitantes nocturnos escalaron la pequeña tapia que circundaba la finca, y se alejaron en la oscuridad de la noche. Sus siluetas se fundieron en la distancia.

—¿Qué opinas, chico? —preguntó el rubio a su amigo—. No me convence la conducta del senador; pero estimo que...

—Si no hubiera misterios sobran los detectives —completó Archie—. Y otra cosa: ¿qué ha sido de los criados de la casa? Hasta

ahora, y pese al ruido, no los hemos visto por ninguna parte...

Tom dio un respingo al enfocar una posibilidad siniestra.

—¡Caray! Los había olvidado. ¡Sería bueno que estuviesen convertidos en fiambre!

El joven no se equivocaba mucho. Los dos únicos servidores del senador se hallaban inmóviles y derrengados en sus respectivos asientos. No habían salido de la cocina. Al parecer, algo extraordinario los sorprendió, privándoles del habla y del conocimiento.

Al entrar Tom y Archie en sus dominios advirtieron el extraño cuadro.

—Lo que te decía: ¡muertos! —estalló Barbizon.

—No, creo que no —denegó Bentley—. Respiran aún, pero muy débilmente. Sospecho que han tomado un narcótico.

Al decir así cogió una botella de «*whisky*» que estaba sobre la mesa, al lado de las viandas a medio consumir. La oliscó y se la pasó por los labios, humedeciéndolos apenas.

—Nada de veneno —aclaró—. El licor es excelente.

Tom, que no esperaba otra cosa, cogió la botella y repitió el experimento. Pero sirviéndose una regular ración de alcohol, y entornando los ojos con deleite.

—¡Me va gustando este asunto! —murmuró—. ¡Es fenomenal!

A la mañana siguiente Archie despertó algo aturdido. No era extraño, ya que pasó gran parte de la noche en vela, y que sólo se acostó —vestido— cuando se convenció de que no se repetirían los ataques. Así y todo durmió mal; levantándose a inspeccionar de cuando en cuando si había novedades. En una habitación contigua a la suya, Tom roncaba como un bendito. Ni más ni menos que en Okinawa, cuando el final inmediato de la guerra recrudeció los ataques aéreos de los japoneses.

La primera idea del agente fue visitar a los criados que componían la reducida servidumbre del senador. Entre Tom y él los habían llevado a acostar, decididos a no alarmar a los dueños de la mansión con un nuevo problema. Pensaban silenciar el hecho mientras fuera posible.

Halló a uno de ellos desperezándose, confuso de hallarse vestido y en una habitación que no era la suya. Archie tuvo que refrescar su memoria para que recordase algunos detalles.

—Creo que nos comportamos como un par de borricos —dijo el criado, al fin—. Lo cierto es que un chinito, al que no conocíamos, vino a ofrecernos «*whisky*», de excelente calidad, a bajo precio. Y...

—Decidieron ustedes celebrar la adquisición bebiendo un poco —atajó Bentley, quitando importancia al asunto—. Sean más prudentes otra vez. Ahora vea si su compañero está bien y empiecen las tareas. ¡Son las diez de la mañana!

El cocinero se levantó diligente, pasados los efectos del soporífero. Pronto se le oyó trajar por los bajos de la casa, y un excelente olor a café y jamón frito acarició el olfato del policía.

¡Volvía la normalidad!

Luego de algunos intentos desdichados para despertar a Tom, Archie se concentró en el estudio de los datos adquiridos. Anotó sobre una cuartilla sus primeras impresiones, en forma ordenada y lógica.

«1.º Charles Conolly: Militar íntegro y valiente, ascendido en la campaña del Pacífico. A raíz de su internamiento y liberación cambia radicalmente. Un secreto le atormenta, y no desea que nadie investigue sobre él. Ni aun su encantadora hija.

Urge averiguar algo de su pasado. Obrar con cautela, porque sospecha de nuestra presencia. ¡No conviene mostrar excesiva curiosidad!

2.º Trozo de tela “ocupado” por “Sara”. Corresponde al visitante misterioso, cuyas facciones describió Elisabeth como las de un pez chino. Trató de penetrar en la finca de modo subrepticio, pero no debía tener malas intenciones respecto a la joven. Rapto y secuestro son, a todas luces, absurdos. Se impone capturarlo, repita o no la tentativa. Analizar el tejido y guardarlo como prueba.

3.º Los criados se intoxicaron sin género de duda: sus pupilas no reaccionaron al acercar un fósforo. Cómplices o víctimas, quedaron fuera de acción.

4.º Grupo de luchadores. Son culpables, y falsa su excusa para entrar en casa del senador. Falta dilucidar si son ladrones, amigos o rivales del salteador. Tal vez

vigilaban la casa por motivos desconocidos y me atacaron, creyendo que era yo el que remontó la pared».

Archie sacó la conclusión de que varios individuos, operando en dos bandos, espían la casa del senador. Buscaban algo codiciado, y trataban de obtenerlo del antiguo militar.

El joven pensó que Charles Conolly pudo, durante la ocupación de bases insulares en Oriente, adueñarse de cualquier cosa de valor inestimable para los nipones. Desdeñó la posibilidad de que fuesen planos bélicos, ya que no tenía objeto recuperarlos una vez acabada la guerra. Sonrió al pensar en la posibilidad de que fuese un tesoro, y lo rechazó lo mismo que el rapto de Elisabeth: por demasiado novelesco.

—Todo el misterio se centra alrededor de la actuación de Conolly en la pasada contienda —resumió, en voz baja—. Por tanto, he de averiguar lo más posible de su historia. Y como su depresión empieza a partir del internamiento, no estará de más saber qué ocurrió allí. Sin perder de vista la vigilancia de la casa, ya que ésta parece interesar a los merodeadores.

Al cabo, el desayuno estuvo preparado, y tres personas se sentaron alrededor de la mesa. Tom brilló por su ausencia, y Archie supo disculparle; aunque los sucesos de la noche anterior excusaban al joven.

La finca del senador estaba enclavada en lo alto de una colina, muy cerca de la carretera

«9 A»,

que va de Nueva York a Albany. Contiguo a la propiedad —de unos tres acres de extensión— se extendía el inmenso parque de Tibbetts Brook, con el riachuelo y lagunas del mismo nombre. El hipódromo de Yonkers quedaba algo retirado, al Este, pasada la Midland Avenue y el Hudson Parkway.

Algunos otros chalets, no muy próximos, salpicaban los lugares a dónde no había llegado el vértigo neoyorquino. Podía decirse que el senador tenía su propiedad a las puertas de Nueva York, sin sufrir ninguna de las molestias de la urbe. Unas diez millas le separaban de Manhattan y de sus obligaciones. El senador estaba disfrutando también las vacaciones de Pascuas, próxima ya la Navidad.

—Creo que durante el día esto será, como una balsa de aceite —sondeó Archie, bromeando.

—Nunca ocurrió nada, si a eso se refiere —ilustró Elisabeth—. De cualquier modo, no hay en la casa nada que despierte la codicia de un ladrón. Apenas algunas curiosidades que papá trajo de Oriente, y que un anticuario consideraría prácticamente sin valor.

La joven era admirable. Había respondido simultáneamente a las dos cuestiones planteadas por Archie, ya que el senador no parecía muy deseoso de conversar. Éste comía poco y hablaba menos, como si los sucesos nocturnos le hubieran deprimido.

—Tengo que ir al club —expuso— y me quedaré a almorzar allí. Pero podemos quedar citados en cualquier parte y regresar juntos. Tus amigos —indicó, dirigiéndose a su hija— pueden usar el coche pequeño...

—Yo iré con ellos si quieren acercarse a la ciudad, papá —aseguró Elisabeth—: he de adquirir algunas provisiones. ¡No! Tengo dinero —atajó, al ver que su padre echaba mano a la cartera—. ¡Son cosas sin importancia!

—Está bien, pequeña —contestó el senador, levantándose y besando la frente de su hija—. ¡Discúlpeme, míster Archibald!

—¿Por qué había de hacerlo? —replicó el joven, con su mejor sonrisa—. Soy yo el agradecido por su amable hospitalidad.

La frente del senador se ensombreció. Necesitaba dar una explicación, e iba a hacerlo.

—El cargo que ocupo es algo difícil y delicado —habló, ya en pie—. Es necesario que la curiosidad pública no se fije demasiado en mi persona. De aquí el deseo de que la Policía no se inmiscuya en trivialidades. En tanto no ocurra algo grave...

Elisabeth estuvo a punto de explicar el porqué de la presencia de Archie y Tom, indicando las actividades de éstos. El senador tenía ya excelentes referencias del hércules rubio.

—Te aseguro, papá, que puedes confiar en la discreción de mis amigos. ¡Como en mí misma! —dijo, impulsiva.

—Lo sé, hijita. ¡Adiós; y que se diviertan!

A la salida de Conolly siguió un silencio tenso, molesto. Archie pudo suavizarlo con unas cuantas frases, pero no lo hizo. Necesitaba forzar las confidencias de los moradores de la casa.

A poco se oyó el arranque de un potente vehículo. El senador

conducía él mismo su coche, guiándolo a Nueva York.

—¡Estoy decidida! —murmuró Elisabeth—. No puedo consentir que esta pesadilla acabe con mi padre.

Bentley no frenó su decisión. Vio levantarse a la joven y salir del comedor. Oyó sus pasos ágiles por la escalera, y luego de una breve ausencia la vio regresar con un papel en la mano. Diciendo:

—Al terminar la guerra, papá solía escribir a algunos de sus compañeros de esclavitud. Después fue espaciando la correspondencia hasta cesar en absoluto. Yo conservo las direcciones de esos amigos, y como verá, dos de ellos viven en Nueva York. ¡Vamos a visitarlos!

—¡Que me place! —contestó Archie—. Es necesario saber que le pasó a su padre en Atsugi. ¡Estoy seguro de que allí está la clave del misterio!

No había más que una docena de nombres, de los cuales diez eran de personas diseminadas por la Unión. Archie copió las señas, devolviendo la nota a Elisabeth. Luego, y mientras la joven se arreglaba, subió a la alcoba de Tom.

El rubio seguía durmiendo apaciblemente, y Archie necesitó una regular dosis de paciencia para despertarlo. Tom creía encontrarse aún en su casita del Bronx.

—Debe ser medianoche —exclamó, bostezando contrariado—. ¿Hay fuego en la casa?

—No lo hay —respondió Archie—. Sólo que es casi mediodía, y fue mayúscula la dosis de «*whisky*» que bebiste ayer. ¡Narcotizado, por más señas!

Poco a poco la luz fue haciéndose en el cerebro de Tom. Que argumentó con voz plañidera:

—Entonces, si estoy enfermo, lo más lógico es que me dejes descansar. No tendrías queja de mi actividad cuando tuvimos que repartir golpes.

Archie carraspeó al abrir una ventana. Entró un rayo de sol, y fue más audible el sonido de un motor lejano.

—El senador se ha ido —explicó Bentley—, y tenemos que hacer muchas gestiones. Te doy cinco minutos para que tomes tu ducha, y otros diez para almorzar. Dentro de un cuarto de hora iremos con Elisabeth a Nueva York, en su coche. ¡Despabílate!

Archie salió de la habitación y se encaminó a la suya. Tomó el

trozo de tela que rescató Sara la noche anterior, y lo guardó cuidadosamente. Era un pedazo de sarga azul —de la que suelen usar los marinos—, y tenía algunas señales de sangre. Al parecer, la «terrier» tuvo interés en arrancar algo comestible al escalador.

Unos minutos más tarde —extrañado de la ausencia de Tom—. Archie volvió a su lado. Y lo encontró en el borde de la bañera, recostado contra la pared y durmiendo.

¡Ni siquiera la perspectiva del desayuno consiguió despabilarle!

A partir de entonces Bentley se convirtió en un eficiente ayuda de cámara. La cabeza de Tom fue refrescada, y a trancas y barrancas el joven quedó embutido en su traje y dispuesto para la marcha. Archie decidió, a última hora, que un poco de dieta le ayudaría a salir del letargo.

Bajo la experta mano de Elisabeth, el cochecito enfiló el boulevard Saw Mili River, que bordeaba el parque por el Oeste. Podían haber tomado un camino más corto, pero la brisa del Hudson actuaría como un despertador para el adormilado. Tom bostezaba ruidosamente en el asiento posterior del vehículo.

Pasados Riverdale y la estatua de Henry Hudson, penetraron en la ciudad propiamente dicha; después de cruzar el puente que facilita el acceso a Manhattan, y tomar la carretera de dirección única. Siguieron por Broadway hasta Columbus Circle, de donde partía la 58U1 Street. En el hotel Essex House vivía uno de los excautivos de Atsugi.

Tuvieron suerte, porque míster Hull estaba en sus habitaciones. Elisabeth dio a la telefonista su apellido, simplemente; seguro de que sería el «sésamo» que la facilitase el paso. Acertó, en parte.

Un hombrecillo menudo, y nervioso, salió al vestíbulo de la «suite» reflejando la mayor satisfacción. Acudía vestido con albornoz, se sobresaltó al ver allí a tres desconocidos. Entre ellos una joven, por más señas.

—Dispensen —empezó—. Ha debido ser un error... Creí entender que era el senador Conolly el que venía a verme.

—Dijimos «de parte suya» —recalcó Elisabeth—. Soy su hija, y estos dos señores amigos míos...

—¡Hum! Entonces..., ¡permítanme! Voy a ponerme más presentable.

El hombre estaba verdaderamente sorprendido. Tras de unas

palabras alentadoras de Archie decidió quedarse a charlar con sus visitantes.

Tom fue relegado de su atención, aunque no de su extrañeza. El joven se había apoltronado en una butaca y mantenía la cabeza entre las manos. Como si terribles problemas mentales le embargasen.

—He venido a pedirle un favor, míster Hull —dijo Elisabeth, afrontando con claridad la cuestión—. No creo necesario esclarecer más mi identidad, y no dude que sólo me impulsa el afecto filial.

—Todo eso lo doy por descontado, *miss* —acució el hombrecillo—. Lo que no comprendo...

Archie estudiaba hábilmente las reacciones de su interlocutor. Pese a su aparente buen deseo, se advertía que míster Hull, estaba nervioso, y ciertamente molesto.

¿Debido a su «negligee», o por otra razón más poderosa?

—¡Verá! —Siguió Elisabeth, simpática y cordial—. Mi padre se encuentra en un estado de ánimo muy entraño, y pienso que usted podrá ayudarnos. Necesito saber qué le ocurrió en el campo de concentración para atajar el mal.

Míster Hull se sobresaltó perceptiblemente. Quizá no fuese sino el choque del recuerdo.

—Los señores... ¿son policías? —preguntó, señalando al despierto Archie y al abstraído Tom.

—No exactamente —intervino Bentley—. Somos, ante, todo, amigos de *miss* Conolly. Trabajamos ahora en privado, y necesitamos su colaboración de un modo definitivo.

Míster Hull se replegó sobre sí mismo, como un felino dispuesto a saltar. Su reacción posterior confirmó la idea.

—¿Y usted me pide eso? —inquirió torvamente, dirigiéndose a Elisabeth—. Sepa que...

De repente se desinfló. Intentó terminar la frase de un modo feliz, sin conseguirlo.

—Sepa que yo no sé nada —dijo, enrojeciendo—. A raíz de mi liberación sufrí una especie de amnesia. Apenas recuerdo el momento en que varios de mis compañeros, más afortunados que yo —sonrió con cierta amargura— me dijeron: «Estás libre, amigo mío. ¡La guerra ha terminado con la victoria de América!».

«Muy hábil», meditó Archie para sí.

Luego se levantó, dispuesto a terminar la entrevista.

—¡Gracias, de todos modos! —exclamó—. Le ruego que silencie nuestra visita. Al menos... ¿los japoneses los trataron bien?

—A mí no me molestaron lo más mínimo, aparte de ciertos interrogatorios —fue la ambigua respuesta—. Encantado de conocerles, y no tengan temor alguno: no diré a míster Conolly nada, si le veo. Ahora lo encuentro muy de tarde en tarde.

Algo —extraordinario y grotesco— sucedió después; quitando el mal gusto de boca a míster Hull.

Al tocar Archie a su amigo, éste no reaccionó. Fue necesario que le sacudiese fuertemente para que el joven abriera los ojos.

—¿Otra vez, Leví? —preguntó—. Estaba soñando que...

—Ya nos lo explicarás por el camino, mentecato —rezongó el agente, llevándose a su colaborador casi a rastras.

La sonrisa de Elisabeth fue menos luminosa y alegre que al enfrentar a míster Hull. Era puramente de circunstancias.

El terceto no perdió el tiempo, pese a todo, aquella mañana. Aun teniendo que remolcar a Tom, corrieron Nueva York de punta a punta. Desde el pisito del Bronx —donde Archie subió sólo a tomar algunos elementos de trabajo— hasta cierto laboratorio, donde quedó la prenda de un salteador para su análisis.

No tuvieron suerte en la visita al otro compañero de fatigas del senador. Estaba ausente, realizando un crucero por Europa. Les informaron de ello en la oficina de navegación Oceanic, situada en el Brooklyn.

—Ya que estamos cerca de Coney Island... —propuso Archie, tímidamente.

—Sí: ¡creo que será lo mejor! —contestó Elisabeth, con tal rapidez que demostró haber comprendido.

El trasiego y la actividad habían vencido la depresión de la joven. Archie penetró con su amigo en una caseta, y lo sacó al cabo enfundado en un traje de rayas. Parecía un recluso de la penitenciaría de Sing-Sing.

La mole de músculos y huesos fue lanzada al agua, y dos rostros jóvenes y animosos esperaron el resultado de su estratagema. Al emerger, chorreando, Tom lanzó una exclamación:

—¡Zumba, potro!

El sueño había desaparecido, al fin. Y con él la tentación de volver a probar «*whisky*» narcotizado.

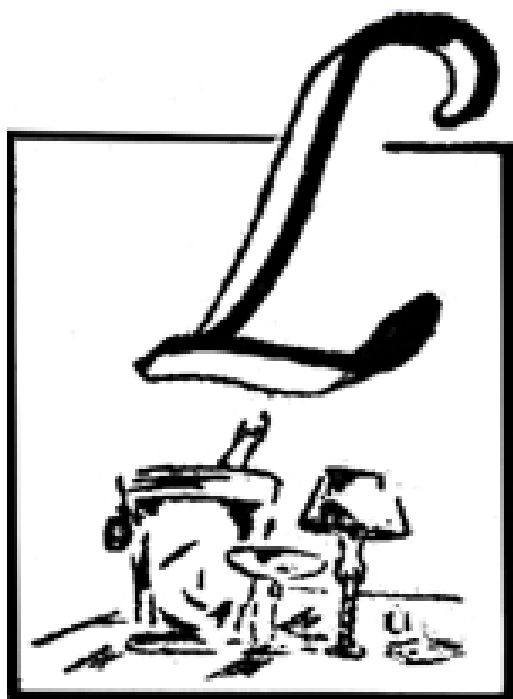


UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL
MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raiz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahinco al culpable de su desgracia hasta, que...

PUBLICACION QUINCENAL. **1.50 pesetas**

IV



A mansión de los Conolly dominaba una gran extensión desde lo alto de la colina. Era noche cerrada cuando los dos coches penetraron en la finca; pero la luz lunar barría las tinieblas, arrojándolas tras de los árboles y setos del parque. Los reflectores de los automóviles aumentaban la confusión de sombras danzantes. De pronto, ya en el sendero de guijarros, Archie dio un frenazo.

—¿Qué ocurre? —inquirió el senador, que estaba a su lado.

Tom y la muchacha ocupaban el otro coche, que iba detrás.

—He visto a alguien corriendo a emboscarse en los arbustos —dijo Bentley.

—¡No es posible! —rechazó Conolly, acusando tensión en el

tono—. Quiero decir que no debe haber nadie por aquí. El jardinero estaba en la verja de entrada cuando llegamos, y...

Archie no quiso discutir. Volvió a distinguir la figura que corría de un seto a otro: era demasiado furtiva para tratarse de un criado. Abrió la portezuela.

—¿Qué va usted a hacer? —Oyó—. ¡No se aventure!

El agente apartó la mano que quería detenerle y saltó al suelo.

Como sabían sus enemigos, pocos seres humanos legraban moverse tan silenciosamente como él. En un instante recorrió la distancia que le separaba de los setos.

Los arbustos se agitaban conforme el hombre agazapado pasaba de uno a otro, rápido y certero. Archie proyectó los rayos de su linterna, y de pronto quedó enfocando unos ojos glaucos en un rostro cadavérico. Vio una mejilla atravesada por una cicatriz, y una automática del 45 que le encañonaba.

—¡Atrás! —ordenó el hombre del rostro indefinible.

Archie comprendió que no vacilaría en disparar. Dijo:

—¡No sea tonto y baje el arma!

Al mismo tiempo se agachó, y avanzó como un rayo para lanzarse sobre su oponente.

Pero ya no supo lo que siguió. Acababa de encontrar la horma de su zapato: ¡recibió un golpe en la nuca que le derribó sin sentido!

El detective recobró el conocimiento en el interior de la mansión. Le habían tendido sobre su cama, y Elisabeth lo atendía cariñosamente.

—Míster Bentley: creo que, afortunadamente, tiene usted el cráneo muy duro —dijo la muchacha, mientras le refrescaba la cabeza.

—¿Qué fue del hombre? —preguntó él, recordando.

—¡Escapó! Tom ha salido tras él; no se preocupe. Debe dolerle mucho la cabeza, ¿verdad?

—Creo que la tengo partida en dos —admitió Archie, haciendo un esfuerzo para mostrarse jocoso—. ¿Qué ocurrió cuando perdí el sentido?

—Papá se precipitó sobre el agresor y empezó a gritar como un energúmeno —explicó la joven—. Tom y yo acudimos inmediatamente.

La muchacha subió a su habitación para cambiarse: llevaba el vestido ajado y sucio. Apenas había desaparecido cuando empezó a gritar desesperadamente.

Archie y el senador salieron al vestíbulo, y vieron que la muchacha descendía la escalera presa de gran excitación.

—En mi alcoba. ¡Pronto! Hay un... —empezó, hablando desarticuladamente—. ¡Hay alguien en mi cama! ¡Vestidos de hombre por el suelo! Y manchas de... ¡sangre!

—¡Ocupese de ella! —pidió Archie—. Su hija le necesita.

Bentley estaba a punto de echar a correr hacia arriba, pero en aquel momento sonó un golpe en el vestíbulo.

—¿Quién rayos...? —empezó.

La puerta estaba abierta. No era necesario llamar para franquearla. ¿O sería una trampa?

—Probablemente fue el viento —declaró el senador—. Vaya usted a ver mientras cuido de Elisabeth.

El detective se lanzó, corriendo, hacia la puerta. Pero se detuvo antes de llegar al vestíbulo. Detrás de él, Charlie y su hija formaban un grupo demasiado visible. El senador permanecía indeciso.

La puerta volvió a sonar, sin delatar nerviosismo ni violencia.

Conolly palideció. Sufría una crisis nerviosa y tuvo que apoyarse. Estaba mortalmente abatido. Archie apretó los puños y acudió al vestíbulo.

—Senador: ¡voy a ver quién es! —gritó—. Retírense de la línea visual de la puerta.

El federal esperó a que los Conolly se pusieran a seguro, y mientras tanto escuchó. Algo se movía en el porche, esperando como en acecho.

La puerta estaba entornada, y Archie la abrió de golpe. En su rostro se reflejaba una sombría decisión; tenía los puños cerrados y el gesto amenazador.

—¡Por Confucio! —Oyó a una vocecilla asustada—. ¿Qué sucede? Vengo en visita de negocios y salen a recibirme en son de guerra...

—¡Caramba! —murmuró el detective—. ¡Pase, por favor!

Se trataba de un obeso chinito, de cara plácida y jovial.

—Dejé afuera mis bártulos —dijo el oriental, ceceante. Avanzó con precaución, como si se dispusiera a salir de estampía—. ¿Ocurre

algo?

—Entre, si gusta —invitó Archie—. Apenas pasa nada: Elisabeth se ha asustado y Conolly tiene los nervios de punta. Yo mismo... —terminó, tocándose la cabeza con precaución.

—Vine a ver al coronel —explicó el chino, penetrando de sesgo en el vestíbulo—. Se mostró reticente por teléfono. Ahora no sé si podré tomar el «buss» para regresar a Nueva York. ¡Me gustaría!

El chino dejó de hablar, al notar que Archie no le escuchaba. Estaba mirando tras de él, hacia la oscuridad del jardín.

—¡Pase dentro,

Li-Fan!

—dijo el senador, apareciendo—. ¿No ha notado nada anormal? ¿Algún individuo que corriera, por ejemplo?

—Absolutamente nada, amigo mío.

—Bien: veremos aquí. Si mi hija no se ha engañado, sospecho que hay algo interesante —luego, dirigiéndose a Archie, añadió—: Ya está bastante repuesta; llamaré a los criados.

—Sí. Reúnalos en el vestíbulo, y que nadie suba a las habitaciones del primer piso. Si alguien está arriba yo me cuidaré de él.

—Un momento, míster Bentley: yo le mostraré la habitación —dijo Elisabeth, apareciendo en aquel mismo instante—. ¡Qué tonta soy!

La muchacha llevaba una pequeña automática en la mano.

—La guardamos en la mesa del salón —explicó, mostrándola—. Es para tenerla más a mano, en caso de peligro.

Mientras abría la marcha, el hombre del

F. B. I.,

la observaba. Elisabeth sostenía el arma con la firmeza de una roca: se hacía fuerte y animosa. Maravillaba su facultad de adaptarse a una situación difícil.

Archie dejó aparte sus pensamientos al subir la escalera. Volvía a ser el frío investigador y el hombre de acción.

Llegaron a una alcoba de grandes dimensiones. Tanto los muebles que contenía como la decoración eran de un gusto exquisito. Había varios objetos orientales diseminados, que formaban exótico telón de fondo al valor de una mujer.

El detective estaba seguro de que Elisabeth era pulcramente

ordenada, manteniendo cada uno de los objetos de ornamentación en el sitio correspondiente. Así lo había comprobado la víspera, de una ojeada.

Pero allí parecía evidenciarse lo contrario. La habitación tenía el aspecto de haber sido asolada por un huracán. Cerca de la puerta había una silla tirada en el suelo; una mesita de centro fue registrada violentamente, y los objetos que contenía estaban dispersos.

En la alfombra, desde la puerta hasta la cama, había manchas muy llamativas. Se precisaba la percepción de Archie para conocer, a simple vista, que no se trataba de sangre. Las gotas iban a terminar en un charco, al lado de la cama: pero estaban dispuestas con «excesivo» arte.

El detective oyó suspirar a la muchacha a la vista del destrozo. También oyó una exclamación de asombro por parte del chino. ¡Había subido tras de ellos, silencioso y furtivo!

Archie perdió el interés hacia las «manchas rojas». Su atención estaba concentrada en las prendas de vestir esparcidas por el suelo. Algunas de ellas eran de mujer, pero no fueron éstas las que le interesaron, Archie estaba observando las masculinas.

Casi a sus pies, en línea recta desde la puerta, había un sombrero de fieltro negro. Parecía colocado boca arriba para causar un efecto más destacado. En el centro de la alfombra aparecían un par de botas, «cuidadosamente puestas una al lado de la otra». Estaban claveteadas y aparecían manchadas de barro. A unas pulgadas de las botas había una chaqueta.

La investigación de Archie estaba en su punto álgido cuando oyó una exclamación. El chino había palidecido, lo que en él significaba ponerse verdoso. ¡Era notable su aparición, llamado a la casa para dar su opinión sobre objetos orientales de arte! No miraba los objetos, sino las prendas.

—¿Ocurre algo? —preguntó el detective.

El chino estuvo un momento como buscando palabras a propósito. Parecía hallarse hipnotizado. Al fin, musitó:

—Esas ropas... ¡manchadas de sangre!

Archie se adelantó, denotando vivo interés.

—¿Es posible? —inquirió—. ¿Está usted seguro?

Hasta entonces no se dio cuenta el oriental de la terrible ironía

del joven. Abrió más los ojillos oblicuos, y miró hacia la cama.

Archie se volvió al oír un suspiro de la muchacha, que observaba en la misma dirección. El detective había aplazado adrede el reconocimiento de lo que suponía envuelto en la sábana. Quiso estudiar, antes los objetos esparcidos por el suelo, y su distribución. Intentaba saber qué había de ficticio y de real en aquel escenario de tragedia.

Una colcha de seda estaba caída, y el probable cadáver quedaba envuelto únicamente con la sábana. No había equivocación posible: ¡era un cadáver! Incluso Archie se sintió presa de cierta agitación al invitar al chino a retirarse.

—¡Espere abajo! —pidió—. ¡Será mejor!

Se acercó a la cama y estuvo tomando nota de la posición y protuberancias que presentaba el cadáver.

Luego tocó el charco levemente, con la punta de un dedo.

El chino seguía allí. Se adelantó y, con un geste impulsivo, descubrió el rostro del muerto. Su ansiedad le obligó a ello.

—¡Dios! —empezó.

La palabra se convirtió en un grito de asombro. Luego, el oriental quedó como una esfinge. Lo que estaba mirando era el rostro de un joven delgado y moreno.

—¡Bien! —carraspeó Archie—. ¿Lo conoce?

—No —dijo el chino, y fué audible su resuello.

—Pues... ¡me extraña!

En la voz del detective había una insólita nota de dureza. El chino tragó saliva, y de momento perdió su calma oriental. Seguía mirando el rostro descubierto del cadáver.

—No... lo conozco —pudo articular al fin—. ¡Nunca vi a este hombre!

Archie enarcó las cejas y proyectó la barbilla, enérgicamente, al mirar desde el cadáver a

Li-Fan.

Acababa de entrever un nuevo problema que se añadía a los de la noche.

¿Por qué mentiría el oriental? Era evidente que conocía al muerto, y que su vista le produjo irreprimible sobresalto. El chino dio la impresión de una persona que ve derrumbarse el mundo a su alrededor.

Parecía que iba a perder el sentido de un momento a otro; pero algo repentino hizo al detective distraer su atención. Elisabeth cayó desmayada al suelo.

La tensión de las últimas horas había vencido sus fuerzas; el ímpetu juvenil de que diera muestras.

Archie la tomó en sus brazos, depositándola en un canapé. Oyó pasos rápidos por la escalera. Charles Conolly subía a zancadas y en breves instantes se hizo cargo de la situación.

—¿Está positivamente muerta? —inquirió, llegando a la habitación de su hija.

—Sí. Es joven; de unos treinta años —observó Archie—. Tiene la cabeza hendida, pero eso no le, produjo la muerte. Habrá que investigar sobre ello...

—¿Cómo es posible? ¿Sugiere que lo trajeron muerto aquí? —farfulló Charles Conolly.

Archie asintió.

—La etiqueta del sastre que hizo la chaqueta está cortada —dijo—. También han quitado la del cuello de la camisa. Alguien está interesado en que no conozcamos la identidad del muerto.

—Es evidente —empezó el chino.

Pero Archie le atajó:

—Y, sin embargo, esto no tiene sentido —interpuso—. Fíjense en su muñeca... en ese disco de metal. De poco sirve quitar las etiquetas del traje si luego dejan la pulsera de identificación.

—A veces los criminales tienen sus errores —decidió Charles.

Archie, envolviéndose los dedos con un pañuelo, dio media vuelta al disco metálico en la muñeca del cadáver. ¡Era la etiqueta de un muerto!

Douglas Kent
M. T. A. U. S. A.
Teatro operaciones Japón

En el dorso del disco aparecía un símbolo en forma de dos alas, con un dragón en el centro.

—Esto me suena a algo falso, amañado —murmuró el coronel, sombrío.

—Tiene razón, pero no completamente: —corrigió Archie—. Se da el caso de que estoy familiarizado con ello. Las iniciales del

centro significan Mando del Transporte Aéreo de los Estados Unidos de América. Tenían a su cargo el envío de pasajeros y carga al frente oriental. Si el disco corresponde a este hombre, perteneció al arma de aviación.

—Y con el nombre ya tenemos algo para empezar la investigación.

—Le apuesto doble contra sencillo a que no resulta fácil —dijo el chino—. Seguramente el disco de metal se lo pusieron expresamente. Ni un imbécil dejaría algo tan decisivo después de tomarse el trabajo de hacer desaparecer otros vestigios. Me huele a esos envíos por ferrocarril que nadie reclama y que denuncia el olor a putrefacción.

Archie no le escuchaba. Estaba mirando atentamente los brazos, el pecho y el cuello del cadáver. También se inclinó para observar una serie de cardenales y surcos morados que se observaban en sus pies.

—Han sido hechos recientemente. Tal vez poco antes de asesinarle —observó el agente del F. B. I.

—. Este círculo marcado alrededor del cuello fue probablemente lo que terminó con él.

—¿Asfixia? —inquirió el senador.

—Sí. El joven ha sido estrangulado; yo diría que hace más de veinticuatro horas.

—¡Imposible!

Los tres hombres se volvieron ante la interrupción. Vieron que Elisabeth se había incorporado y estaba mirando. Fascinada de horror.

—Quise decir —explicó— que no puede ser. Anoche dormí en esta cama y estuve en la habitación hasta las ocho de la mañana. El cuerpo no estaba entonces.

—Es que no le mataron aquí —observó Archie—. Su americana y su cabeza están llenas de polvo. El cadáver ha estado algún tiempo extendido en algún lugar solitario. ¡Necesitaban preparar el efecto!

—Pero... ¿por qué lo habrán traído?

Archie se encogió de hombros y volvió a las marcas que el cadáver presentaba en el cuerpo.

—Son señales de las cuerdas con que fue atado —opinó—, pero hay algo más. Tengo la impresión de que lo ataron más fuerte de lo preciso, y que las cuerdas fueron colocadas en los sitios en que pudieran causar más dolor. Este hombre ha sido torturado por alguien que conocía su oficio y la anatomía humana.

Archie se interrumpió un segundo. Reflexionando activamente.

—Pero —continuó— el verdugo cometió un error.

—¿En qué sentido? —preguntó el chino, mojando sus delgados labios con saliva.

—Fué demasiado cruel... o demasiado artista. Apretó tanto la cuerda alrededor del cuello de su víctima, que la estranguló.

—Bueno, ¡ya hemos aclarado algo! —decidió Charles—. De momento tenemos a un hombre que, de ser cierto lo que dice la placa de su muñeca, fue piloto en Oriente y torturado hasta morir.

—El cuerpo fue transportado desde el lugar del crimen a esta casa —amplió Archie.

—Sí. No había tenido en cuenta ese detalle, pero así es —concedió el senador—. Alguien está tratando de perjudicarme, y lo conseguirá.

Archie se disponía a tapar el cadáver cuando llamaron a la puerta de la alcoba.

—Sucede algo raro, señor —anunció el cocinero, apareciendo—. Quise telefonar a la Comisaría, y no es posible. Los hilos están cortados, y los neumáticos de los coches abiertos bárbaramente. Coutts y yo no nos atrevemos a salir a la carretera.

—¿Qué? —rugió el senador.

—Nada más, señor —declaró el criado—. Éste es un sitio muy solitario...

—¡Inconcebible! —protestó Bentley, agresivo—. Pero yo saldré, de todos modos. Tom puede estar en apuros...

El coronel murmuró algo acerca de que no se encontraría un teléfono a dos millas de distancia, de un cadáver envuelto en una sábana y de la Policía. Pero Archie apenas le oyó al descender las escaleras. Los Conolly estaban relativamente seguros dentro de la casa. En cambio, Tom, buscando asesinos y merodeadores, no lo estaba tanto.

Halló a Coutts en la cocina, temblando como un flan. Y comprendió que su pavor, así como la inmovilidad de la noche

anterior, no eran fingidos.

—No, señor; no hay ajenos en la casa —contestó a sus preguntas—. Únicamente el hombre que vino a ver al señor: ese chino.

—¡Cuide de que nadie más entre! —advirtió Archie—. Le va en ello la piel...

Dejó al sirviente y volvió al jardín. Notó pisadas en los macizos de flores; pero aquello no le interesaba, por el momento. Aunque registró en su mente que correspondían a una persona de talla.

—Hombre de gran peso y pies ligeros —murmuró, mientras corría—; usa suelas de goma con dibujo especial. Allí dejó el sendero, y corrió atravesando a través del parque. ¡Hola! ¿Qué es esto?

Archie enfocó el suelo, cerca de un seto, y se inclinó.

—Aquí parece haber habido lucha. ¡Y sangre! ¡Hum! Siento estropear las huellas, pero no puede perder tiempo.

¡«El Pez Chino» actuaba!



VALIENTES

Valientes hasta la temeridad son los protagonistas masculinos de esa única serie de aventuras modernas en los ambientes más interesantes.

VALIENTES

es una Colección que emociona por su dramáticos argumentos, a la vez que enseña deleitando. Es destinada a

HOMBRES Y MUJERES

VII



RCHIE había acertado al suponer a su amigo en apuros.

Cierto que no le esperaba un camino de rosas al abrazar la investigación de crímenes, y que Tom podía defenderse por sí solo en cualquier peligro, pero el policía consideraba un deber el cuidado de su camarada. Esto venía sucediendo desde algunos años atrás, que Tom salvó la vida gracias al heroísmo de Bentley. Y desde la terminación de la guerra, un sueldo del

F. B. I.

sirvió para atender las necesidades más indispensables del eterno gándul.

Tom no había advertido —al llegar a la casa de los Conolly— la sombra furtiva que llamó la atención de Archie. Pero sí oyó la

exclamación de su amigo, y atraído por ella vio caer a Bentley como un fardo. Entonces se lanzó, a su vez, tras de las huellas del agresor. Esperando capturarlo y lograr así una espectacular victoria.

¡Qué lejos estaba de ello!

El hombre que galopaba como un gamo delante de él le daba ciento y raya en ligereza. Además, parecía saber de memoria los recovecos del parque y poseer vista nictálope, para hallar un camino entre los matorrales. Por el contrario, Tom no hacía sino golpearse una y otra vez con las ramas bajas, tropezar y caer en una progresión interminable.

Era como si persiguiese a un canguro, que a cada salto ganara muchas yardas y cambiase continuamente de dirección. Lo más extraordinario es que el perseguido ignoraba que le seguían; seguro de haber aniquilado en Archie a su único oponente. Prueba de ello fue que no se volvió ni una sola vez. Aquella serie de regates tenía por objeto, sin duda, despistar a quienes le buscasen más tarde, o era un modo original de gastar una fortaleza exuberante.

Al fin llegó Tom junto a la tapia, donde la escasa luz de la luna le reveló la existencia de una escalera portátil. Una figurilla difusa se perfilaba en lo alto del muro, manteniendo el artificio y sujetando un arma de fuego.

Tom frenó su acometividad. Oyó la voz de la prudencia y procedió con loable cautela.

El hombre perseguido se encaramó con agilidad de funámbulo a la escalera de mano y la remontó en segundos. Entonces, su auxiliar se dispuso a colocarla del otro lado —hacia el exterior— para facilitar el descenso. No lejos se oía el ronquido de un automóvil.

Tom se encaramó a la tapia de un salto, y una vez en ella trató de atravesar visualmente las sombras y observar lo que sucedía ante él. La lumbré de un cigarrillo, al ser arrojado al suelo, le demostró que tres indeseables se disponían a marchar.

—¿La encontró, jefe? —Se oyó a una voz fuerte y bronca.

—No. ¡Maldita sea! —contestó el «pez chino». Iba a entrar en la alcoba de la joven, cuando vi un muerto tendido en su cama y gran desorden en la habitación. Creo que se nos han adelantado otra vez.

Tom saltó a la parte afuera de la finca y se acurrucó en el suelo: no le interesaba que advirtieran su presencia. Comprendió que

ganaría más escuchando que si irrumpía como una tromba. Así, conteniendo la respiración, fue acercándose al vehículo, que estaba detenido muy cerca de él. Reconoció sus características cuando los tres hombres subían al asiento delantero.

Se trataba de una camioneta de reparto, de pequeño tamaño y cubierta con un toldo. El interior estaba lleno de trastos, y Tom se encaramó al vehículo. Algunos cajones y baúles le sirvieron de refugio.

Tenía la intención de escuchar la conversación de los que iban delante, pero se lo impedía el ruido de la marcha y las explosiones del motor. Así, se limitó a orientarse acerca del camino que llevaban.

Rodeado de tinieblas, y dando frecuentes bandazos, le era punto menos que imposible. Imaginó que llevaban dirección Norte, hacia el Hudson.

La camioneta tuvo que detenerse en un surtidor a repostar gasolina, y Tom se guardó bien de saltar afuera. Dos de los hombres —sin duda los auxiliares del jefe— estaban alerta, y su aparición no podía ser más inoportuna. Sólo en el factor sorpresa podía confiar sus posibilidades de éxito.

Tom se aplastó contra el suelo del vehículo. Así, una ojeada por encima no le descubriría, en caso de que a uno de los salteadores se le ocurriese examinar el interior del coche. Hubiera podido jurar que se hallaba entre bandidos, y guardaba al jefe de ellos un obsequio por haber atacado a Archie.

Unos minutos después el trasto con ruedas continuó la marcha, siempre por carreteras secundarias y a una velocidad normal. Los misteriosos no parecían tener gran prisa, y dejaban paso a todos los automóviles que avanzaban pidiendo paso. Así transcurrió media hora, y Tom hubo de confesar que se había desorientado. Según sus cálculos primeros, tenían que haber atravesado el río tiempo atrás, o estar bordeando su orilla Este.

No poseía linterna eléctrica, como Archie, y hubo de limitarse a permanecer entre las sombras del interior, sin investigar. Ello no le hubiera arrojado ninguna claridad, de todos modos, pues el vehículo era robado.

Tampoco en el exterior le era fácil observar nada. A ambos lados de la carretera, copiosos árboles impedían el paso a la luz nocturna.

Los reflectores del vehículo deslumbraban, dejando todo lo demás, por contraste, en una zona de absoluta penumbra.

Lo que sí vio fue un automóvil cerrado y potente, muy veloz. Su conductor hizo señales con los faros para pedir paso, y al serle concedido insistió, atronando su «claxon» los oídos de Tom. Hasta que consiguió que el conductor de la camioneta frenase la marcha, apartándose claramente hacia la cuneta.

Entonces sucedió la colisión. No de los dos vehículos, sino entre los ocupantes del sedán y el antiquísimo trasto donde viajaba el joven como polizón. El turismo se colocó delante de la camioneta, cortando el camino, y de su interior surgieron varios individuos armados con pistolas. Intimidando a los del otro vehículo a entregarse.

No consiguieron su intento sin lucha, pero no hubo disparos; al parecer, ambos rivales deseaban silenciar su actuación.

En el intercambio de golpes, los conductores de Tom llevaron la peor parte. Antes que el joven se decidiese a intervenir, en uno u otro sentido, los de la camioneta estaban atontados y sujetos con cuerdas. Fueron conducidos al interior del lujoso vehículo.

Tom salía de un misterio para ir a otro mayor. Y como no le interesaba engrosar la colección de durmientes involuntarios, se acurrucó cuanto pudo en el interior del vehículo, entre los objetos amontonados.

Temía quedar solo, allí cuando el vehículo arrancó lentamente. Detrás de él, como un halcón vigilante, siguió el auto de los agresores, atemperando su marcha a la de la camioneta.

Entonces, por si había sido poca la confusión de Tom respecto al sitio en que se hallaba, su coche —guiado por uno de la pandilla vencedora— dio media vuelta y se lanzó veloz al retroceso. El joven no podía asegurar ya si seguía la misma carretera. Estaba agazapado sin dar señales de vida, y no podía asomarse a observar so pena de quedar descubierto por los faros del coche que le seguía.

—Estaría bonito que volviésemos a casa de los Conolly —murmuró—. ¡Tal vez los que han detenido a esos tipos sean de la Policía!

Tom no acertó en ninguna de las dos hipótesis. Unos minutos más tarde —y luego de dar numerosos tumbos—, la camioneta se detuvo con chirrido de frenos. Se oyeron algunas: voces de mando,

y la ristra de cautivos fue transportada hacia el interior de una casa tenebrosa. Sin luz en las ventanas y con evidentes señales de abandono.

Tom trató de intuir qué hubiera hecho Bentley, en su caso. Dudaba entre seguir agazapado allí, o asomar la cabeza. De un momento a otro temía oír una voz conminatoria, y sentir la presión de un revólver en las costillas. Al cabo de un rato de silencio, se decidió a actuar.

Iba a salir del vehículo cuando observó una sombra más densa que las demás, movable, cuyos pasos apenas podían percibirse en el sendero de arena. Algo más lejos, la luz que se filtraba por entre unos árboles denunciaba la presencia del sedán negro, aparcado muy cerca de la casa. Y el cuadrilátero desdibujado de una puerta indicaba cierta actividad.

Tom esperó a que la sombra móvil se alejase, para saltar. Lo hizo hábilmente, y quedó como incrustado en la polvorienta carrocería. Dispuesto a lanzarse a luchar si era preciso, pero también a aguantar hasta la respiración.

En realidad, el joven estaba en plan de observador. Le interesaba, en primer término, averiguar cosas, para dejar de una vez las tinieblas que le envolvían material y mentalmente. El «caso Conolly» habían de resolverlo a base de astucia, ya que el senador sentía extraña aversión a sincerarse.

¡Un muerto en la alcoba de Elisabeth! La noticia había sido tan deslumbrante, que el joven no quiso reflexionar acerca de ella. Pero comprendió que el suceso atraería, de forma inevitable, la curiosidad pública hacia el padre de su amiga. ¡Precisamente lo que debía evitarse!

Si el que dejó en la casa tan macabro paquete pretendía algo —a más de desprenderse de un cadáver—, desde luego no era inculpar al senador. Charles Conolly había permanecido en la ciudad todo el día, y no iba a elegir su casa precisamente para cometer un crimen y saqueo. Por tanto, alguien trataba de hacerle víctima de la atención de la Metropolitana. ¡Quizá del F. B. I!

Al pensar en el Cuerpo policíaco más temible y mejor organizado del mundo, Tom recordó que —aparte de Bentley— entre sus innumerables amigas tenía una empleada en la sección de dactiloscopia y fichas antropométricas. Decidió renovar el contacto

con la joven a la primera oportunidad.

Pero no estaba entonces para elaborar proyectos, con miras a un futuro más o menos lejano. El joven necesitaba, de un modo o de otro, penetrar en la mansión para averiguar cosas, y hacerlo de un modo que no pusiera en peligro su integridad. Por tanto, avanzó con la mayor cautela.

Deslizándose en la oscuridad, sus pasos le fueron acercando lentamente al refugio siniestro. Trató de mirar sin éxito por una de las ventanas, e iba a cruzar ya el umbral levemente iluminado, cuando oyó voces que avanzaban a su encuentro.

¿Habría sido descubierto?

No temía el joven tanto al peligro como fracasar por segunda vez. Llevado de su afecto a Bentley, persiguió a su agresor, y no pudo obtener otro dato sino que la clandestina visita no logró su objeto, ante la presencia de los que regresaban a la finca y la visión de un cadáver. Tom comprendió que no había sido el temor a un muerto lo que frenó el avance del jefe misterioso. Prudente sobre toda ponderación, lo que pretendía lograr en el domicilio de Conolly podía aplazarse. Tampoco era Elisabeth la presa del bandido; ella y su padre, Archie y el propio Tom interrumpieron con su llegada la rapiña.

¿De qué se trataría?

De un modo lento y fatal, Tom estaba llegando a la misma conclusión que su amigo. Dentro de la vivienda del senador había algo valiosísimo que incitaba a una pandilla de maleantes —o a dos— a entrar en una propiedad privada.

A todo esto, el temor del joven se había desvanecido: los hombres que salieron de la casa no le habían visto. Mal podían hacerlo ya estando el espía en las ramas de un árbol, dispuesto a alcanzar uno de los balcones del sombrío edificio.

—Aquí no tenemos nada que hacer, muchachos —dijo el que parecía mandar en la tropilla—. Butch se basta para cuidar a esos dos, hasta nuestro regreso.

—Son tres... —se atrevió a discutir la sombra que vigilaba los coches.

—Uno de ellos no cuenta —replicó el que habló primero—. Seguramente se me fue la mano y lo apiolé. Ya tenemos un nuevo «fiambre» que colocar en otro sitio...

Tom se disponía a buscar mejor acomodo en la conjunción de dos ramas, y se quedó inmóvil, agudizadas todas sus potencias en el oído. ¡Era posible que estuviese ante los asesinos del hombre que estaba en casa del senador!

—Vaya unos regalos de Pascuas... —murmuró.

Al sentir arrancar el potente coche que se llevaba a los culpables, se sintió más animoso. Tenía la certidumbre de que la finca estaba ocupada por un solo enemigo peligroso. Par tasto, debía entrar y desarmarlo, para apoderarse de los otros tíos individuos atados. Se veía transportando a tres seres vivos —el muerto podía quedarse muy bien donde estaba— y conduciendo la camioneta a casa de Charles Conolly.

¡Qué magnífica acción que oponer al talento deductivo de Archie!

Tales eran los proyectos del joven al fracturar sin ruido el cristal de un balcón, y tantear la falleba hasta conseguir paso.

Sacó los fósforos y encendió uno; la oscuridad de la estancia garantizaba su acción y la exigía. No le preocupó lo más mínimo penetrar en una casa por el balcón, como un salteador; lo había hecho numerosas veces en su vida de tenorio y de soldado.

Lo que sí comprendió al instante, después de echar una rápida ojeada a su alrededor, era que iba a conseguir pocos datos acerca de la filiación de los bandidos ocupantes de la casa. Al menos no había un solo mueble que pudiera proporcionarle indicios. La habitación estaba completamente desocupada, vacía de todo. Ni siquiera vio sillas o cortinajes. ¡Sólo polvo, denunciando un abandono total!

La puerta de comunicación se abrió sin ruido, porque Tom estaba habituado a franquear tales obstáculos con un mínimo de resistencia. Lo que no pudo el joven fue evitar una exclamación, pues el fósforo le quemó los dedos y hubo de tirarlo precipitadamente.

En el rellano no había nadie tampoco. Tom respiró fuerte al observar una leve claridad que ascendía de la planta baja, suficiente para permitirle seguir las pesquisas sin acudir a los fósforos. Alguien paseaba, pisando fuerte, en la zona iluminada; sólo fue visible al detective su sombra, larga y ancha. El tipo debía ser un coloso.

Tom decidió emplear un recurso heroico. Antes de bajar aquellos peldaños viejos y carcomidos —con sus inevitables ruidos y crujidos

—, era preferible intentar algo desesperado. Así, se dejó deslizar por la baranda, maldiciendo el polvo que lo cubría. Llegó al final del improvisado tobogán con una sensación de quemadura en las manos, pero sin delatar su presencia.

En la habitación inmediata había alguien, aparte del centinela, que se rebullía lanzando sordas imprecaciones. Pareció salir de un sueño doloroso, para, encontrarse atado e incapaz de hacer cara al vigilante.

Tom no podía sino figurarse la escena. En el momento en que asomase por la puerta sería advertida su presencia, y lo echaría todo a rodar. Desbaratando sus precauciones.

Una habitación contigua atrajo la atención del joven. Y mientras el carcelero permanecía atento al despertar de los cautivos, Tom avanzó furtivamente, dispuesto a tomar posesión de su escondite.

Tuvo suerte, además. Se trataba de un «office», a través de cuya ventanita se servían en tiempos los manjares a la habitación donde ahora estaban los presos y su guardián. Tom sintió que la casa estuviera desamueblada, y se utilizase tan sólo para ocultar las actividades de una pandilla criminal. Porque de existir tal comedor en realidad... ¡hum! Su puesto en el «office» hubiera sido doblemente práctico.

No podía hacer sino lo que hizo. Asomarse con precaución por la ventanita adosada al muro, y protegido por la oscuridad sorprender la conversación que no tardaría en desarrollarse.

No estaba equivocado. Y para su mayor provecho, la charla había de alimentar, al menos, su curiosidad.

En la otra habitación, tendidos en el suelo, estaban dos fardos humanos que habían recuperado el conocimiento. Uno de ellos era el tipo de rostro indefinible: sin labios y con los ojos saltones, de espesas cejas canas y una mirada llena de energía y vivacidad.

El tercer cuerpo yacía en la más absoluta inmovilidad. Se trataba de un hombre joven, de rostro inteligente y pálido como el mármol, Tom se estremeció al pensar que estaba contemplando un cadáver. Un individuo fiel, que no volvería a sujetar una escalera para permitir la evasión de su jefe. Un aventurero que no volvería a sentir curiosidad por sus planes, ni a interrogarle de vuelta de una excursión nocturna.

¡Otro muerto ambulante, que adornaría trágicamente una

habitación extraña para él!

El «pez chino» se percató de la muerte de su cómplice. No pareció extraordinariamente afectado por ello cuando empezó a hablar. Sentado en el suelo, no manifestó extrañeza ni rencor.

En su atisbadero —protegido por la oscuridad—. Tom se dispuso a no perder una sola palabra de la conversación.



No existe publicación ilustrada más popular que

AVENTURAS DEL F. B. I.

Y tampoco logran igualar el interés de

JEQUE BLANCO

Unicamente puede compararseles con ella, otra nueva creación de EDITORIAL ROLLAN

MENDOZA COLT

El famoso aventurero de sangre hispana, que recorre el salvaje y peligroso Far-West para cumplir una misión justiciera.

¡TODOS LOS JOVENES COLECCIONARAN

MENDOZA COLT!

VI



QUE el vigilante quien habló primero, deseoso de eludir su responsabilidad en el homicidio:

—Estaos quietecitos y no os sucederá nada, chicos. ¡Yo no quiero líos!

Le contestó una carcajada seca, desprovista de alegría. El prisionero de rostro indefinible encontró risible tal propósito en un bandido.

—Acostúmbrate a llamarme de usted o, si lo prefieres, capitán —dijo—. En cuanto a verte libre de jaleos, intento en vano figurarme cómo podrás conseguirlo. Matasteis al tipo que encontré en casa de Conolly, y ahora habéis asesinado a mi ayudante. ¡Toda vuestra pandilla se freirá en la sartén! [1].

La voz era dura y autoritaria. Tom pensó que el que respondía así al carcelero parecía su jefe, que se hubiera hecho amarrar voluntariamente para hacer prácticas de evasión. Y el colosal individuo —el «detective» no veía sino su espalda, ancha y cuadrada— se paseó inquieto por la estancia vacía de mobiliario. Al cabo resolló:

—No ha sido asesinato, sino accidente. Y no sé nada del muerto de que habla usted, capitán.

¡Se había hecho el milagro! Bastó que el hampón fuese tratado con rudeza para que, al momento, sintiera un respeto instintivo hacia su inerme antagonista. Tal vez conocía de él lo suficiente para no desear enojarlo.

—De todas formas —dijo el capitán en tono lúgubre—, hay ya demasiadas muertes en este asunto. ¡No me gusta!

Entonces, el coloso hizo algo que permitió a Tom observarle de perfil. Se agachó, y estuvo intentando encontrar síntomas de vida en el auxiliar de su interlocutor. Hizo un gesto de desaliento e impotencia.

—Después de todo, yo no lo maté... —empezó.

—Pero fuiste cómplice. Y te alcanzan las agravantes de nocturnidad, asalto en despoblado, premeditación y qué sé yo cuántas cosas más. Ahora mismo estás reteniendo a dos hombres honrados contra su voluntad, y aseguraría que no tienes licencia de uso de armas. ¡No se las dan a los delincuentes!

A Butch le recordó el cautivo cierto fiscal, enumerando todas y cada una de las acciones reprobables del reo sentado en el banquillo. La personalidad del capitán —magnética e irresistible— le producía desasosiego. Farfulló:

—Cuando me uní a la pandilla, dijeron que se trataba de rescatar algo que pertenecía al jefe; no sé qué chisme japonés. Creí hacer una labor de justicia, sin que mediasen muertes ni cosas gordas. ¡Yo sólo quiero la «pasta»! —estalló, como contestándose a sí mismo.

La voz del vigilante se hizo confusa al bajar de diapasón. Parecía estar descontento, y mezclaba palabras ininteligibles y maldiciones en su monólogo. El capitán no perdía de vista ninguna de sus reacciones, y Tom estaba seguro de que le examinaba también «por dentro». Con la diafanidad de un sabio que estudia las bacterias a

través de un potente microscopio.

—Voy a hacerte una proposición —dijo, al fin—. Te daré algún dinero a cambio de mi libertad y la de mi amigo.

El vigilante se sobresaltó perceptiblemente.

—¿Cuánto? —dijo—. Ha de ser algo que merezca la pena, pues tengo que darme el bote.

Se oyó una risita divertida, y Tom pensó que cautivo y carcelero habían invertido los papeles. Jamás presencié una escena tan apasionante en la vida real. El preso desarrollaba una terrible batalla, sin más armas que la astucia.

—No sé a qué llamarás tú algo que merezca la pena... —dijo, cautamente.

—¡Diez mil «pavos»! —contestó el tipo colosal, con una mirada de codicia en las verdes pupilas—. Por ese dinero os soltaré a los dos.

—¡Mucho es! —meditó el capitán en voz alta—. Puedo darte la mitad, y en tanto la recibas ni el cadáver ni mi compañero vivo saldrá de aquí. Esto nos garantiza a ambos, ¿no crees?

El coloso contestó, de inmediato:

—¡Ni un centavo menos! Saldréis los dos, y dejaremos al «fiambre». Yo no puedo volver después; suponga que mis amigos regresan...

A Tom no se le escapó la comicidad del contraste. Butch parecía más deseoso de escapar que dos presos. Su obtusa mollera no alcanzaba a comprender que, una vez en libertad los cautivos, podían neutralizarlo y guardarse la suma, sin darle sino unos coscorrónes bien merecidos.

Pero acaso el joven tenía una mente retorcida y criminal. Si el carcelero confiaba en el capitán, quizá fuese por constarle que era hombre de palabra. O tal vez decidía correr el albur, fiando en su arma.

—¿De dónde crees que voy a sacar tal cantidad? —preguntó el «pez chino», muy tranquilo.

Como si estuviese charlando en un club —sentado en un cómodo butacón y sin prisa alguna— en vez de amarrado en el suelo y a disposición de unos asesinos. La explicación era que no temía a nadie: ni a los ausentes ni al tipo que había decidido «trabajar por su cuenta».

—A mí no me importa eso —dijo Butch, despectivo—. Usted y mi jefe andan tras de algo bueno; esa cosa del Japón. No sé si pertenece legalmente al senador: quiero diez mil «machacantes», para alzar el vuelo y no parar hasta Sudamérica.

—¡Valiente pájaro! —murmuró el capitán—. ¡Está bien! Aceptaré, ya que no tengo otra salida. Tuyos son los diez mil dólares; pero ahora suéltame.

«¡No lo llagas!», estuvo a punto de gritar Tom, pero se contuvo.

En aquella extraordinaria sesión de «cinematógrafo» debía permanecer como un sensato espectador: quieto y dejando a los actores desarrollar su papel sin anticipar el desenlace.

¡Ah, si hubiese tenido una pistola y menos curiosidad!

El granuja levantó al capitán, y estudió la disposición de las cuerdas que lo amarraban. Tom pudo advertir un brillo de malicia en sus pupilas.

—No pienso hacerlo —dijo—. No sin antes recibir el importe del rescate, se entiende.

—¡Escucha, idiota! —increpó el aventurero, ya en pie—. Supongo que no creerás que me paseo con tal suma en el bolsillo. Tampoco pienses que voy a aparecer en mi casa de Nueva York atado como una morcilla, y con mi compañero en idénticas condiciones.

—Eso corre de su cuenta. Si le suelto, se pondrá a hacer juegos de manos, y me dará esquinazo a la primera oportunidad. Piense que si le dejo así, cuando vuelva el jefe le apretará los tornillos hasta...

Butch no dijo más, pero se llevó la mano derecha al cuello y simuló tajarse la yugular. Su mímica resultó bastante expresiva. No era un indocumentado, desde luego; sabía ponderar el valor de la mercancía.

Pero su antagonista tampoco era manco. Se echó a reír, como si le agradase el panorama.

—¡Bien! Supongamos que el verdadero jefe (no el que asesinó a mi pobre amigo, sino el otro que le manda) vuelva y me liquide. Eso no te producirá ni un centavo, y tú pagarás con el maldito pellejo en la «tostadera». No sé por qué siento simpatía hacia ti, y estoy dispuesto a que me acompañes. ¡Sería preferible que te liquidasen, por cretino!

Tom había advertido ya que el otro prisionero forcejeaba en el suelo. Sus movimientos, cautos y metódicos, tenían por objeto librarse de las ligaduras. Era un tipo recio y fuerte, y parecía estar consiguiendo algo positivo gracias a la pantalla de la conversación.

No parecía interesarle la charla de su jefe con el sicario de los bandidos. Trataba sólo de eludir la atención de Butch, y dio con el hombro a su cómplice para avisarle de un avance importante en su tarea.

—Caso de que no te decidas, diré a los tuyos que quisiste traicionarlos —aseguró el capitán—. Tampoco lo vas a pasar muy bien por ese lado, conque abrevia. ¡Suéltame por las buenas, y te garantizo tus dólares!

—¡No! —Denegó el colosal individuo—. No lo haré hasta tener ciertas seguridades. ¿Quién le garantiza a usted?

Conforme estaba atado y de pie, el capitán basculó su cuerpo y propinó un terrible cabezazo a su contrario. Butch recibió el golpe en el bajo vientre; cayó hacia atrás y desapareció en el vestíbulo de la casa.

Pero enseguida volvió a hacerse visible, llevando esta vez en la mano una pistola. Apuntó con fría deliberación al hombre que hacía equilibrios por no caer al suelo.

—¡Cochino! —farfulló—. Voy a darte algo que no olvidarás fácilmente.

La situación no podía ser más crítica para él capitán. En aquel momento, su colaborador consiguió aflojar las cuerdas que sujetaban sus manos, y se lanzó adelante. Atrayendo la atención sobre su persona y desviando la furia del homicida; arrojando a su jefe al suelo y librándole de momento.

No podía hacer más de lo que hizo, pero lo realizó a conciencia. Sonó un disparo, y el hombre cayó hecho un ovillo. Tom, desde su atalaya, vio que permanecía con los ojos abiertos, esperando el segundo disparo que lo aniquilase.

La escena era por demás trágica sin la intervención del capitán. Caído como estaba, habló otra vez, encalmando su ira y canalizando el terror de Butch. No demostró ansiedad por la suerte del hombre que acababa de salvar su vida.

—¿Lo ves? —dijo, con cierto retintín—. Mis planes con respecto a ti han fallado. Ya no habrá quién te libre de la silla eléctrica, por

asesino. Tan sólo...

Dejó el final de la frase en el aire, como una cometa que arrastrase una cola de puntos suspensivos. Tom vio al carcelero palidecer, y volver el rostro hacia su contrario.

—¿Qué? —estalló—. Dilo pronto, pues no podrán liquidarme sino una vez.

—Lláname de usted, ¡imbécil! —protestó el tipo imposible, como si repitiese la lección a un tozudo—. Si has de pasar a servirme, debes ser disciplinado desde el principio.

El gigantón se aproximó al herido, y levantándole del suelo trató de auscultarlo. Tom vio que el valiente cerraba los ojos y se sumía en una laxitud ficticia.

Era la más formidable pareja de comediantes que el joven contempló en su vida. No sobre un escenario de teatro, sino en medio de una situación real y sin paliativos de farsa.

—No creo que esté muerto —dijo Butch, al fin—. Su corazón palpita, aunque muy levemente.

—¡Bueno! No te preocupes de su salud, ahora —siguió el capitán—. Si muere, estás listo. ¡La Policía no descansará hasta encontrarte! Pero yo tengo un amigo, marino, que te sacaría de la Unión. No mires hacia afuera —atajó—: el brazo de la Ley es más largo de lo que supones. ¿Quién puede proporcionarte dinero, pasaje y documentación falsa? ¡Sólo el capitán Mortimer!

Tom anotó en su memoria el apellido, aunque posiblemente fuera tan falso como los papeles ofrecidos al malhechor.

—Le mataré a usted antes de irme —susurró el gigante—. Es el único testigo de mi crimen. Mis compañeros callarán, por la cuenta que les tiene. Diré que trataron de escapar, y...

—No conseguirás matarme; no puedes hacerlo —desafió el extraordinario individuo—. Mira tus manos. ¡Están temblando! Si no te acercas mucho a mí, fallarás. Tienes que aplicar el arma a mi sien o a la frente. ¡Intenta hacerlo antes de que venga nadie, y huye!

Tom se crispó en su observatorio. Estaba decidido a intervenir para que no se consumara, ante él, un nuevo atentado a sangre fría. Pero sentía una terrible fascinación por averiguar de qué modo el tipo inverosímil podía salir de su caótico problema.

Lo vio al momento, porque Butch era un hombre de acción y no

tenía excesiva paciencia.

Se acercó, en efecto, hacia su prisionero. Y éste concentró en él la fría mirada de sus ojos saltones. Musitando una extraña letanía, en tanto. Como si estuviese mascullando la confesión.

—No lograrás hacerlo —dijo—. ¡Te falta valor! La pistola va a encasquillarse y tendrás que estrangularme, entonces. Has de apretar mucho; demasiado para tus pobres fuerzas. Tus dedos se agarrotarán en torno a mi cuello mientras me observas esperando el desfallecimiento. Contempla mis ojos, y la vida que hay en ellos. ¡No podrás matarla! No podrás apagar su llama, y te has de ver fracasado en todo. Sin dinero, sin amigos, sin salvación. No puedes, no puedes... ¡No puedes!

Tom quedó absorto, mirando también. La mano derecha del gigante se abrió, dejando caer la pistola al suelo. Había comprendido que su pulso no le permitiría acertar vitalmente al adversario. Lo había sentido intuitivamente, al quedar preso del encanto fascinador.

Luego agarrotó los dedos de sus manos en derredor del cuello de Mortimer. Pareció quedar preso de su mirada según iba apretando, sin poder borrar la sonrisa triunfal de su adversario. Se abismó en las pupilas de color ambarino, en cuyo centro parecía agitarse un remolino de vértigo. La vivacidad de los ojos seguía rotunda, y la sonrisa, alentadora, acuciante. Era algo fantástico, pero efectivo.

Desde su atalaya en sombras, Tom sintió un escalofrío. ¡Y eso que no estaba bajo la impresión directa de la fortísima voluntad!

Al cabo, Butch abrió la tenaza homicida, el cepo vivo en que debía agotarse una vida. A partir de entonces, sus movimientos fueron como los de un somnámbulo.

Sacó una navaja, y cuando Tom se disponía a irrumpir en ayuda del caído, vio con pasmo que el carcelero estaba cortando sus ligaduras. Lo hizo rápido, mediante tajos enérgicos y bien calculados. Luego se volvió al herido —que había permanecido atento, pero inmóvil «también»— y lo dejó libre del todo.

—Vámonos, Ralph —dijo el capitán, suspirando—. El amigo Butch va a acompañarnos hasta la salida... ¿Puedes valerte por ti mismo?

—Sólo tengo un rasguño, jefe —fue la extraordinaria respuesta del herido.

No preguntó nada. No parecía sentir curiosidad hacia la suerte inmediata de Butch. Lo mismo podía su patrón recompensarle que lanzarse, contra él, aniquilándolo. Evidentemente, Mortimer estaba fatigado, tanto de resistir la feroz presión y mantener su «pose», como por el esfuerzo mental hecho para reducir al coloso.

Viendo a los dos hombres desaparecer de su campo visual y a Butch seguirles hacia el exterior con la mansedumbre de un falderillo, Tom comprendió que tenía que actuar. La pistola abandonada en el suelo del «comedor» le atraía como un imán. ¿Sería verdad que iba a encasquillarse, al usarla?

Sin querer y como de rechazo, estaba influenciado por la poderosa voluntad que consiguió anular a un ser primitivo.

El joven salió del escondite y avanzó hasta la habitación abandonada. Dispuesto —al apoderarse del arma— a hacerse dueño de la situación y llevarse a tres cautivos. No tendría sino que atontarlos con sendos golpes y conducir la camioneta hacia la finca de Conolly.

¡Qué espectacular triunfo le esperaba! Con los datos conseguidos, y la fuente informativa de los prisioneros, el «caso» estaba prácticamente resuelto.

Pero se equivocó en sus cálculos. Antes de atravesar el umbral de la casa oyó algo que le produjo un gran sobresalto:

—Vuélvete, Butch, y ataca. ¡Hay alguien detrás de ti! ¡Permaneció escondido en el «office»!

Tom no tuvo más remedio que actuar. Incapaz de asesinar al espiritado, tuvo que luchar contra él valiéndose de los puños.

Era un tipo feroz y estaba dominado por una voluntad más poderosa que la suya. Semejaba un «robot» lanzado al exterminio.

De inmediato le aplicó un gancho a la mandíbula, huyendo de la tenaza mortal de dos manos crispadas. Todo lo que había en Butch de bárbaro y troglodítico despertó en él, como un impulso ancestral. Su intención era aniquilar al adversario por el procedimiento más elemental de lucha.

Tom vio que el puñetazo había hecho efecto; pero... ¿cuántos necesitaría aplicar para abatir la mole? Aquel coloso necesitaba explosivos para quedar inconsciente.

El detective recordó que Butch había recibido un formidable impacto en el vientre. El cabezazo del capitán iba a facilitarle el

camino, al concentrar en aquel punto toda la efectividad de su ataque. Golpeó una y otra vez, con saña. Aplicando su potencia a derribar el obstáculo vivo, el parapeto a favor de los que huían.

¡Porque huían ya! El ruido de arranque del vehículo fue audible, y el carromato se alejaba envuelto en una nube de polvo.

Tom oyó una carcajada festiva, que era como un canto de victoria. El «pez chino» se escapaba, una vez más. Con un cómplice herido y dejando un muerto en el campo de batalla; pero animado por su poderosa voluntad y el optimismo que le permitía salir de todas las emergencias. Incluso de las más absurdas y disparatadas.

Tom golpeó una vez más. La mole pareció abatirse sobre él con gesto implacable. Luego, el peso muerto de Butch demostró al joven que había alcanzado una difícil victoria. El enemigo dejó de serlo para convertirse en una fuente de informes.

No había ningún coche allí, y el joven necesitaba alejarse de algún modo. Haciendo de tripas corazón, cargó con su víctima y se dispuso a remolcarla hasta la carretera. Esperando encontrar algún medio para llegar hasta la casa de Conolly.

Media hora más tarde se convenció de que la pista de cemento no le proporcionaría ningún auxiliar. Era un camino de segundo orden, tal vez privado.

—¿Qué haber? —murmuró Tom—. Necesito algo que atraiga la atención de alguien. No puedo llevar a este zoquete varias millas...

A Tom se le ocurrió, de pronto, una idea. Sacó sus fósforos y prendió fuego al ramaje cerca de la casa. No se consideró un incendiario al hacerlo: sólo deseaba que tal antorcha fuera divisada por algún samaritano con automóvil.

¡Un vehículo, aunque fuese el carro de un repartidor de leche!

Se equivocó en su plan, pues no imaginó que el socorro llegase de los bandidos. Y eso fue realmente lo que sucedió.

Agazapado en la carretera, Tom vio a los tipos siniestros detener el «sedan» y lanzarse a la carrera hacia el incendio. Entonces actuó con su rapidez característica: cargó al inconsciente en el coche y, empuñando el volante, se lanzó a toda velocidad hacia la pista «9 A».

A la luz del salpicadero miró el reloj. Sólo hacía tres horas que abandonó Nueva York, al atardecer.

¿O habían pasado años, desde entonces?

Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se pasan argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cow-boys*.

VII



RCHIE Bentley tuvo que desistir de su empeño. No podía seguir a Tom, y ello por una razón elemental: ignoraba el paradero del joven.

Llegó a descubrir las huellas que conducían hasta la tapia, y la escalera de mano adosada al muro le condujo donde estuvo detenido un automóvil. Examinando las señales dejadas por sus neumáticos, Archie dedujo que el vehículo raptor era de mediana categoría, pero no conseguiría alcanzarlo a pie. Sospechó que Tom fue secuestrado por el merodeador.

Decidido a lanzarse a recorrer todos los caminos inmediatos, para ello tenía que arreglar antes uno de los coches siniestrados. Prudentemente retiró la escalera portátil; no le convenía facilitar el acceso a nuevos intrusos.

Desmontar ruedas y arreglarlas le llevó cierto tiempo, pero consiguió a la vez que se le despejase la cabeza. Vuelto al sitio donde vio señales de lucha, no pudo por menos de echarse a reír; comprendió que las gotas de sangre —esta vez auténticas— las había vertido él. Allí recibió el golpe del agresor, y desde allí fue transportado sin conocimiento hasta el vestíbulo.

Entre Elisabeth y su padre, secundados por algún sirviente.

Dispuesto a marchar ya con el coche pequeño, el joven se acercó a la casa con objeto de informar al senador de su propósito. Coutts y el cocinero habían terminado el arreglo de la habitación de Elisabeth, borrando en lo posible las manchas rojas. Con gasolina y no con agua, pues eran de pintura.

Archie lo había comprendido así a la primera ojeada, al ver su brillantez, pues la sangre ennegrece rápidamente al contacto del aire. No había un mérito excepcional en su deducción, pero sí merecía estudio la actitud del chino, al contemplar aterrorizado el cadáver. ¡Era seguro que lo conocía! Tal vez ignoraba que le hubiesen llevado allí, o sabiéndolo había algo en el muerto que motivó su pánico.

La llegada de

Li-Fan,

en el momento más dramático, era muy singular, aunque las apariencias demostrasen lo contrario. Si era un perito llamado por el senador, debió abstenerse de tomar parte activa en el macabro hallazgo, y obedecer a Archie cuando éste le pidió que abandonase la habitación de la joven.

Charles Conolly y el oriental estaban a la sazón sentados cómodamente en una habitación del piso bajo, y su exceso de cautela hizo a Bentley avanzar en silencio. No le importaba cometer una indiscreción; sabía muy poco del senador, y cualquier informe obtenido era digno de estima. Aunque ambos hombres estuvieran hablando en nipengo; ¡tal vez por ello!

Archie conocía bastante el idioma japonés —aunque no dominase sus innumerables ideógrafos—, y se extrañó que la conversación se desarrollara en tal lengua. Mal podían esperar los dos interlocutores que alguien estuviera oyendo —y entendiendo— su charla.

Bentley, estudioso por excelencia, fue empleado durante la

campana del Pacífico como traductor de informes de los prisioneros. En su labor de contraespionaje adquirió los primeros rudimentos de lo que luego había de ser su pasión más absorbente: la persecución y castigo del mal.

Dominaba las distintas teorías acerca de los delincuentes; desde las iniciales de Lombroso hasta las últimas innovaciones de Baer y Nache, en Alemania; Benedict, en Austria, y Lacassagne, en Francia. Archie consideraba la Criminología una ciencia autónoma, distinta del Derecho penal, y en el mismo plano de la Sociología, la Medicina legal y el Psicoanálisis.

Oyendo la conversación de los dos hombres, le pareció curioso que un chino hablase con tal soltura el japonés, pero no le extrañó. El perito en arte oriental podía ser poliglota, y emplear aquel idioma en beneficio del senador. De todos modos, anotó el dato en su memoria, y se prometió investigar la patria de origen de Li-Fan.

Cualquier detalle, por pequeño que fuese, podía resultar el hilo que le ayudase a salir del laberinto.

—Desde luego quisiera comprarlo —decía el senador—; pero tengo demasiados cachivaches en casa. Y el precio es muy elevado para un jarrón Ming.

El perito hizo un ademán que excluía la discusión.

—Estoy con usted, míster Conolly —asintió—. Creo que tiene muchos trastos, y la sustitución de algunas bagatelas le iría bien. Yo siempre he sido partidario de pocas piezas, pero elegidas.

—¿Por ejemplo? —preguntó el senador, interesado.

Li-Fan hizo un gesto ambiguo y poco ilustrativo.

—No lo sé —admitió—. Sería preferible girar una visita de inspección. Le puedo hacer una lista de los objetos de que debe desprenderse, si quiere huir del abigarramiento.

Archie, desde su atisbadero, tuvo que pellizcarse para estar seguro de que no soñaba. ¡Con un muerto en la casa y Tom desaparecido, dos hombres estaban hablando tranquilamente de obras de arte!

A poco, el senador aclaró la extrañeza del joven.

—Comprenderá usted que no podía prever estos sucesos cuando le cité,

Li-Fan

—añadió—. Si mantengo esta charla, es por cortesía hacia usted, ya que en algo hemos de pasar el tiempo. Pero no estoy en condiciones de ponerme a revisar ahora mi colección de antiguallas.

—Podría hacerlo yo mismo, con su permiso —indicó el obsequioso oriental.

—Hágalo en buena hora —dijo Charles Conolly—. Yo voy a retirarme. Mañana temprano debo presentar la denuncia a la Policía, aunque daría mi mano derecha por librarme del escándalo y las molestias.

—¡Bah! Usted tiene amigos en las altas esferas y logrará silenciar el asunto. Yo, por mi parte, no hablaré de ello a nadie. ¡Puede estar seguro! —prometió

Li-Fan.

Los dos hombres se pusieron en pie, y Archie no tuvo tiempo sino para ocultarse detrás de la puerta. Si la cerraban al salir, sería sorprendido en una postura muy poco airosa.

Tuvo suerte, porque ni Conolly ni el chino lo intentaron. Abstraídos cada uno en sus reflexiones, dejaron el local y pasaron ante el joven, pegado detrás de la puerta como un vulgar espía. El senador se despidió del oriental, y éste pasó a su habitación, haciendo una serie de reverencias. Toda la cortesía de Oriente parecía condensada en el hombrecillo, y cerró la puerta de su cuarto con tal suavidad como si penetrase en un templo.

Archie tenía el oído muy fino, y no oyó picaporte ni cerrojo. Por tanto, permaneció en su escondite sin moverse, mientras los pasos de Conolly sonaban fuertes y pausados en la escalera que arrancaba del vestíbulo. No lejos de allí, un gran reloj de caja repetía el eco señorial.

Pasaron unos minutos, y el silencio se enseñoreó de la casa. Al cabo de un rato, Coutts apagó las luces, y descendió a sus dominios subterráneos. Bentley se encontró más a gusto a partir de entonces, y respiró sosegadamente.

Ignoraba el sitio donde pernoctaría Elisabeth, pues estuvo ausente de la casa un tiempo más que regular. Pero imaginó que la joven utilizaría una de las habitaciones privadas del piso alto. Los huéspedes eran alojados, indefectiblemente, en el primero; el senador era amigo de guardar las distancias.

Archie se dispuso a salir del refugio, para dirigirse a su

habitación. Lo haría ruidosamente, como anunciando su presencia, y luego hablaría con el senador. Indicándole que pensaba buscar a Tom, ya que los demás parecían conceder tan poca importancia a su desaparición.

El hecho estaba disculpado en Elisabeth, dado su abatimiento; pero en el senador era una clara descortesía. Molesto por la presencia de los dos investigadores —y seguro de que obraban por mandato de su hija y contra su voluntad—. Conolly los consideraba como indeseables a los que hay que tolerar.

El federal avanzó unas pulgadas en dirección a la escalera. Inmediatamente hubo de pegarse a la pared, porque una sombra se concentró entre las que le rodeaban con movimientos propios:

Li-Fan

salía de su habitación con algún propósito. Reprensible o no, sus pasos eran tan silenciosos y furtivos como los de un animal nocturno, que va de caza amparado por la oscuridad y fundiéndose en ella.

Era indudable que se dirigía hacia el piso alto, y ello acentuó las sospechas de Bentley. Si el chino necesitaba usar un cuarto de servicio, podía utilizar el de la planta baja. Era lógico y razonable que lo hiciese así. Por tanto, buscaba algo de un modo clandestino; su conversación con el senador había terminado de forma categórica.

¡No podía impulsarle una cuestión de negocios! Y Archie, por una feliz casualidad, iba a encontrarse en su camino.

El joven se descalzó antes de avanzar en pos del hombrecillo. Pudo seguirle con el mismo silencio de que daba pruebas el oriental, y llegar al remate de la escalera sin delatar su presencia. Ni perder de vista a su presa, gracias a su facultad de ver entre las sombras.

Unos ojos negros y vivaces espionaron al oriental, mientras pasos recatados disminuían la distancia entre los dos hombres. Tanteando con las manos ante sí, Archie buscaba en muebles y paredes sucesivos puntos de apoyo; dispuesto a dar un salto de pantera.

Li-Fan se detuvo junto al dormitorio del senador, aplicando el oído contra la puerta. Estuvo así unos segundos, inmóvil. Luego siguió hacia el cuarto que contenía el macabro despojo.

¿Iría a realizar una gestión más amplia que el propio Archie? El

joven, al seguirle, recordó la extraña mirada —mezcla de estupor y de cólera— que el oriental lanzó al cadáver. ¡El chino había mentido al decir que no conocía al muerto!

Ya dentro de la habitación de Elisabeth, avanzó con una lentitud exasperante. Archie imaginó que —peor dotado que él para vencer la oscuridad— trataba de evitar una colisión que despertase la alarma. Debía llevar las manos gordezuelas, fofas, tendidas hacia adelante, como antenas sensitivas que sustituyen a los ojos en su tarea.

Li-Fan no cerró la puerta de la habitación, y aquello hizo reflexionar activamente a Archie. El oriental no deseaba dar a sus movimientos un aire completamente clandestino, y si era descubierto tendría elaborada una plausible explicación. Una excusa de las muchas que debía poseer su astuto cerebro.

Tal vez alegase curiosidad o el deseo de cumplir el encargo del senador ante la falta de sueño. Su furtivo ascenso por la escalera podía encubrirse con el pretexto de no turbar el reposo de Elisabeth y de su padre. Desde el momento en que era huésped en la casa, sus pasos estaban disculpados por la delicadeza, aunque escondiesen turbios propósitos.

El agente del F. B. I., sintió crujir la falleba de la ventana. Arreglado a toda prisa el destrozo que causó Tom, las maderas no funcionaban muy bien; no en balde habían sufrido un golpe dado con temible fortaleza. Archie llegó a oír un bisbiseo de

Li-Fan,
que debía traducirse por una maldición.

Luego, la luz de una linterna alumbró la estancia, cruzándola con fugaces destellos. El joven se colocó detrás del quicio de la puerta, entornada, dispuesto a no perder detalle de la fantástica excursión. Por un azar del Destino, a aquella misma hora Tom Barbizon estaba realizando un acto muy semejante. Pero Archie no se dejaría descubrir por la astucia de su adversario.

El chino se acercó brevemente al cadáver, dispuesto a examinarlo. No miró el rostro espantoso, hendido por un hachazo, ni tampoco las señales de tormento que delataban las equimosis. Su atención fue atraída por la pulsera que ostentaba el muerto en la muñeca izquierda, como si la chapa de identidad le causase un efecto hipnótico.

—Imbéciles... —murmuró en voz baja.

Luego, el cadáver dejó de interesarle.

Los muebles de la alcoba habían sido colocados en su sitio habitual por los criados. Archie no extrañó que el senador autorizase tal cosa antes de la llegada de policías y forense; recordó sus influencias y se encogió de hombros. Aquello no le preocupaba en absoluto.

Li-Fan, mientras tanto, actuaba. La linterna no dejó de lanzar destellos en sus manos, guiándole en la inspección metódica de los objetos distribuidos por el cuarto. Iba de un jarrón a otro, examinando incluso el interior de los mismos. Revolvía silenciosamente el contenido de los cajones y el armario donde Elisabeth guardaba sus prendas de vestir.

«Busca algo pequeño —pensó Archie—, que pueda pasar a través de la boca de los jarrones e inadvertido a los que sembraron el caos en la estancia. Tal vez los portadores del muerto sólo pretendieron lograr un efecto teatral, de tragedia y desbarajuste...»

Li-Fan llevó sus pesquisas hasta debajo de la cama y de la alfombra. Concretaba su atención en aquel cuarto, por lo que quiera que fuese. No parecía tener prisa, ni admitir la posibilidad de que lo que buscaba estuviera en otro sitio. Era indudable que obraba basándose en informes fidedignos.

La postura expectante empezaba a cansar al agente federal, cuando vio que el oriental tomaba una silla. La acercó a un mueble alto, mezcla de librería y de «secreter». El interior ya había sido examinado por el hombrecillo, pero quedaba el techo, demasiado alto para alcanzarlo sin ayuda.

El chino manipuló entonces frente al observatorio de Archie, que observaba la expresión de su semblante cuando el rayo luminoso se lo permitía. A poco oyó una ahogada exclamación, que le impulsó a obrar.

—¡Al fin! —musitó

Li-Fan,
llevado de la euforia del éxito.

La linterna se apagó durante breves segundos, en el momento en que Archie se disponía a bloquear la puerta. El oriental no tenía escapatoria, pues el descenso por la ventana suponía un gran peligro. Sólo un hombre dotado de la agilidad de Tom pudo intentar

un salto arriesgadísimo, acuciado por el afán de acudir en auxilio de su camarada.

Bentley no se equivocó en sus cálculos. Al cabo la linterna volvió a lanzar sus destellos, enfocando la pared por encima del mueble. Brilló la cabecita dorada de un clavo, que había sujetado lo que el nocturno explorador sostenía en la otra mano, muy cerca del corazón.

¡Una daga!

Archie avanzó, silencioso. Penetró en la estancia, dirigiéndose al conmutador eléctrico. Al esclarecer la penumbra observaría la reacción de

Li-Fan,

descubierto. Y le arrebataría la daga que motivó su merodeo.

Al cabo tuvo el joven, bajo sus dedos, el conmutador. Y en el momento en que

Li-Fan

descendía de la silla, una potente luz sustituyó la penumbra, barriéndola hacia el exterior.

Fué patente la consternación del oriental. Sus ojillos oblicuos enfilaron a Archie con estupor y odio. Desde el primer momento comprendió que era un antagonista; ahora se encontraba atrapado por su enemigo.

Pero aún no estaba perdido. Tenía en el bolsillo una afilada daga, y en sus músculos una potencia engañosa. Midiendo a su rival, murmuró:

—¡Paso libre! No deseo el escándalo; pero si me obliga a ello...

—No le impediré salir, si me facilita ciertas explicaciones —dijo Bentley, meditando sus palabras—. Pero estoy dispuesto a pelear, también, si es necesario.

Aún quiso el oriental agotar las posibilidades pacíficas. Apretando la daga como si fuera el objeto más valioso del mundo, trató de dulcificar la expresión de su mirada. Una leve sonrisa curvó sus mejillas de color oliváceo.

—Déjeme y le daré lo que pida —insinuó—: una explicación o dinero. Le aseguro que no he venido es busca de nada de valor material.

Archie no tomó en cuenta la cuestión de comerciar con su silencio. Reconoció cierta, verdad en las palabras de su adversario,

y se dispuso a explicar su punto de vista.

—Creo que tiene razón —dijo—: su botín desaparecería sin que nadie lo echase en falta. Excepto dos personas: usted y otro individuo que busca la daga con la misma ansiedad —aventuró—. Respecto a la recompensa, estoy realizando un trabajo cuya solución es el premio máximo para mí. Además, no debe olvidar que hay una víctima de por medio —terminó, señalando hacia el bulto trágico tendido en la cama.

—Yo no lo maté —afirmó

Li-Fan,

colérico—. Mis hombres,...

—¿Reconoce usted que tiene una banda?

El oriental comprendió que había cometido una pifia, y quiso explicarse de modo convincente.

—Era un miserable chantajista, al que capturamos fuera de la casa. Averigüé lo que intentaba acerca del senador, pero eso no nos interesa...

—A mí, sí —interrumpió Archie—. ¡Hábleme de ello!

Li-Fan meditó la petición, y pareció encontrarla de su agrado. Pero hizo una advertencia razonable:

—Aquí podrán oírnos. Bajemos al jardín, dónde es, —taremos solos...

—Sí; mejor será —concedió el agente del

F. B. I.

—. Los criados no han sido narcotizados hoy. ¡Usted delante, y entrégueme ese armatoste en rehenes!

Con gran dolor de corazón,

Li-Fan

cedió la daga a su adversario. Archie estaba preparado a repeler un posible ataque, pero éste no tuvo lugar. El oriental había adoptado otro sistema de lucha.

Fingiéndose plegarse a los deseos del detective, trataba de arrastrarle hacia el exterior de la casa. Sus cómplices le ayudarían en aquel asunto, y darían buena cuenta del osado.

Todas estas reflexiones se las hizo el oriental mientras descendía la escalera, seguido por el silencioso Archie. Arriba, la luz de la alcoba de Elisabeth alumbraba el trágico desfile. Dos hombres iban a salir al jardín, y uno de ellos no llegaría a ver el siguiente día.

Éste era el pensamiento de
Li-Fan.

Recordó sus sinsabores hasta localizar el Yokohama al comprador de la daga: un miserable ropavejero, al que castigó por su «audacia». Su viaje bajo falsa identidad hasta Nueva York, y su establecimiento en la ciudad como perito en obras de arte. Pasó grandes fatigas hasta ser presentado al senador, y conseguir de él cierta confianza. Fueron tan lentos y agotadores sus pasos, que el oriental decidió acudir a la fuerza, si le fallaba la astucia.

Montó la vigilancia de Conolly, y sus hombres alcanzaron a un tipo que espiaba la casa. Apresarlo y averiguar que obraba en plan de lobo solitario le llevó algún tiempo, pero el tormento logró algo más. A costa de la muerte de un maleante, el japonés se enteró de «su secreto».

Entonces, cerca ya del final magnífico, se había interpuesto aquel tipo delgado y paliducho. Una piedrecilla que barrería, aunque no fuese más que como castigo a su intromisión.

Cuando abrió la puerta del hotel y salió al exterior,
Li-Fan

tenía decretada la muerte de Archie Bentley. Mediante sus hombres, o aunque tuviese que convertirse en asesino.



¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!

Son las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección.

EXTRA-OESTE

Con más de 400 títulos publicados continúa siendo la preferida de los sectores de España y América.

VIII



RCHIE, siguiendo a su predecesor, se adentró en el jardín de la finca. La oscuridad era casi absoluta, pero el joven no temía que

Li-Fan

aprovechase tal circunstancia para escapar. Al menos mientras él retuviese la daga, de incalculable valor para el japonés.

No dudaba Bentley que su astuto oponente pretendía llevarle hacia una emboscada. Sólo así se explicaba su actitud sumisa y su aparente tolerancia. Pero el joven también disponía de ciertas armas secretas: no tener miedo a nadie y desconocer el significado de la palabra «pánico».

El oriental se encaminó hacia el sendero de gravilla que descendía hasta la verja de entrada. Bajo el pretexto de poner la

mayor distancia entre ellos y oídos indiscretos, trataba de facilitar a sus cómplices la captura del joven. Los bandidos estarían por las intermediaciones, siguiendo sus órdenes y controlando las idas y venidas de cualquier otro espía.

No hacía mucho que tuvieron que mantener una violenta escaramuza contra una pandilla semejante. Parecía que la casa de Conolly era el punto de cita de todos los vagabundos y hampones de la región.

—Creo que ya estamos bien aquí —murmuró, al detenerse—. Voy a aclarar sus dudas, y espero que después cumpla el compromiso.

—Empiece —dijo Archie, invitador.

Li-Fan dio un suspiro, al añadir:

—Esa daga pertenece a mi familia desde los tiempos legendarios de Kyoto, y es la mascota o talismán de los míos. Sin ella estamos prácticamente deshonorados, y expuestos a todas las calamidades.

Por segunda vez, comprendió Archie que había algo de verdad en las palabras de su interlocutor.

Pese a ser una nación moderna, cuya civilización trata de mejorar a lo occidental, el Japón conserva reminiscencias medievales y costumbres arcaicas que no variarán en muchas generaciones. Bien podía ser la daga un amuleto familiar, y su rescate perentorio para el japonés, incluso a costa de víctimas y de sacrificios de toda índole.

La superstición es algo que va contra la lógica, y que puede más que ella. Es la novia del tiempo, y seguirá haciendo adeptos aunque la cultura trate de ridiculizarla.

—¿Cómo fue perderla? —preguntó el joven.

El japonés respondió sin vacilación:

—Durante el avance de las tropas de McArthur, mi familia tuvo que huir de Yokohama a causa de un bombardeo. El arma debió quedar enterrada en los escombros, y algún indocumentado la encontró sin concederle todo su valor. Buscándola recorrí los bazares de antigüedades de la ciudad, y al cabo la encontré, ¡oh, vergüenza! —En una mísera prendería. Al decir que la encontré solo quiero decir que hallé su pista, porque la daga no estaba allí. El senador, luego de ser liberado por las tropas yanquis, la adquirió por una suma irrisoria, junto a otras bagatelas.

Li-Fan no pudo ocultar su furor al recordar.

—Creo que se ha tomado usted demasiadas molestias para conseguir su objeto —murmuró Archie, reflexivo—. Sospecho que si hubiera escrito al senador, explicándole sus cuitas, le hubiese devuelto la daga, por avión, sin más molestias. Usted mismo desorbitó el asunto, llevado de su fanatismo.

Li-Fan cerró los ojos hasta convertirlos en dos ranuras, en cuyo fondo alentaban la crueldad y el odio.

—El fanatismo de ustedes, los occidentales, se llama capricho —acusó—. Hubiera bastado que reclamase la daga para que el senador la diese un valor incalculable. Me refiero al histórico o pintoresco, y no al que tiene por tradición entre los míos. Además, en casa del miserable prendero que la compró adquirí la certidumbre de que alguien más perseguía el mismo objeto. De un modo tan insistente y dramático como yo mismo, y además inexplicable.

—Quizá algún pariente... —sugirió Archie.

Quería hacer hablar al oriental, pues comprendía que el triple misterio iba a tardar muy poco en develarse. El «pez chino» ansiaba apoderarse también del arma tradicional.

Li-Fan denegó con un gesto rotundo.

—Somos una familia numerosa —dijo—, pero nadie se atrevería a inmiscuirse en lo que es mi derecho y mi deber, al mismo tiempo. Mi casa y mi familia han quedado en la ruina a raíz de la guerra, y hemos realizado un esfuerzo considerable al pagar mi pasaje y estancia en América. Tiene que ser un extraño, e ignoro sus motivos, el que intenta apoderarse de lo que es mío exclusivamente —terminó, golpeándose el pecho con furia—. ¡Démelo!

—Aún es un poco pronto... ¿no le parece? —preguntó Archie, con engañosa dulzura—. Los datos que usted me ha dado los conocía yo, poco más o menos, y acerca de los que ignoraba, elaboré hipótesis muy semejantes. Me falta por saber quién es el otro hombre que persigue el mismo botín, y qué ocurrió al senador en el campo de concentración de Atsugi.

Li-Fan abrió los ojos, denotando asombro. Para confesar ignorancia, el joven moreno demostraba saber mucho más de lo razonable. Y el japonés pretendía ocultar, mientras le fuera posible, el secreto que arrancó mediante la tortura y la vida de un hombre.

El misterio que representaba el honor de una familia y que para el oriental suponía asimismo un incalculable filón.

Hacía rato que

Li-Fan

hablaba, y escuchaba también afanosamente. Puesta toda su sensibilidad en el oído y sintiendo un comezón de impaciencia; pues sus hombres no debían estar lejos de allí. Ex profeso alzaba la voz para orientarlos, y recabar de un modo indirecto su auxilio.

Para ganar tiempo empezó a hablar con voz lenta y pausada.

—No estoy muy enterado de eso —mintió—. A lo que parece, Charles Conolly reveló a mis compatriotas algún secreto militar. Y un periodista yanqui, a la entrada de las fuerzas de ocupación en Atsugi, halló el modo de leer sus declaraciones y las robó. No sé dónde está el documento, ni me interesa. Lo único que quiero es restituir a la casa de mis mayores el objeto que no debió salir nunca de allí. ¡Démelo! —exigió, por segunda vez.

La entonación del japonés era vibrante, y se advertía un fondo de amenaza en sus palabras. El hecho estaba justificado por su exaltación, y también porque había percibido —entre los ruidos difusos de la noche— el ronquido de un coche que avanzaba hacia la finca.

Estaba dispuesto a luchar, si era necesario, antes de revelar el misterio por completo.

Pero Archie había oído también. Y su aguda psicología notó claramente un cambio de diapasón en la voz del japonés. Se dispuso a repelerle físicamente, pero antes quiso excitarle para arrancar de su boca algún nuevo detalle.

—No son muchos datos los que me ha facilitado,

Li-Fan

—dijo—. Ignoro si se llamará usted así, pero por ese nombre le conozco. Aunque también podría darle, con propiedad, los de ladrón y asesino.

El japonés saltó sobre el joven. Sin una palabra de aviso, y con una ligereza que parecía reñida con su obesidad. Las manos fofas y blanduzcas se engarabitaron ante el deseo de acogotar al rival y dominarlo por la fuerza. No le cupo la menor duda de que en una pelea cuerpo a cuerpo sacaría ventaja al individuo flaco y desgarrado.

Era disculpable su error, pues Bentley sólo tenía nervios. Además, el japonés sabía que aquel mismo día, al anochecer, el joven fue víctima de un atentado. Lo que no podía imaginarse nunca es que tuviera ante sí a un hombre capaz de dejarse despedazar antes de declararse vencido. Si

Li-Fan

consideraba a todos los yanquis cándidos y bonachones, iba a recibir una singular enseñanza.

Con la misma vivacidad que su enemigo, Archie repelió el ataque y se colocó en posición de lucha. No cerró las manos — aunque era hábil pugilista —, sino que permaneció con ellas abiertas y el cuerpo encorvado, espionando las reacciones de su contrario.

Casi tocaba el suelo, y no había en sus dedos la menor crispatura. Ligeramente inclinado hacia adelante, y la vista alerta, parecía un corredor dispuesto a oír la señal para lanzarse a un «*sprint*» frenético.

Y así era, aunque la meta no estaba muy lejos en el «hándicap» de muerte.

Los dedos del oriental se engarfiaron en los cabellos rizos del agente y dieron un fortísimo tirón, tratando de hacer caer a su dueño.

Archie esperaba el golpe cobarde y se plegó a él con una docilidad increíble. Pero en el momento de caer enlazó vertiginosamente sus piernas alrededor de la garganta del oriental. Y retorciéndose en el aire, como una serpiente, consiguió dar con su antagonista en tierra.

A los pocos minutos de empezar la pelea había conseguido la primera victoria.

El japonés hizo bascular su cuerpo y rodó por el sendero de guijarros. El segundo ataque de Archie falló por tal causa: no encontró entre sus manos sino aire. Y antes de poder incorporarse ya estaba el oriental majándole la espalda y la nuca a puñadas. Deseoso de golpear al joven en el mismo sitio donde asestó un culatazo otro aventurero.

El policía sintió que una niebla multicolor le cegaba. Dolorido a resultas de la conmoción anterior, no le era posible seguir peleando contra un hombre astuto y ducho en toda clase de trucos reprobables. Sin embargo, el carácter del joven no admitía la

defección ni la retirada. Aun agotado por la debilidad, y maltrecho, siguió luchando. Sin preocuparse ya de esgrimir lealtad contra el individuo que sólo conocía bajezas.

Li-Fan había alcanzado una piedra de regular tamaño y se disponía a hundir con ella el cráneo de su oponente. La luna lanzó un destello sobre el guijarro, que rebotó en los ojos malignos y cargados de furia. A Bentley se le figuró su adversario uno de esos engendros que pueblan las leyendas del Japón; un ser mixto de hombre y de dragón que iba a arrebatárle la vida.

Como lo había hecho sin duda con el repórter, que, harto de dar noticias sensacionales por unos centavos, trató de alcanzar un premio tortuoso.

Aunque su cabeza daba vueltas y multitud de luces nublaban su visión, Archie se dispuso a resistir el ataque decisivo. Conforme estaba tirado en el suelo, tumbado boca arriba y esperando la muerte, sus piernas se doblaron al unísono, al tiempo que los brazos trataban de protegerle contra la amenaza mortal que

Li-Fan
esgrimía.

En el momento decisivo dos ballestas se dispararon, certeras, para alcanzar el abdomen del oriental. Sacudiendo su cuerpo con la fuerza de un ariete, y haciéndolo caer de espaldas al sendero.

¡La pelea había terminado!

Archie se levantó tambaleándose y acudió hacia la verja, alumbrada por los faros de un automóvil. No poseía armas, pero estaba dispuesto a luchar defendiendo su presa. Si otros cómplices de

Li-Fan
acudían al rescate tendrían que pagarle un tributo. Aun maltrecho, no se dejaría arrebatar el premio de su afán.

El asombro del judío fue inenarrable al ver que el conductor del coche no era ningún enemigo, sino Tom Barbizon. El coloso rubio hizo un gesto de saludo tan jovial y enérgico como él mismo, y luego procedió a cargarse a la espalda a un tipo corpulento que yacía dentro del vehículo.

—¡Querido Archie! —exclamó—. Te traigo noticias del «pez chino»’.

Y este bandido será como una esponja que exprimiremos en nuestro

beneficio. Tengo que contarte muchas cosas...

—Creo que las he averiguado en parte sin moverme de aquí — confesó Archie—. ¡Vaya nochecita!

Había agotado sus últimas fuerzas al abrir la cancela. Ante el asombro de Tom dio un traspié y quedó sentado en el suelo. Detrás de él, y a la luz de los faros, se advertía el cuerpo inconsciente del japonés.

Los dos investigadores —el oficial y el privado— habían conseguido la victoria y disponían de un prisionero cada uno. Elisabeth no estaría quejosa de sus amigos.

Tom tenía la ventaja de hallarse ileso, y, en cambio. Archie parecía incapaz de levantarse sin ayuda ajena. El eficiente hércules remedió la dificultad con rapidez. Volvió a meter al insensible Butch en el vehículo, haciendo lo mismo con el japonés. Ayudó a su amigo a subir al pescante y emprendió el ascenso en «ralentí» hacia la finca.

Media hora después, y en virtud de un conciliábulo entre ambos detectives, el vehículo volvía a marchar silenciosamente en dirección Oeste. Archie, considerablemente repuesto, estaba terminando de referir al asombrado Tom sus aventuras. El hércules hacía rato que las explicó por cuarta vez.

—De manera —decía Bentley— que tenemos dos pandillas interesadas en encontrar algo cuyo escondite actual desconocen. Tenemos que rescatar esa declaración del senador y entregársela para que la reduzca a cenizas. Sospecho que mañana va a ser un día muy movido.

Guiado por Tom, el vehículo devoraba las millas. El joven ya no estaba desorientado respecto al camino a seguir, y a poco llegó a las inmediaciones de la casa, que era un gigantesco brasero.

Cerca de ella apagó los faros del coche y avanzó lentamente. Después, Archie y él se dedicaron a ciertas misteriosas manipulaciones. Parecieron quedar satisfechos de ellas y de la soledad de los alrededores. No había ni rastro de los bandidos, los cuales utilizaron aquella casa como refugio accidental. Y no debían tener ningún interés en encontrarse con la Policía cuando ésta acudiera a investigar las causas del siniestro.

—Ahora a Nueva York —exclamó Archie, frotándose las manos con satisfacción—. Acelera, pues deseo dejar «las noticias» donde se

conserven frescas.

No hubo dificultades para entrar en la ciudad. Si un adormilado vigilante hubiese estado más alerta habría visto descender a una barcaza, anclada en el Hudson, a dos individuos que tenían trazas de borrachos o enfermos. Sin embargo, no les sucedía ninguna de ambas calamidades. Butch y

Li-Fan

se encontraban en el más beatífico de los sueños.

El patrón de la nave, despertado a hora tan intempestiva, subió a cubierta refunfuñando. Pero al ver a los dos amigos cambió su gesto agresivo por uno de cordial bienvenida.

Era un hombre recio y jovial, con un traje raído y el rostro lleno de chafarrinones. No tenían nada de extraños su atuendo y su fisonomía, porque se dedicaba a transportar carbón desde los muelles de Manhattan a Nueva Jersey. Saludó, alborozado, a sus camaradas del frente.

—¿Qué os ocurre, perillanes? —preguntó—. ¿Venís de una juerga?

Fué Tom el que contestó, muy oportuno.

—¡Eso es! —aseguró, riendo—. Y tienes que guardarnos a estos individuos hasta que te los pidamos, Jackson.

El dueño de la gabarra era a la vez fogonero y timonel; todo en una pieza. Recibió con la natural alegría a los meritorios, y necesitó pocas palabras para comprender al detalle el deseo de sus amigos.

—No os preocupéis, chicos —exclamó, riendo—. Cuando los necesite el

F. B. I.

estarán maduros como brevas. Ahora, si no queréis pasar, iros al diablo.

Poco después los dos amigos regresaban a la mansión de Conolly. Arribaron a ella cuando la luz del nuevo día empezaba a alumbrar por Oriente.

—Lo que no me gusta de este asunto —murmuró Tom, bostezando— es que todo el mundo parece tener prisa. No creo que llegue a oxidarme en la resolución de «mi primer caso».

—Todo el inundo, exceso, los criados —rectificó Benley—. Habrás visto que no aparecen nunca cuando hacen falta. Unas veces porque están narcotizados y otras...

—¡Idiotas! —terminó el rubio, frenando ante la verja—. Estoy que me desintegro de hambre.

Los dos amigos descendieron tranquilamente ante la casa. Una ligera inspección les demostró que no habían ocurrido más novedades. Y largándose «in continenti» a la cocina se ocuparon activamente de vaciar la despensa. Coutts, el más madrugador de los criados, tuvo pruebas suficientes del apetito de ambos huéspedes.

Pero el más asombrado de todos fue el senador. Al levantarse, dispuesto a marchar a Nueva York, encontró el coche pequeño en condiciones.

—Pensaba tomar el «buss» —dijo a Archie, que le salió al paso.

—¿Y para qué, senador? —preguntó el federal.

Charles Conolly le miró de hito en hito. Asombrado por lo absurdo de la pregunta, se acercó al judío, venteándole la boca y nariz. Y esto le causó aún más extrañeza.

—No ha bebido —dictaminó—. ¡Yo hubiera jurado que sí!

—Si es necesario beber para comprenderle... —indicó Archie, servicial.

—Pero ¿es que no recuerda el destrozo y el cadáver encontrado en el cuarto de Elisabeth? —preguntó el senador.

—No recuerdo nada en absoluto. ¡Tal vez sea debido al golpe que me dieron en la cabeza! Sólo sé que me puse a reparar los coches y que me quedé dormido en el garaje. ¿Qué cadáver es ése? —exclamó, aparentando sobresalto.

—Vengan y lo verán —dijo el senador, abarcando en su invitación al inefable Tom y su vigésimo «sándwich».

Con pasos nerviosos acudió a la casa y empezó a subir la escalera. Archie y Tom le seguían como dos autómatas. Llegado a la habitación de Elisabeth, Conolly trató de abrir la puerta sin conseguirlo. Al cabo, respondiendo a sus forcejeos, fue la propia joven la que apareció en el umbral, enfundada en un salto de cama y con ojos adormilados.

—¿Ocurre algo, papá? —preguntó.

—¿Como? ¿Y me lo preguntas tú misma? ¿Dónde has dormido esta noche?

Por toda contestación, la joven mostró su cama de siempre. Sólo ella y sus dos amigos sabían el trabajo que le costaba representar la

farsa.

El senador estuvo a punto de volverse loco. Llamó a los criados y recibió de ellos la misma cortés y enérgica negativa. Nadie había visto ningún muerto, ni tampoco a un chino llamado

Li-Fan.

Sólo sabían que algún malhechor intentó robar en la casa, y que había agredido a Archie Bentley. Entreteniéndose después, mientras conducían al joven, en causar desperfectos en los coches. Sin duda para evitar que les persiguieran con ellos.

No hubo quien les sacara de su declaración. Y ante la insistencia del senador empezaron a mirarse a hurtadillas; como dando a entender que el patrón no estaba en sus cabales. Fue Elisabeth la que se encargó de remachar el clavo.

—No cabe duda que has tenido una pesadilla, papá —dijo, mimosa—. Pero eso no tiene nada de particular, ya que la víspera creí ver, a través de mi ventana, un ser extraño y disparatado. ¡Inexistente a todas luces!

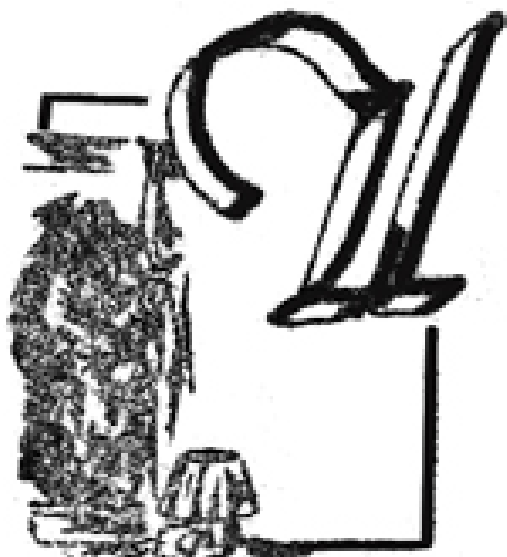
Tom Barbizon se estremeció al evocar la siniestra figura del capitán Mortimer. ¡Qué más hubiera querido él que todo aquello fuese un sueño!

El senador sólo quedó convencido de una cosa: que su hija y los dos jóvenes sabuesos se habían puesto de acuerdo con los criados para escamotear el cadáver ambulante. Reflexionando sobre el asunto, comprendió que si insistía llevaba las de perder. Y como lo que menos deseaba era dar conocimiento del hecho, acabó por lanzar una carcajada y decir:

—No cabe duda que el «*whisky*» me sentó mal. De ahora en adelante haré lo que el amigo Archie: ¡beberé agua sola!

—¡Y yo! —murmuró Tom Barbizon—. El «*whisky*» me produce sueño.

IX



NA hora más tarde los dos amigos caminaban rumbo a Nueva York; en el sedán que Tom «pidió prestado» la noche anterior.

Esta vez los acompañaba «Sara», la perrita; harta ya de permanecer atada por el día y cautiva durante la noche. Contenta por el cambio, saludaba al sol y a los pájaros, a los árboles que pasaban veloces y a la cinta gris de la carretera. Archie empezó a gruñir algo sobre animales mayores y menores, pero nada podía atajar la euforia del can.

—La casa del senador tiene sus inconvenientes y ventajas —gritó el federal, para hacerse oír entre el caos de ladridos—. Está aislada y solitaria, pero de día es imposible una sorpresa: domina los alrededores y cualquier acceso clandestino.

—Sí —confirmó Tom—. El viejo y la muchacha están seguros, por el momento. ¿Adónde vamos?

Estaba justificada su pregunta, porque llevaba el volante.

—A ver a míster Hull: intentaré obtener algún dato más de esa estampa de la discreción. Recogeremos el análisis de la tela que arrebató «Sara» al «pez chino», y haremos una visita al

F. B. I.

Todo eso por la mañana, para estar a primera hora de la tarde en casa del senador y montar la guardia.

En el comedor del hotel encontraron al excautivo, que hizo un gesto de fastidio al ver aparecer al policía y al detective de afición. Cortésmente los invitó a acompañarle a su mesa, y Tom aceptó un par de tazas de café.

—Me alegra que no vengan con Elisabeth —dijo el hombrecillo—. Eso me permite decirles más claramente que...

Archie le atajó con aire amistoso y efusivo. Sabía ser agradable cuando se lo proponía.

—Comprendí los motivos de su silencio —afirmó—. Y como necesitamos molestarle de nuevo, hemos venido solos.

—«Sara» no cuenta —apoyó Tom.

—¡Amnesia! —les recordó míster Hull, golpeándose la frente—. Es algo tan poderoso como el sueño, amigos.

—Hoy ya ando mejor —aclaró el rubio, con una sonrisa optimista—, y debo felicitarle: los sillones de su piso son muy confortables...

Tom no podía dormirse tampoco, aunque hubiese, querido. «Sara» se rebullía inquieta, y el joven tenía hartó trabajo con retenerla. Archie siguió hablando con míster Hill en tono confidencial:

—Su delicadeza, o amnesia, si lo prefiere, ya no tiene razón de ser. Hemos averiguado que el senador dijo en Atsugi algo que le perjudicaría de hacerse público, y sabemos también que un chantajista intentaba extorsionarle. Pero este último peligro no existe ya: ¡el truhan ha muerto ayer, asesinado!

Míster Hull se sobresaltó al oír a Bentley hablar de chantaje y muerte. Le constaba que los dos hombres eran amigos de Elisabeth, y de ello a deducir su lealtad no había sino un paso. El hombrecillo lo dio voluntariamente, pero estaba decidido a no compartir su secreto.

—En el supuesto de que yo supiese algo, comprenderán que no iba a manifestárselo sin más. Sería necesario que el senador me

autorizase a hacerlo, y en tal caso él mismo podría informarles.

El argumento era bueno, pero Archie se encargó de pulverizarlo.

—Sea razonable, míster Hull —dijo, persuasivo—. Su amigo, que también lo es nuestro, es un hombre íntegro a carta cabal; pero tan reservado que no facilitará con un solo dato la tarea. Ayúdenos, y demuestre fidelidad al senador revelando el secreto. Su vida y la de Elisabeth están en peligro.

El agente se inclinó ante su interlocutor —como si fuese a hacerle una reverencia—, y Hull advirtió la señal que el joven tenía en la nuca. Contuvo un escalofrío, y perdió el apetito instantáneamente.

—¡Eso no es nada! —intervino Tom, con aire tranquilizador—. Anoche mataron a un hombre cuando iba en una camioneta robada, hoy viene, la noticia del robo en los periódicos; hirieron gravemente a otro, y mi amigo y yo capturamos un prisionero cada uno. ¡Ahora los dos rufianes están paleando carbón en el Hudson, hasta que accedan a declarar quién asesinó al hombre que apareció muerto en casa de Conolly!

Míster Hull era un hombre tímido y se estremeció. Miró a los dos amigos como sopesando sus afirmaciones. Vacilaba al conservar el mutismo que le exigió la amistad. ¿Le obligarían aquellos energúmenos a realizar trabajos forzados, también?

—Este asunto es terriblemente dramático —acucio Archie—. Se han usado ya tormentos orientales, narcóticos y escalos a granel. Temo que, más pronto o más tarde, el senador y su hija sean víctimas de algún atentado personal. Entonces llegarán tarde sus informes, míster Hull... ¡Sea razonable! Píense que puedo exigir lo que le ruego.

—En todo caso... —farfulló el excautivo —tendría que hablar antes con Charles. ¡De veras!

—Eso es imposible —denegó Tom, señalando un teléfono inmediato—. Intente hablar, pero no logrará nada. Al regalarnos el muerto cortaron la línea, han arrasado nuestros automóviles y «han prendido fuego a una casa del parque Van Cortlandt». ¡También viene en la Prensa! —terminó, haciendo ver dos acotaciones con lápiz rojo en el «New York Herald».

Míster Hull tuvo un nuevo escalofrío, y contempló atónito a los jóvenes que le comunicaban fríamente tal cúmulo de calamidades.

Lo más notable es que vaticinaban otras gravísimas para el futuro, y, al parecer, su silencio encerraba una grave responsabilidad.

No intentó siquiera hablar por teléfono con el senador. Le constaba que sus interlocutores decían la verdad, y que no exageraban lo más mínimo. Allí, en el periódico, figuraban dos sucesos en las proximidades de la casa de Conolly, y sobre la cabeza del policía vio la señal de un golpe espantoso. Una pulgada más abajo y el investigador no estaría hablando con él en aquel momento. ¡Y había otros dos muertos, prisioneros y demás!

—¿No les habrán seguido? —preguntó, palideciendo.

No esperó a recibir contestación. Sonrió sin alegría y pareció deseoso de justificarse.

—Ustedes no comprenden lo que es vivir con los nervios deshechos —siguió—. Envidio al senador, a pesar de su desgracia, porque ha sabido reaccionar de un modo viril. Y eso que su estancia en Atsugi fue espantosa...

Ni Tom ni su amigo se atrevieron a respirar. Una sola palabra podía malograr la confidencia. Míster Hull se retrepó en el asiento, y cerró los ojos. Sus pensamientos volaron años atrás y al otro lado del mundo.

—Yo no soy militar —dijo—, pero mis negocios me llevaron al Japón y allí me sorprendió la guerra. Cuando hicieron cautivo al senador, yo era un veterano en el campo de concentración. ¡No pueden ustedes imaginar el cúmulo de horrores que he presenciado! —suspiró.

—Conozco algo del asunto —afirmó Bentley—. Estuve en aquella zona actuando en el contraespionaje. Llegué a ser oficial de la

O. S. S.

y el

C. I. C.

[2] ¡Continúe, por favor!

—Si a los prisioneros civiles nos daban un trato feroz, imaginen lo que sería a los militares —siguió Hull, estremeciéndose—. Máxime teniendo en cuenta que la expansión nipona había sido frenada. Les estoy hablando de los meses de junio y julio del cuarenta y cuatro, cuando los aliados ocuparon las Marianas.

—Pelemos allí —afirmó Tom, con énfasis—. Mi amigo y yo

hemos recorrido las calles del puerto de Ganapán, si es que podían llamarse calles y puerto a aquello.

—Y veníamos de bombardear Tinian y Guam, después de tomar parte activa en las batallas de Tarawa y Namur —añadió Archie.

Los dos jóvenes parecían olvidar el misterio de Conolly ante la evocación bélica. Hull los oía con ojos brillantes de emoción: sus labios temblaban y parecían sorber las palabras de dos valientes.

—¡Cuánto me alegro de verlos! —dijo, como si acabasen de presentarle a los dos amigos—. ¿Conocerán ustedes a Sptuance?

Archie y Tom se miraron con malicia. Si míster Hull trataba de tenderles una trampa.

—¡El duro Raymond! —afirmó Archie, con voz cavernosa—. Mandaba la quinta escuadra, y... éramos dos de sus oficiales predilectos.

—¡Es cuñado mío! —contestó míster Hull, suspirando—. Mi esposa murió en Oriente, y de cuando en cuando viene a visitarme.

—¡Magnífico! —estalló Archie—. Pregúntele por nosotros. Precisamente está en la ciudad: no hace un mes le vi en el Departamento.

Hull se acercó al teléfono, situado en una mesita contigua. No necesitó consultar el listín para marcar un número, y establecida comunicación pidió otro a la telefonista, que contestó. Segundos más tarde hablaba con el almirante, denotando absoluta confianza.

Tom había palidecido extraordinariamente. Archie sonreía.

Al cabo de unas frases de tipo familiar, el nombre de los dos amigos fue pronunciado y esperada la contestación ansiosamente. Ni Tom ni Archie podían descifrar otra cosa que la mirada atenta de Hull, que al fin colgó el teléfono con aire satisfecho. Una sonrisa iluminaba su rostro.

—Raymond dice que me ponga a su disposición, siempre que no sea para darles dinero. ¡Es un bromista! —Suavizó—. De esos afortunados que luchan de firme, y que no han sufrido adversidades de tipo moral.

Archie no dijo nada, limitándose a poner cara de circunstancias. Tom no podía hablar aunque quisiera: tenía un terrible nudo en la garganta, y para respirar mejor se aflojó el de la corbata.

«Sarita» lanzó un leve aullido, como si participase del estado de ánimo de su dueño.

—Voy a decirles todo lo que sé —afirmó Hull—, y que el senador me perdone lo que puede parecer una traición. Hablaba de la furia que sintieron los nipones al sufrir infinidad de reveses. En Francia tampoco iban las cosas bien para el Eje: Cherburgo acababa de ser conquistado después de la terrible batalla de Normandía...

Hizo una pausa, antes de continuar:

—En Atsugi fue Conolly, precisamente por su cargo militar, el hombre ideal para recibir el furor de nuestros carceleros. Durante muchos días lo tuvieron sin comer, y fue terriblemente martirizado. Varios tormentos le fueron aplicados con ferocidad, pues los nipones pretendían obtener de él secretos militares y atajar los planes aliados.

Archie carraspeó ante un expresivo silencio de su interlocutor.

—Una declaración así no es válida —siguió Hull, frenético—. Hay que tener en cuenta que el senador resistió valientemente los tormentos y el hambre, terribles castigos físicos y morales, por espacio de una semana. Al final sólo era un guiñapo, un ser sin voluntad que deseaba el descanso de la muerte. Imaginen que la tortura principal era el látigo, y luego sus verdugos le cauterizaban las heridas con sal...

En la habitación, solitaria ya, pareció extenderse un acre ambiente de tragedia. Sin ser muy expresivo en sus palabras, Hull empleaba un trémolo, emocionado que reflejaba el sufrimiento moral que padeció. Verdaderamente feroz e irresistible... ¿qué sería el del hombre que lo aguantó sobre sus espaldas y que durante días enteros resistió la sed, el hambre y la fatiga?

—Yo quedé aniquilado desde entonces —siguió el confidente—. Imaginen lo que pasaría el pobre Charles, que recibió el castigo corporal. Si sólo el espectáculo de su padecimiento me puso en tal crisis que...

—No se esfuerce en convencernos —asintió Archie, palmeando al desdichado—. Nos hacemos cargo perfectamente de lo que debió ser aquello. Y... ¿obtuvieron éxito los nipones?

—Nunca lo he sabido con certeza —respondió Hull—. Presencié el flagelamiento del senador, y luego el cauterio aplicado en su pobre carne. La vi dejarse arrastrar como un pelele, y durante días repetirse la bárbara escena. Estoy seguro de que no claudicó sin una lucha horrible, dantesca. Después... ¡ni él mismo recuerda lo que le

sucedió!

—Lo dejarían por muerto... —aventuró Archie.

—Sí. Y fue un milagro se resurrección Pero aún hubo más, Algunos centinelas le motejaron de traidor y aquello fue la puntilla moral. Luego de la liberación perdí el contacto con Charles, hasta mi regreso a América. Creo que permaneció por allí algún tiempo, al borde mismo de la muerte. El pobre me ha rogado que no hablase con nadie de aquello: sólo recordarlo debe producirle nuevos tormentos indecibles. ¡Imagínense si ahora le amenazan con un chantaje! De no ser nuestro amigo acendradamente católico, creo que se hubiera quitado la vida...

—Además piensa en su hija —contestó Archie, reflexivo—. Y pensando en ella también, agradecemos a usted de corazón sus informes. ¡Le ha debido costar un penoso esfuerzo ayudarnos!

Míster Hull dio a ambos amigos un mudo apretón de manos y los acompañó hasta la puerta. Allí les despidió, rogando:

—Ni una palabra al coronel, mientras les sea posible. Estimo la amistad de ese hombre heroico, y sólo por el afecto que le profeso me he decidido a traicionarle. ¡Que tengan suerte!

Tom bajó las escaleras del vestíbulo de tres en tres. Confesó a Bentley más tarde que había pasado muy mal rato.

—Me has metido en un apuro terrible, Archie —resolló—. ¿De dónde has sacado que el almirante me conocía a mí?

—Procura que tu condenada perrita no se me acerque —exclamó el agente, huyendo de las zalemas de «Sara»—. Y no te apures, que Spruance no descubrirá el engaño.

—Pero si no me ha visto en su vida... —estalló Tom—. Si sólo nos hemos encontrado frente a frente en una revista militar.

—Basta eso para justificar mi afirmación —admitió Archie, muy serio—. Por lo demás, fue un ensayo de psicología elemental. Imagina por un momento que eres todo un jefe de la Flota, y que alguien te pregunta por un antiguo combatiente «amigo del senador». ¿Vas a confesar tu torpeza al no recordarle?

—Pues... ¡no sé!

—Contestar afirmativamente no te compromete a nada, y así no haces un desaire al hombre que te cita como referencia. ¡Reconócelo, Tom! No hay jefe que recuerde los nombres y apellidos de millares de hombres, ni que se atreva a confesarlo. ¡Los

cargos de responsabilidad tienen sus obligaciones!

Tom no entendió en absoluto el razonamiento. Pero al comprender que el truco había dado resultado positivo, admiró aún más a su amigo. Y se dispuso a adoptar su audacia —cuando sucesivos «casos» lo requiriesen— en plan de discípulo aventajado.

Tom resumió sus pensamientos en una frase acertada:

—Después de todo, la guerra no se perdió. A partir de lo de Saigón no se registró ningún fracaso para nuestras armas...

—Aunque así hubiera sido —reflexionó Archie, en alta voz—. El factor humano es algo que deben tener presente los estrategas. Comoquiera que sea, tenemos que rescatar esos documentos. ¡Donde estén!

—Pero si el chantajista ha muerto... —objetó el hércules rubio.

—Eso nos han dicho. Siempre hay cómplices en asuntos de gran envergadura. Vamos a ver el análisis del trozo de tela que arrebató este repugnante animal al «pez chino» —decidió Archie.

—«Sara» no es un animal, ni mucho menos repugnante —replicó Tom, molesto—. Es el segundo socio de la firma Barbizon and Co., y tiene apetito...

¡Era verdad! Los ladridos de la perrita tenían un claro sentido de petición, pero Tom no disponía de dinero para entrar en un restaurante. El agente del

F. B. I.,

hizo un ademán negativo ante el gesto petitorio.

—Cuida a tu socio como yo te cuido a ti —dijo.

—Al menos paga un par de cafés —dictaminó el rubio—. Aunque «Sara» necesita algo sólido.

Al fin penetraron en un bar; donde hermosos «sándwiches» se alineaban en bandejas sobre el mostrador. El federal tenía curiosidad por ver desenvolverse a su amigo en un apuro.

Tomaron lentamente su café: no parecían tener la menor prisa en el país de la actividad. De espaldas a una bandeja —y sin perder de vista a los dependientes—. Tom se dio maña para derribar algunos bocadillos. Y mientras ponía cara de infeliz, «Sarita» fue masticando ruidosamente los emparedados.

Al salir del café, la «terrier» exultaba satisfacción por los cuatro costados, y un dependiente trataba de resolver un problema muy arduo para sus meninges.

—Juraría que llené esta fuente de «sándwich» de queso y de jamón —murmuró—. No sé lo que me ocurre hoy...

Su extrañeza fue aún mayor al salir del mostrador y mirar al suelo. Vio en él algunos trozos de queso intactos. De pan y jamón, ni la más pequeña migaja...

—¡Malditos! —bramó—. Ya sé quiénes han sido...

Salíó a la calle, pero no vio a los calmosos clientes. La pareja de investigadores acababa de desaparecer con «Sara», que se vio en apuros para seguir a sus amos: ¡su tripita casi rozaba el asfalto de la calle!

—Nos han robado —murmuró el «barman».

Pero no había nada de eso. Descubrió más tarde un billete de diez dólares debajo del platito de Archie. Mientras su amigo se cuidaba de alimentar al can, el «avaro e intransigente» hombre del F. B. I.,

cuidó que no se vulnerase la Ley. Dejó una cantidad más que suficiente para compensar el daño.

Bentley estaba contento al seguir a su amigo. Le veía dotado de iniciativas para triunfar en las más difíciles contingencias. No le necesitaría cuando, terminadas sus vacaciones, se reintegrase al Departamento.

—No hemos obtenido gran cosa, míster Bentley —dijo el individué—. Tanto es así, que ni siquiera he redactado un informe. Puedo darle verbalmente los datos conseguidos.

A muestra de sarga fue devuelta, con gesto cariacontecido, por un técnico del Physical and Technology Laboratory.

—¡Valiente ciencia! —murmuró Tom, por lo bajo.

—En primer lugar, la tela no ha sido fabricada en los Estados Unidos; no corresponde a ninguno de los procedimientos textiles ni marchamos que tenemos, en archivo. Apenas podemos decir que su color es azul, y que forma listas diagonales, Tiene infinidad de materiales en su constitución, e indicios de seda. Eso sí: la que posee es de una calidad excelente. El tejido está impregnado de sal y yodo, lo que hace pensar que la prenda fue usada por un marino.

—¿Y la sangre? —preguntó Archie, mientras Tom sentía arder la suya.

—La sangre, de la que hemos encontrado vestigios, pertenece al grupo de aglutinamiento sajón, libre de la complejidad racial y

serológica yanqui —aclaró el técnico—. Acaso sea lo único que liemos podido establecer claramente, gracias a los aglutinógenos de Landsteiner y Moss. Genes tipo B e índice bioquímico de Hirszfeld, o sea «A» más «AB», barra «B» más «AB».

—¡Caray! Pues si llegan a encontrar algo... —musitó Tom, a punto de sufrir un síncope.

El joven escuchaba al perito disparar datos abstrusos como una ametralladora, y a Bentley pendiente de sus palabras. Lo más notable era que el federal denotaba entender el galimatías. Lo demostró a continuación, diciendo:

—Conforme. Grupo sanguíneo «Cero alfa beta», genes de gran potencialidad e isohemoaglutinación. ¡Es suficiente, amigo mío!

—Lo es para que yo me vuelva loco —murmuró Tom, alejándose de estampía—. ¡Vámonos, Sara!

Unos minutos más tarde Archie se reunía con su amigo en el exterior. Y Tom preguntó, encaramándose al pescante de un taxi:

—¿Seguro que no muerdes, Leví?

El federal estaba guardándose, cuidadosamente, el trozo de sarga. Se la habían envuelto en celofán, como si fuese una alhaja, y Archie parecía satisfecho de la visita.

—Esto va viento en popa —empezó—. Ahora sabemos que el merodeador es inglés, ya que su grupo sanguíneo pertenece al sajón y no está tarado por nuestra democracia serológica. Esas fibras de seda, raras, pero de excepcional calidad, indican que el tejido se hizo en Oriente, y en época de gran escasez de material, ya que se mezclaron sucedáneos. Los vestigios de agua de mar demuestran que el propietario de la prenda navegó mucho, pues la salinidad impregnó el tejido de un modo lento y sistemático. Podemos asegurar, sin temor a error, que el «pez chino» es inglés, que ha vivido algún tiempo en Oriente y que ha hecho varias travesías por mar.

—¡O que pidió prestada su ropa a un marino, Sherlock Holmes! —aseguró Tom, siguiendo sus procesos intuitivos más que los puramente científicos.

—¡Caramba! Pues es verdad... —concedió Archie—. No había caído en ello.

Y fue tal su turbación que no despegó los labios hasta que llegaron a la puerta del Departamento Federal, en Centre Street.

Acordaron dejar a «Sara» en el vehículo, ya que a la perrita no le imponía extraordinario respeto el organismo policial número uno.

Aparte de los millones de fichas antropométricas que se guardan allí, existe el más potente e infatigable trabajador de todos los tiempos: el cerebro electrónico, que es capaz de realizar en segundos la labor de miles de personas sin acusar fatiga ni admitir el error.

Tom y el federal cruzaron las salas, donde a poco se les reunió una pelirroja de nariz respingona y rostro simpático. Enfocó con sus ojos pardos a Tom, y éste bajó la cabeza y llenó su rostro de oleadas de rubor.

—Ya sé que soy un egoísta y un malvado —trató de bromear—. Pero mira, Susan: ahora me he propuesto regenerarme y estoy trabajando. Mi amigo Archie te lo dirá.

Susan Staunton, tan bonita como joven, morena y atractiva, miró a su compañero Archie como pidiendo la confirmación de la noticia. Bentley afirmó, explicando con breves palabras el objeto de su visita al Departamento. Fue escuchado por la bella con la deferencia que merecía su cargo.

—Trataré de creerlo en atención a usted —recalcó—. Pero si de veras tiene ascendiente sobre Tom, procure imbuirle algo de formalidad.

—Lo intentaré —prometió Archie, de un modo bastante ambiguo.

Tom, el gran culpable, tuvo un arranque de sinceridad. Dirigiéndose a la joven, y tomándola de las manos con efusividad, la dijo:

—Abajo, en el coche, tengo a tía Sara. ¡Baja a verla, y ella te demostrará la verdad de lo que te digo!

La joven quería creer. Era indudable que le agradaba mucho el apuesto hércules, y que estaba deseosa de concederle un nuevo margen de confianza. A punto de abandonar a los dos hombres, para saciar los imperativos de su curiosidad femenina, miró a Archie y vio en los ojos de éste un brillo de simpatía y una muda aquiescencia. Pareció convencida, por el momento.

—Luego bajaré, a despedirlos —prometió—. Ahora he de pedir permiso al jefe para hacer funcionar la máquina —consultó su reloj—. No quedará libre hasta dentro de dos minutos...

—Basta ese tiempo para conseguir que me perdones, Susan —aseguró Tom, con acento fervoroso—. Nunca fuiste para mí más que una hermanita menor; pero ahora comprendo que era la mujer, y no la amiga, la que me atraía.

Archie lanzó una tosecilla, que bastó para cortar en germen el arranque sentimental del amigo. La joven cambió por completo sus modales: su rostro se transfiguró como si a través de los ventanales el mal tiempo hubiese dado paso a un sol de primavera, y se sintió agitada de una gran actividad. La plétora optimista le hizo multiplicar sus atenciones hacia el visitante.

Al abandonar el recibimiento para recabar permiso, Bentley reconvino severamente a Tom.

—Acabas de comprometerte, según deduzco, a un matrimonio inmediato —sugirió—. Esa mujer es dinamita: ¡la conozco bien!

—Aún no conoces a tu amigo —contestó el rubicundo, jubiloso—. No podría casarme a la vez con doscientas muchachitas de Nueva York y otras tantas desperdigadas por la Unión.

Archie se horrorizó al entrever el abismo moral en que naufragaba un alma. Y luego suspiró filosóficamente. No era un hipócrita ni admitía el patriarcado; pero Tom podría zafarse por sí mismo.

Unos minutos después regresó Susan, exultante de gozo. El permiso había sido concedido, y así se lo dijo a Archie.

—Gracias a usted y a mí —murmuró, arrojando una mirada de arrobo a Tom—. Respecto a éste... ¡si le muestro su ficha al jefe hubiera ordenado que lo expulsasen de aquí!

Volvió a suspirar otra vez. Si ella tuviera tal facilidad para arrojar infieles de su pecho...

Aquella remota posibilidad fue alejada con prontitud por la joven. Pasaron a través de un dédalo de corredores y oficinas, donde centenares de empleados trabajaban con eficiencia. Algunos alzaron la vista de su tarea, saludando a Archie con muestras de aprecio. Y así llegaron al cubil del menstuo.

De lejos oyeron su zumbido, las palpitaciones del corazón creado por el hombre y que ha llegado a superarle. Las habitaciones inmediatas se contagiaban de su alentar rítmico, del batir trepidante e implacable.

Al fin le vieron: inmenso, cuadrangular. Con miles de ojos

acechantes y cierta malignidad en su eterno parpadeo.

Un solo controlador humano regulaba los latidos de la fiera; sentado en una mesita con categoría de altar. Saludó a Bentley con un gesto.

El empleado vigilaba los distintos contadores, que daban, en segundos, el resultado de años de labor a un experto matemático. Las saetas convergían hacia un punto: el resultado infalible del cálculo [3].

Archie, con los ojos brillantes de emoción, estaba identificado con el gran aparato. De allí saldría la clave del misterio en que estaban sumidos. Bastarían unas cuantas vueltas de rueda —a una velocidad fantástica— para saber el nombre verdadero y la historia del capitán Mortimer, el llamado «pez chino» en atención a su aspecto facial.

¡El cerebro electrónico iba a «meditar» activamente para resolver la incógnita!

Susan se encargó de explicar el proceso de la máquina en beneficio de Tom. Archie estaba bien enterado de su funcionamiento.

—Si buscamos a una joven que tenga los ojos pardos, por ejemplo, «el cerebro» eliminará a las de ojos azules, negros, grises o de otra tonalidad cualquiera. Y lo hará porque el taladro de semejantes fichas no coincide con el que corresponde a «ojos pardos» —recalcó, mirando a Tom al fondo de los suyos—. Es como si cribásemos algo, quedándonos con lo que no puede pasar por el tamiz...

—¡Entendido! —dijo Tom, con aire de suficiencia—. Sé lo que tengo que hacer para buscarte: ¡venir aquí!

Tal afirmación, que hubiera merecido una bofetada de Archie, valió a Tom una mirada amorosa y llena de ternura de Susan. ¡Así reacciona un corazón femenino!

—Pero tal trabajo sería inmenso —siguió la bella—. Por eso necesitamos la mayor cantidad de informes acerca de la persona que buscan; con el fin de que la «criba» se haga más completa y categórica. Son millones los seres que tienen la misma fisonomía, talla y características. Por tanto... —añadió, invitadora.

El encargado de manejar la enorme máquina había conectado el dispositivo para dar paso a las fichas. No parecía sentir la más leve

curiosidad hacia el motivo que llevaba a los dos hombres ante él. ¡Se limitó a avisar con un ademán y siguió mascando chicle!

Al momento quedó demostrada la incapacidad de Tom para recordar. No sabía sino que el hombre que buscaba se llamaba Mortimer y que tenía un rostro indefinible. Archie —pese a que no le había visto sino breves segundos, en medio de las tinieblas— fué bastante más explícito.

—Cinco pies y ciento ochenta libras —dijo, con la sobriedad del que redacta un telegrama—. Ojos saltones, muy brillantes; cejas canas y espesas, mandíbula firme, orejas pegadas al cráneo. De unos treinta años y complexión fuerte. Buen tirador de pistola; inteligente y audaz, impulsivo y cruel. Sajón, ha habitado en Oriente y viajado por mar. Estos últimos datos son algo convencionales —añadió al finalizar, como excusándose.

Conforme hablaba, el encargado del cerebro electrónico oprimía con un punzón ciertos resortes correspondientes a las características descritas. Con ello ponía en juego matrices de eliminación, a través de las cuales pasarían sin detenerse las fichas que no correspondieran a la persona buscada.

Tom miraba embobado a su amigo, y Susan correspondía a su adorado con una expresión muy semejante. Luego, el extraño terceto empezó a sentirse interesado por el parpadeo de centenares de válvulas electrónicas, embaladas en su labor. Millones de cartulinas fueron seleccionadas a una velocidad de vértigo, mientras Archie observaba el receptáculo donde caerían las comunes a las características que formuló.

Media hora después todas las fichas del mayor archivo policial del mundo[4] habían pasado ante «el cerebro». Y Archie suspiró al oír extinguirse el zumbido que anunciaba el movimiento de la máquina.

Un solo tarjetón apareció, correspondiendo a «todos» los detalles que él había dado. Delatando que el ser que buscaban afanosamente... había muerto diez años atrás.

—¡El «pez chino» no existe! —murmuró, en tono lúgubre—. ¡Estamos luchando contra su fantasma!

Pronto iban a tener la prueba de que el capitán Mortimer estaba bien vivo, por desgracia. Otro misterio se iba a añadir a los que la esforzada pareja tenía que resolver. Archie llamó desde el

F. B. I.,

para comprobar si el teléfono de Conolly había sido arreglado ya, como pidió en una de sus múltiples gestiones de aquella mañana. Recibió una dramática confirmación de labios del propio senador.

—Hay que avisar a la Policía, Archie —gimió—. ¡Mi hija acaba de ser raptada!

Para el hombre que había dado tantas pruebas de valor y de energía, para el adusto que rehuía su contacto con la publicidad, tal afirmación no podía ser más dramática. Y desesperanzada.

Bentley enarcó los hombros y se dispuso a aguantar sobre ellos una nueva carga.

—Yo soy policía —dijo—. ¡Deme, más detalles!

EPÍLOGO

La ficha antropométrica que Bentley tenía en las manos era la de un hombre muerto años atrás. De un inglés llamado Ray Mortimer, y que había sido capitán de Marina. Todos los datos figuraban en el rectángulo de cartulina, menos la cicatriz. ¿Sería un detalle engañoso para atraer la atención de los demás rasgos —acusados— de la singular fisonomía?

La muerte del capitán estaba garantizada en la ficha nada menos que por el Intelligence Service. ¡Aquello era lo catastrófico!

Tal vez influyó en la depresión de Archie de un modo subconsciente, la disciplina. Creía a pie juntillas, que Ray Mortimer había muerto, aunque la experiencia personal delatase lo contrario. Sólo le hubiera hecho volver de su acuerdo las huellas digitales del «pez chino» con las de la ficha, y no las tenía. Así, pensó que un mistificador se ocultaba bajo el aspecto físico y las características de un muerto.

Tom no pensaba igual. Su carácter independiente y rebelde le hizo enfocar el problema de un modo distinto. Palmeando al abatido, le dijo:

—Tú eres el maestro y yo el discípulo, Archie. Pero en tu caso yo trataría de descubrir si Mortimer está vivo aún. Sin tener en cuenta lo que el Intelligence Service diga. Recuerda que al coronel Lawrence se le dio por muerto muchas veces, Y lo mismo a *sir* Basil Zaharoff, Arquímedes Onassis y...

—¡Al Hudson! —exclamó Archie, y por un momento Tom Barbizon pensó que se había vuelto loco.

Luego comprendió que iban en busca de su común amigo Jackson, el dueño de la gabarra carbonera. Marcharon hacia el Oeste, hacia la bruma producida por el humo y la neblina. Al cabo de unos minutos estaban frente a su antiguo compañero de aventuras bélicas.

Encontraron a Butch y al oriental paleando carbón como desesperados, bajo la amenaza constante del látigo. Comprobaron que los dos hombres entregarían la piel en la tarea antes de facilitar nuevos datos, porque los ignoraban,

Li-Fan

fue el más expedito hablando.

—El coronel no dijo nada comprometedor en Atsugi —manifestó, resollando como un energúmeno ante la— agobiadora tarea: —¡lo juro! Tengo en mi poder su declaración firmada. Fue la depresión, y los comentarios sarcásticos de los míos, los que le hicieron temer que había sido traidor a su patria. Por eso el malvado Kent seguía martirizándole con anónimos. Quería madurarlo mientras preparaba una falsificación de sus declaraciones.

El oriental estaba pagando, a su modo. Perdida su ilusión de rescatar la daga, se veía deshonrado para siempre. Al entrar en casa de Conolly y ver que sus hombres habían olvidado quitar la chapa de identificación del cadáver, creyó enloquecer. Quería fomentar el caos en casa del senador, pero la torpeza de los bandidos le acusaba directamente de un asesinato cometido por imprudencia. Archie lo comprendió así al terminar su explicación.

Quedaba un enigma en pie: el rapto de Elisabeth. No había duda que la joven fue secuestrada para ofrecerla a cambio de la daga. Pero... ¿por qué tenía interés el «pez chino» en rescatar el arma? Era una cosa sin ningún valor, excepto para

Li-Fan.

Douglas Kent había muerto. Lo merecía por chantajista, y aquélla era una cuestión de poca monta, cuyo delito pagaría un «gángster»; con la silla eléctrica o con cárcel, tanto daba. Lo mismo sucedería al resto de la pandilla, y al recuperar su confesión, Conolly hallaría también su tranquilidad moral. Pero... ¿y Elisabeth?

Al llegar a aquel punto vio Archie el verdadero alcance del problema... ¡para él! Se había ido enamorando paulatinamente de la hija del senador, y su ansiedad sentimental quedaba descubierta de modo patente. El misógino se apasionó de la dinámica rubia en su breve contacto con ella.

Al desaparecer la joven no quedaron pistas que descubriesen su

escondite. Tal vez se facilitase alguna indicación en los diarios, por carta o por teléfono. Había que aguardar a que el secuestrador diese el primer paso, descubriendo de algún modo su escondite. Pero esperar era lo último a que estaba dispuesto Archie. En una población de ocho millones de almas, y otros tantos, lugares en que investigar, un cerebro iba a trabar lucha contra otro; un federal contra la extraterrena sagacidad de un fantasma.

Dirigiéndose a su amigo Jackson, Bentley pareció el verdadero dueño de la barcaza.

—Que estos hombres no cesen ni un momento en su labor —dijo—. Mañana se hará cargo de ellos el

F. B. I.,

y dirá cuál sea su suerte definitiva. Ahora debemos desatracar y recorrer los «docks». Buscaremos un barco inglés dispuesto a soltar amarras y alejarse de Nueva York.

—Pero esa tarea es inmensa —protestó Tom Barbizon, resoplando.

—No tanto como crees —argumentó Archie—. El barco no será de pasajeros, sino de pequeño tonelaje, y probablemente un yate de placer. Recuerda lo que oíste decir al «pez chino», al ofrecer la libertad a Butck para comprar la suya. Es posible que vaya a Sudamérica y, desde luego, es libre para elegir su ruta.

—Nadie comprará carbón —dijo Tom a su amigo—. Tendrán aceite pesado o se desplazarán a vela. En último caso, no van a estar esperando a que llenemos sus carboneras para zarpar...

—No te preocupes del detalle —objetó Bentley—. ¡No vendemos carbón!

—¡Cada vez lo entiendo menos! —murmuró el rubicundo—. Buscar a una joven en un barco, cuando hay tantos escondites en la ciudad... No seré nunca un buen detective —resopló, para manifestar su disgusto.

Sin embargo, la idea de Archie era buena. El mejor sitio para estar a salvo de la Policía —cuando ésta empezase su actividad— era a bordo de un yate, dispuesto a levar anclas y a limar sospechas con un pretexto plausible y la documentación en regla. El federal debía agotar aquella posibilidad, al menos, en tanto el secuestrador manifestase su presencia y dictase sus condiciones. Era una especie de carrera contra el reloj, luchando contra la impaciencia y el terror

de que a Elisabeth le ocurriese algo desagradable.

Los tres primeros barcos abordados, con la peregrina intención de aprovisionarlos de combustible, constituyeron un fracaso. A pesar de que Archie añadía, a la oferta de carbón a bajo precio, una frase, que hacía a los respectivos capitanes despedirle con cajas destempladas. En el cuarto buque aceptaron la oferta de carbón y, ante el asombro de Tom y del propio Jackson, Archie se deshizo en excusas.

Fue en el penúltimo barco que habían de visitar, de acuerdo con las instrucciones del dueño de la barcaza, donde ocurrió el hecho.

Haciendo portavoz con sus manos, Jackson reclamó hablar con el capitán, y un hombre de cierta edad apareció en cubierta.

—¿Qué se le ofrece, buen hombre? —preguntó.

—Tengo carbón mineral de la mejor clase —dijo el coloso, repitiendo el disco—. Es de Illinois y quema sin hacer escoria. Se lo pondré a cincuenta dólares la tonelada...

Era una oferta estupenda, pero la contestación lógica llegó acto seguido. Incluso Tom hubiera podido vaticinarla, al oír el rítmico batir de los motores «Diésel».

—No usamos ese sistema de locomoción, amigo. ¿Está usted ciego, sordo o borracho?

Entonces, Archie ocupó el puesto de su amigo, ante el ceño burlón del capitán del vate.

—Dispense usted al patrón —dijo—: se trata de una apuesta. Pero... ¿no estaría usted interesado en adquirir curiosidades orientales? Tengo una daga muy vieja, y la cambiaría por una joven...

La frase de Archie, repetida con anterioridad en las mismas circunstancias, le había valido varias tempestades de maldiciones. Anochece ya, y próximo a agotar sus pesquisas podía advertirse la palidez, del hombre al hacer su demanda. Extraña y fantástica para todos los que le escuchaban, excepto para uno...

El colosal tipo que le encaraba a la sazón no manifestó la misma furia que los otros. Más bien curiosidad y temor. Pareció considerar muy en serio la extraordinaria oferta, y escrutó el rostro de los ocupantes de la barcaza. Luego miró hacia el muelle, como si temiese verlo de pronto inundado de policías.

—Vamos a zarpar inmediatamente —dijo—. Pero si esa

curiosidad es tan valiosa como dice... ¡suban! Usted y cuántos considere sus amigos, capaces de servir de testigos del trato.

Archie se volvió, exultante de satisfacción, hacia Jackson. Le guiñó un ojo, y con ello le comunicó todo un cúmulo de consignas. No hubo pausa en él, al decir:

—Que suba a bordo

Li-Fan.

Me expongo a un disgusto haciendo la justicia por mi mano..., pero; ¡arrostraré las consecuencias!

Entonces se vio en toda su capacidad el espíritu de sacrificio de Tora. Avanzando hasta primer término, dijo a su amigo:

—Yo también quiero presenciar el trato. ¡Espero que me des tal placer!

Li-Fan fue liberado de la tarea de palear carbón de uno a otro rincón de la bodega. Con el ansia de la liberación abandonó la gabarra para izarse por la bruñida pasarela del yate. Detrás de él avanzó Archie, y Tom cerró con su corpulencia el cortejo. Tres hombres iban a correr el albur de cambiar una daga y sus vidas por una mujer.

—¿Dónde está el «pez chino»? ¡Quiero decir el capitán Mortimer! —aclaró el impulsivo Tom—. Necesito decirle dos palabras, por golpear a mi amigo y arrojar contra mí a un gorila.

El capitán del yate asumió un aspecto grave al contestar:

—No hagan preguntas, ni un solo ademán hostil, hasta que pasemos Grosvenor Island. Luego..., todos los sabuesos americanos no podrán competir con los motores del «Alción». Y fuera de las aguas jurisdiccionales...

—Me esperaba esto, amigo Tom —dijo Bentley, gravemente—. Mientras no abandonemos la Unión, *miss* Conolly tendrá puesto un puñal en el pecho. Hemos de dominar nuestra impaciencia... ¡Ten calma!

Archie disponía de una baza secreta, desesperada. Sus enemigos ignoraban que era agente del F. B. I., y que sus jefes —advertidos por Jackson— movilizarían todos los resortes para rescatar a la hija de un senador. Cursarían sendos despachos oficiales al embajador de la Gran Bretaña para detener —incluso por medio de aviones y submarinos— al yate pirata. Pero esto era un recurso extremo... ¡y el captor tenía de ventaja toda la inmensa noche que se avecinaba!

No pasó nada, en efecto, hasta abandonar el litoral de la Unión. Entonces —ya en mar abierto— apareció ante los tres hombres que estaban en el gran salón el «pez chino». Hizo una reverencia cortés a los virtuales prisioneros, y extendió su mano derecha en actitud festiva.

—Lamento las circunstancias —dijo—. ¡Lo lamento muy de veras! Pero si tienen la bondad de darme el objeto que busco, les entregaré a la joven sin más y ordenaré llevar a cada uno a donde quiera. Aunque sea al otro extremo del mundo —aclaró, señalando a

Li-Fan.

—¡Miserable! —aulló éste—. La daga es mía...

—¡Por favor! Nada de palabras altisonantes —contestó el tipo, coa untuosa cortesía—. ¡Las fórmulas orientales del respeto! —recordó.

Archie se puso en pie y avanzó hacia su extraordinario rival. No había animosidad en su semblante: antes parecía servicial en grado sumo.

—Necesito ver a la joven antes, Mortimer —dijo—. Cerciorarme de que no ha recibido el menor daño. De lo contrario, el arma que reclama se clavará en su corazón. ¡Precisamente ahora, que no estamos bajo la jurisdicción de los Estados Unidos!

Mortimer hizo un gesto de aquiescencia. La cicatriz contraía y chupaba su pómulos, dándole un aire siniestro, que acentuaban los ojos saltones y las cejas canas, la palidez casi cadavérica. Al momento la puerta del salón se abrió de nuevo para dar paso a un hombre que conducía a Elisabeth. Más bella y resplandeciente que nunca, tal vez porque sonreía.

—¡Querido Archie! —dijo, calmando la angustia del joven—. Esta gente se ha portado bien conmigo: ¡se lo aseguro! Haga por complacerles, si puede. ¡Soy muy feliz!

—Sí —afirmó Mortimer—. La he informado de que su padre no tiene nada que temer. Ése es el motivo de su satisfacción. Por favor...

Bentley, haciendo una seña a Tom de que vigilase a

Li-Fan,

sacó la daga del bolsillo y se la dio al «pez chino». ¡No podía hacer otra cosa, por el momento!

Pareció que toda la calma de que había hecho gala el individuo se borraba, como por encanto, al observar el arma. Tendió una de sus manos huesudas hacia ella —manos de esqueleto, que ocultaban también una extraordinaria energía— y se apoderó de la daga bruscamente. Frente a él, casi tocándole la ropa, Archie parecía la estampa de la serenidad.

Por contraste,

Li-Fan

iba a ser víctima de un soponcio. Tom, con toda su energía y corpulencia, apenas era bastante para contenerle.

Entonces tuvo lugar lo extraordinario. Haciendo presión con sus manos en la empuñadura del arma, Mortimer separó la hoja del mango mediante un movimiento de torsión. Y al aparecer en el interior de la empuñadura una hojita de papel, la sacó nerviosamente. En brevísimos segundos la tuvo extendida ante sí y la recorrió con la vista.

—¡Fuego, Ralph! —exigió, con voz metálica.

El hombre que vigilaba a la cautiva se apresuró a encender un fósforo. Cuando Tom —en su calenturienta imaginación— esperaba oír una serie de disparos que aniquilasen a todo bicho viviente.

El papel amarillento y retorcido empezó a arder en los dedos huesudos, hasta consumirse totalmente, quemando los pulpejos. Mortimer resistió el dolor con una expresión de alegría sublime, y luego pisoteó las cenizas sobre la alfombra. Su faz resplandecía al arrojar la daga a los pies del oriental, que se precipitó a recogerla.

—No me interesa su daga ya, míster

Li-Fan

—dijo Mortimer—. Era sólo el escondite que, en una prendería de Yokohama, utilicé para guardar un secreto de Estado. Ahora, todos ustedes son libres.

Archie habló de nuevo No pareció meditar demasiado el alcance de su pregunta:

—Entonces, Mortimer..., ¿quiere decir que a *miss* Conolly no le sucederá el menor mal, pase lo que pase?

—En absoluto, señor —contestó el inglés—; ni a ella ni a ninguno. Soy el mejor de los anfitriones, y garantizo sus vidas.

—Sólo me interesa la de ella —contestó Archie, suspirando—. ¡Ataca, Tom!

El bisoño detective no había entendido una palabra de todo aquello. Pero sí comprendió la consigna de lucha, y se dispuso a manejar sus brazos contra Mortimer y el capitán de la nave, contra todos los marinos y el propio

Li-Fan.

Hasta terminar sus fuerzas y agotar su vida. Archie le había dado la consigna de vapuleo, y no quedaría quejoso de su cooperación.

Dos hombres contra toda una tripulación. El hecho parecía absurdo y truculento, pero una feroz pelea se desarrolló a continuación, dando al intento un cariz palpable. Mientras Tom hacía abatirse al tipo llamado Ralph, de un impacto fulminante, oyó un ruego del propio Mortimer, que guió sus pasos y frenó sus deseos de disparar. Aunque el salón se vio invadido por media docena de tripulantes.

—Nada de armas de fuego, por favor... ¡Estamos entre caballeros!

Siguió a continuación una pelea espantosa. Combatiendo; como un león, Archie pareció animado de una ligereza fantástica. Estaba en todas partes a la vez, y en ninguna en particular. Era una ráfaga, un destello de agilidad que la vista resultaba incapaz de seguir.

Tom era la masa contundente; Archie, el rayo, que toca y retrocede, que deslumbra.

Más hombres acudieron al estrépito de muebles y cristales rotos, y se unieron a la brega. Li-Fan —deseoso de olvidar sus sinsabores — peleaba contra todos a la vez, daga en mano y gritando. Incluso la dinámica Elisabeth —objetó intocable a bordo— aumentó el caos y la confusión al esgrimir la pata de una silla contra cualquier rival a punto de atacar. Haciéndolos entrar en la región de los sueños por un medio expeditivo.

La lucha siguió, caballerosa en su misma ferocidad. Otros nuevos seres intervinieron en ella, con el rostro tiznado y espantable. Eran los fogoneros y mecánicos del yate, que se consideraban obligados a colaborar en la trifulca. Contra dos amigos, una mujer y una japonés, presunto asesino. Porque

Li-Fan

—al ver hacia dónde se inclinaba la victoria— decidió unirse a las fuerzas de la Unión. Eran aliados de última hora; pero nada desdeñables, por cierto.

Con no pocas heridas y tumefacciones, resollando como fuelles y con las ropas desgarradas, los dos amigos quedaron al fin dueños del barco. Ciertamente que Mortimer seguía combatiendo, pero era muy notable su diferencia de físico con Archie. Se replegaba cada vez más, exhausto y perseguido por la furia del agente federal. Como si Bentley pretendiese arrojarlo al agua, fuera del yate que navegaba a la deriva.

La cubierta siguió siendo escenario de la pelea de dos hombres durante algún tiempo, hasta que un reflector ajeno rasgó la oscuridad y alumbró potentemente la escena. La mole de un destructor de Bahía Jamaica se perfiló tras del chorro luminoso, y se oyó la propia voz del almirante Spruance:

—¡Quietos todos, o mandaré barrer la cubierta con las mangueras! ¿Estás bien, Elisabeth?

—Nunca me encontré tan a gusto —contestó la briosa muchacha.

Los contusos del yate inglés volvieron a regular la maniobra, y los dos barcos —el coloso y el pigmeo— se colocaron uno junto al otro. Abandonaron el pequeño la joven y Tom, e iba a hacerlo Archie. Este último, al disponerse a saltar, hizo algo inaudito. Extraño, y que colmó de pasmo a cuántos lo presenciaban. ¡Tendió la mano al «pez chino»!

—Espero que volvamos a vernos, fantasma —dijo, sin ironía—. Y no olvide que el

F. B. I.,

se encuentra en magníficas relaciones con el Intelligence Service, pero no se deja pisar el terreno.

—No lo olvidaré, mister No Sé Cuántos —exclamó el individuo, riendo—. Y otra vez que vuelva a América no me pondré cicatrices falsas. Aquí pueden hacérmelas auténticas, si opero clandestinamente.

Así diciendo, el tipo se arrancó el tafetán que deformaba su rostro y lo esgrimió como una bandera de paz. Archie saltó a bordo del «destructor» lleno de fatiga victoriosa, la mejor de todas. Cayó en brazos de Elisabeth, que temía verle desaparecer en el abismo del mar.

Haciendo portavoz con sus manos, el capitán Mortimer lanzó su última advertencia:

—Mandaré desde Inglaterra un regalo de boda a *miss* Conolly. Porque todo esto me huele a próximo matrimonio.

Archie se sobresaltó, mirando a Tom, que había combatido como un león, Pero la hija del senador no hizo caso de la mirada. Tomó a Bentley del cuello y lo besó en la boca.

El agente del F. B. I., había fallado en su última deducción. La sagacidad femenina fue más certera, por una vez.

FIN

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 5 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,25 pts.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

VALIENTES

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,25 pts.

JEUQUE BLANC

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 pts.

F. B. I. ¡LA COLECCION SIN RIVALES!

NOTAS

[1] Silla eléctrica, en el argot del hampa (N. del T.). < <

[2] Office of Strategic Services y Counter Intelligence Corps. (N. del T.). < <

[3] Los ficheros del

F. B. I.

constan de dos partes, y en ellas están Incluidos todos los ciudadanos del mundo —honrados o maleantes— que han estampado sus huellas digitales en la Unión o en cualquier oficina del Interpol. —Policía internacional—. Un hombre que penetra en los Estados Unidos, o que en virtud de tramitaciones de cualquier índole aplica sus dedos en una cartulina antropométrica, queda registrado allí siempre. Y el cerebro electrónico —aún desconociendo su filiación— cumple la tarea de separar su ficha, entre millones, a una velocidad fantástica, no deja huella dactiloscópica, sino una serie de tarjetones rectangulares que tienen sus bordes taladrados según los datos específicos, (N. del Editor).

< <

[4] Hay otros semejantes, e idénticos, en Oak Ridge, Chicago y Washington, (N, del T.). < <